Ponme otro vino, que aún te veo feo

SIBILA FREIJO



ESPASA

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Cita

LA CHICA QUE ESCRIBÍA DE SEXO

I. CHAMPÁN

1. SUCEDIÓ UNA NOCHE
2. ESTRATEGIAS PARA QUE UN HOMBRE SE ENAMORE DE TI O CÓMO CAGARLA SI QUIERES HACERLO
3. DAME UN EMPOTRADOR, QUE EL RESTO YA LO PONGO YO
4. LA ENTRETENIDA VIDA DE UNA ESCRITORA DE NOVELAS ERÓTICAS
5. DE LOS HOMBRES QUE NO COMEN COÑOS Y LOS TIPOS DE COMEDORES DE COÑOS
6. ATREVERSE... O NO
7. ¿QUÉ ANIMAL TIENES EN TU CAMA?

II. BLANCO SECO

8. UNA MALA CITA LA TIENE CUALQUIERA

9. PONME OTRO VINO, QUE AÚN TE VEO FEO
10. DAME UN GATILLAZO, QUE DE COMPROMISOS YA TENGO BASTANTE
11. TOMEMOS UNA CAÑA
12. DE LAS CARTAS DE AMOR A LAS FOTOPOLLAS
13. LA BIEN PAGÁ
14. LOS SEÑORES MAYORES
15. LOS NIÑOS PEQUEÑOS
16. HE VISTO COSAS QUE NO CREERÍAIS

III. MÁGNUM GRAN RESERVA

17. AMOR LOCO
18. LA NOVIA DE LOS TRES VESTIDOS
19. EL DÍA MÁS FEMINISTA DE MI VIDA
20. UN EX BIEN CUIDADO TE DURA PARA TODA LA VIDA
21. QUE OS DURE PARA SIEMPRE

IV. LA COPA DE MÁS

22. AMOR DE URBANIZACIÓN
23. TODOS LOS TÍOS A LOS QUE HE MACHACADO Y POR QUÉ LO HICE
24. EL DÍA QUE FUI A UN INTERCAMBIO DE PAREJAS Y NO INTERCAMBIÉ NADA
25. EL NOVIO QUE DORMÍA SENTADO, ENTRE OTRAS COSAS
26. RADIOGRAFÍA DEL MIERDER
27. MIS AÑOS COMO GEISHA
28. EL HOMBRE QUE ME DEJÓ EN UNA ISLA DESIERTA

V. RESACA

29. QUÉDATE CON QUIEN TE HAGA UNA SOPA
30. EL AMOR ES LO QUE SUCEDE MIENTRAS BUSCAMOS EL AMOR
31. EN DEFENSA DE LAS VENGANZAS
32. UNA HABITACIÓN PROPIA
33. DE QUÉ HABLAMOS CUANDO HABLAMOS DE AMOR
34. ¿FIDELIQUÉ?

VI. AGUA CON GAS

35. CARTA DE AUTOAYUDA A MI NIETA DEL FUTURO
36. INVENTARIO DEL AMOR
37. PEQUEÑO ABECEDARIO DEL AMOR, EL SEXO Y LOS TRASTORNOS

Créditos

PONME OTRO VINO, QUE AÚN TE VEO FEO

SIBILA FREIJO



A los lectores de mi blog, Sexo en Chamberí*, que me acompañaron (a mí y a Carlota) durante tantos años.*

«Los hombres pueden dividirse en tres clases:
los que creen ser Don Juanes,
los que creen haberlo sido y los que creen
haberlo podido ser pero no quisieron».

JOSÉ ORTEGA Y GASSET

LA CHICA QUE ESCRIBÍA DE SEXO

Interior noche. La escena empieza en una barra bonita y bien iluminada. La cámara hace un trávelin lento, se detiene en un par de mesas con copas vacías, servilletas arrugadas y va acercándose hasta nuestra protagonista.

Ella aparece sentada de espaldas en un taburete alto con las piernas cruzadas. Tiene una copa de vino blanco en la mano y la mirada perdida. Quizás está esperando a un hombre, a lo peor la ha dejado plantada, o puede que él simplemente haya ido al baño..., pero quizá haya venido sola.

La elección del escenario no es casual. La mayor parte de su vida sentimental y emocional podría decirse que ha sucedido en algún bar: las decisiones importantes, los finales abruptos, los comienzos prometedores, los planes, las celebraciones. La barra tiene, para ella, algo de confesionario, de sala de montaje de su vida, de refugio donde nada malo puede pasar. Y cada copa es una escena.

En este punto, la cámara abandona el local; hay un fundido en negro y un flashback da paso a una voz en off:

Hace veintiséis años, con internet aún en ciernes, a nuestra protagonista le dio por empezar a escribir un blog de sexo cuando casi no había blogs y casi no se hablaba de sexo. Se trató de una decisión aparentemente menor, pero que acabaría cambiando la trama de su vida, o de parte ella. Lo llamó *Sexo en Chamberí*. Pretendía ser una Carrie Bradshaw castiza y gamberra, pero en realidad quería escribir de amor, hombres y relaciones sin prejuicios

y con humor en una época en la que aún era tabú hablar de ciertas cosas. A decir verdad, solo quería escribir, tener la oportunidad de que otros la leyeran.

Carlota Valdés, su *alter ego*, fue su compañera de reparto y su doble. A través de ella contó lo que nos pasaba a casi todas: amores defectuosos, sexo (mucho sexo) con humor, citas fallidas, separaciones dignas e indignas, hombres que daban para una trilogía y otros que no servían ni para un corto. Durante más de veinte años, ese blog fue la cámara oculta de su vida: recogió sus tropiezos, aciertos, miedos y delirios con una honestidad y un desparpajo que ya nunca más volvió a tener.

La acción regresa de nuevo al bar. Es tarde y los camareros están recogiendo. La cámara se acerca más hasta encuadrar un primer plano de su rostro. Tiene aspecto algo cansado y se le marcan arrugas que no existían hace años, pero la luz suave y dorada del interior las atenúa. Está en esa edad incierta en la que no es joven, aunque tampoco vieja.

Nuestra protagonista bebe lo que le queda del vino de un trago y se vuelve para hablar directamente a la cámara, rompiendo la cuarta pared.

—¿Sabéis? —dice—. Ya no soy aquella chica de treinta que escribía de amor y sexo desde la ingenuidad y con esa energía y ganas inagotables. Mi yo de ahora es mucho más cínico, tiene menos miedo, cuatro hormonas, poquísima paciencia, pero más seguridad. Sigo buscando lo mismo, pero de otra forma, justamente como si llevara siempre dos vinos encima. Ya no veo el amor como esa explosión luminosa de antes que me iba a salvar de todos los males —prosigue—. Continúa siendo importante, pero también confuso, pesado, intenso. A veces me calma, a veces me aburre y

otras me da una enorme pereza, la mayoría del tiempo todo a la vez. Y aun así, vuelvo a él como una mosca a la miel o como se retorna a un sitio al que juraste no regresar: por costumbre, inercia o por puro masoquismo.

Este libro cuenta lo que el tiempo hace con una mujer que siente, ama, folla... y vive. Es una película hecha de escenas sueltas, así que no cabe esperar argumentos adictivos ni personajes que inviten a soñar. No hay un hilo argumental, porque la vida tampoco lo tiene. Son historias (algunas sacadas de aquel blog y actualizadas y la mayoría escritas ahora) y relatos de ficción que, juntos, forman un mapa emocional reconocible, una especie de guía sentimental de una mujer a lo largo de veintitantos años que ha pasado de intentar entender a los hombres y los mecanismos del amor a tratar de comprender y estar conforme con sus propios mecanismos. A veces lo consigue, aunque brevemente; luego vuelven a saltar los plomos.

La cámara se abre ahora a un plano general. Se apagan las luces, pero ella sigue hablando sola, o puede que a todas las mujeres que se han sentado alguna vez en la barra de un bar con la certeza de que la vida es rara, difícil, desconcertante, y el amor un desastre cósmico y en ocasiones maravilloso que hace que merezca la pena.

Alguien podría pensar que se trata de la escena final.

Pero en realidad es solo el principio. A ella siempre le gustó ir cerrando bares.

Todavía queda historia,

queda noche

... Y queda vino.

I

CHAMPÁN



1

SUCEDIÓ UNA NOCHE

Siempre he sido una persona a la que le han pasado y pasan muchas cosas curiosas y extraordinarias, pero creo que no es por casualidad. Es porque casi siempre me las he buscado. Las dating apps me regalaron hace años una de las aventuras sexuales que seguramente recordaré «para los restos» y que les contaré a mis nietas, ese tipo de episodios que no te puedes creer que hayas hecho y luego dudas si volverías a repetir.

Hace años, cuando ya llevaba un tiempo separada, conocí en la app de Adopta un Tío a un tipo bastante guapo por lo que parecía en las fotos, un dibujante que trabajaba en un diario conocido. Enseguida empezamos a chatear, teníamos mucho en común. Le di mi número, continuamos por el WhatsApp. Hasta ahí todo normal. Al par de días me hizo la siguiente proposición: «¿Qué te parece si quedamos en mi casa directamente para follar? ¿Para qué andarnos con rodeos, que si cañas, que si cenas? Quedemos para acostarnos sin más. Atrévete y confía en mí» (esta propuesta, que ahora está «a la orden del día», hace ocho o nueve años no era «tan normal»).

Le dije que necesitaba un tiempo para pensármelo, pero no lo pensé mucho, y al rato le dije que sí. Quedamos para vernos aquella misma semana. Durante ese lapso, él no dejó de mandarme mensajes muy explícitos que, francamente, hicieron que me pusiera cada minuto más nerviosa. «¿Qué vas a querer que te haga?»,

«¿Qué juguetes querrás que utilicemos?», «¿Te gusta el sexo anal?». Recuerdo que en una de aquellas estaba con mis hijos en un Zara, y se me cayó el teléfono al suelo del susto.

Llegó el gran día. Era domingo. Salí a comer con una amiga y mis niños, y le conté a ella todo el percal. Me dijo que estaba loca, que cómo se me ocurría hacer algo así, que me iba a pasar algo y bla, bla, bla. Pero yo, ni caso.

Aquella noche decidí sacar toda la «artillería pesada» para mi cita: corpiño, medias con liguero y taconazos (me pasma recordar cómo me curraba las cosas y lo vaga que me he hecho luego con los años). Siempre fui muy peliculera y me encantan esas escenas en el cine donde la chica se presenta en casa del chico, desnuda bajo un abrigo de pieles. Ya que estaba, decidí prescindir de casi todo, y me planté una gabardina negra atada con un cinturón encima de la ropa interior. También me bebí un gin-tonic mientras me arreglaba. Hay cosas que no se pueden hacer sin tomarse una copa (en eso no he cambiado).

Mientras tanto, mis hijos pululaban por ahí. Recuerdo que tuve que llamar a una canguro. Me sorprende la cantidad de mujeres distintas que habitan en nosotras. Cómo una puede estar arreglándose como cuento arriba para hacer sabe Dios qué, con sabe Dios quién, y al mismo tiempo estar ocupándose de la cena de los niños como si nada.

Me despedí de mis hijos con besos y abrazos, más de la cuenta (por si acaso no volvía), salí de casa y me monté en un taxi (pensando en qué diría el taxista si supiera que iba prácticamente desnuda debajo de mi gabardina). Le mandé un mensaje a mi amiga con la dirección adonde iba por si no regresaba, por si me descuartizaban o me quitaban el hígado para traficar con él, cosa

que muy bien podía haberme sucedido. Se me pasaron fugazmente por la cabeza un par de titulares de periódico. Crucé los dedos para que en aquella casa no me esperaran siete albanokosovares con ganas de perversiones y sangre.

Llegué a la casa en cuestión, y cuando estaba ya en el rellano de la escalera a punto de llamar al timbre, decidí hacer algo muy loco: saqué una especie de cinta ancha de raso que llevaba en el bolso y me vendé los ojos. Después, de esa guisa, llamé al timbre. Ni siquiera estaba nerviosa. Solo expectante.

La puerta se abrió. Unas manos me atrajeron hacia dentro de la casa, y de inmediato unos labios bastante agradables me empezaron a besar. Era una especie de dúplex con unas escalerillas de caracol. Me retiré un poco la venda para poder subirlas, pero continuaba sin verle a él, que me guiaba por detrás, cogiéndome de la cintura. Toda la escalera estaba flanqueada de pequeñas velas de té. Nada más llegar, descubrí un tremendo ático con unas vistas impresionantes de Madrid y una cama gigante llena de luces como de Navidad esparcidas por encima. El tío también se lo había currado. Continuaba sin verle, ya que me vendó los ojos nuevamente. Ahí empezó lo bueno.

Lo primero que hizo después de desnudarme a medias fue atarme boca abajo a las cuatro esquinas de su cama gracias a un arnés que tenía convenientemente instalado. Yo estaba acojonada, pero él, de alguna forma, me iba tranquilizando. A los pocos minutos, sentí algo espeso y caliente cayendo sobre mi espalda y me asusté «Ya está —pensé— ahora es cuando saca el cuchillo y adiós», pero resultó ser cera de una vela de esas de masaje. No sé si tenía más miedo, excitación o todo junto, pero el cóctel era explosivo. A cada instante me preguntaba qué sería lo que vendría después. No era exactamente excitación sexual, sino más bien excitación «parque de

atracciones», como cuando te subes a una atracción peligrosa y no sabes lo que te espera.

No entraré en detalle de lo que me hizo, pero me hizo de todo, además de utilizar conmigo el arsenal de juguetes que atesoraba en un enorme contenedor bajo la cama (eso lo comprobé después). Todo ello sin verle la cara. Ni siquiera sabía cómo era más que por las fotos (y podía no ser el que yo había visto o haber siete más), pero, por cómo se desenvolvía, era imposible pensar que fuese feo, y si lo era, tampoco importaba mucho.

Cuando por fin me quitó la venda, apareció el tío más guapo que se pueda imaginar. Aún más guapo que en las fotos. Yo, acostumbrada a ir de desastre en desastre, no daba crédito. Al acabar nuestra maratón de sexo, trajo a la cama una botella de vino blanco helado y dos copas. Era un profesional de la seducción, aunque me juró y me perjuró que aquella era la primera vez que «hacía algo así».

Algo más tarde, me vestí y me acompañó hasta la calle. Cogí el taxi de vuelta aún perpleja por lo que había pasado, aturdida y sin creérmelo mucho. Podía haber salido muy mal, pero fue al revés: salió tan bien que parecía sacado de alguna película.

Al día siguiente me mandó un wasap. Me dijo que, para él, lo más excitante había sido ver, a través de su mirilla, cómo me vendaba los ojos antes de llamar al timbre. Para mí también. Aún no sé por qué lo hice. Creo que pensé que, ya que me había lanzado a aquello, mejor «ir con todo».

Le vi de nuevo un par de semanas después. Me invitó a comer a su casa, estuvimos charlando, volvimos a follar, pero ya no fue igual, ni de lejos. Fue un polvo normal, uno de tantos.

Cuando, semanas más tarde, conté esta historia en mi blog, muchos lectores no se lo creyeron y me tacharon de «fantasiosa».

A los pocos meses —no recuerdo cuántos— de publicarlo en el blog, el post llamó la atención de una importante editora... Y ahí empezó mi andadura como autora de novelas eróticas. Si no hubiera sido por aquel tío y aquel episodio, ahora quizás no estaríais leyendo este ni ninguno de mis otros libros.

Volví a ver a Míster Venda (así es como aparece en mi agenda del móvil) una vez más, hará como cinco años, en una terraza de la plaza de Olavide. Le conté que gracias a nuestra historieta me había convertido en escritora. Se alegró mucho.

Nunca un polvo llegó tan lejos (al menos uno que yo haya echado).

2

ESTRATEGIAS PARA QUE UN HOMBRE SE ENAMORE DE TI O CÓMO CAGARLA SI QUIERES HACERLO

Estoy empezando a pensar que, a la hora de conocer a un hombre interesante (los tres que andan sueltos por ahí) y conservarlo, una no puede ir a ciegas, haciendo lo que le venga en gana, siendo espontánea y natural. A lo largo de mi vida amorosa, he sido una metepatas profesional que ha dejado a los tíos acojonados con esa supuesta naturalidad que yo creía tan fantástica. Casi nada de lo espontáneo sale bien; por eso, la gente prepara las cosas.

El juego del amor es como el Estratego o cualquier juego de cartas de esos de mentir, como el mus. Todo consiste en planear una estrategia y llevarla metódicamente a la práctica, si no quieres cagarla. Por cada trecho que ganes, como no hay premio, todo lo que puedes hacer es echar un polvo. El destino final es quedarte con ese tío que te interesa. ¿Para qué? No lo sabemos muy bien. A continuación, te ofrezco mi manual de «andar por casa» para lograrlo.

Lo primero que hay que hacer es dominar el arte del sexo oral; quien no tenga claro esto, mal va. Esto del sexo oral es como la carrera de Medicina, hay que estar formándose continuamente y no creerse que «lo que vale para uno vale para todos». El que el objeto a trabajar consista en un palo no significa que sea sencillo. A veces

hasta son más complicados que sus supuestos dueños (digo «supuestos», porque en ciertas ocasiones parece que son las pollas las que les manejan a ellos y no a la inversa)

El segundo hito es no ser una puta pesada de mierda ¿y qué es una PPDM? Podríamos resumirlo en que es una que manda demasiados wasaps, y que se pasa el día rayando y no da tregua. Y somos muchas, creedme. Nos vamos a tener que organizar y hacer una especie de revolución de pesadas.

Yo no sé si os pasa, pero cuando tú, por ejemplo, decides: «Hoy no le voy a escribir. Voy a esperar a que me escriba él», y te pones toda digna y contenta por haber tomado esa sabia decisión, tipo a las dos horas de habértelo propuesto, te entra como una compulsión nerviosa que hace que tú le escribas a ese tío, es una fuerza extraterrestre. En cuestión de diez segundos ya le has mandado el puñetero wasap y has roto tu promesa de no ser una puta pesada de mierda. ¿Solución? Es que realmente NO la hay, a no ser que te cortes el dedo, en cuyo caso le mandarías un audio, o te quedes inconsciente (que no borracha, borracha aún le mandarás más). Tengamos también un poco de autoestima. Por autoestima entiendo que, cuando no te contesten a) no mandes otro; b) no digas cosas del tipo: «Eooo, estás ahí»; c) ni mucho menos escribas cosas como: «Me tienes abandonada» o «Pasas de mí», o aún peor: «¿Estás vivo?».

Lo tercero que hay que hacer es no mostrar que eres feminista, porque eso hay señores que lo odian. Si lo descubren más tarde, puedes poner en riesgo hasta tu integridad física. Tú di que un poco sí eres, pero nada de extremos. En política, lo mismo: di que tú no eres ni de izquierdas ni de derechas. Que no eres de nada. En realidad, esa es la clave para gustarles: ni ser nada, ni ser «de nada». Hay que ser neutras, como el jabón.

Lo cuarto que necesitas es «hacer que te da igual». ¿El qué? Pues todo, especialmente el tío en cuestión. Tienes otras mil cosas que atender, de las cuales él es una más. No contestes a sus mensajes hasta una hora o dos más tarde y deja uno de cada tres sin responder. Pon problemas para quedar, hazte la ocupada, la superliada, di que has quedado ya con otras personas. Sobre todo da la sensación de independencia y de que vas a tu bola, aunque no seas capaz ni de cruzar sola por un paso de cebra.

Lo quinto: mostrar una total indiferencia por el sexo; tú estás por encima «de eso». La premisa es: el sexo es un regalo que yo, princesa planetaria, te daré cuando te lo merezcas. Por supuesto, hablar de sexo abiertamente o ser demasiado «viva» en ese sentido está prohibido; se sentirán inseguros y no se «fiarán» de ti. La idea es parecer prácticamente virgen, aunque tengas cincuenta. Si no puedes hacerte la virgen, al menos hazte la misteriosa, no des a entender la fiera que hay en ti hasta que la sueltes en la cama y ya ese señor no tenga escapatoria.

En cuanto a lo sexto, has de adoptar el latin style, es decir, no pagar casi nada, en especial en las primeras citas. Las tías que de verdad llegan a algún lado en esto de la seducción no pagan nada, y cuando el tío saca la cartera, ellas miran parpadeando con sus extensiones de pestañas para otro lado, sonríen o van al baño. Una vez que miras hacia el bolso o sacas la cartera, ya estás perdida. Haz como si tú en la vida hubieras visto un billete y mucho menos una tarjeta de crédito. Lo tuyo es más bien el trueque de toda la vida.

Mi amiga Bety, que es de Perú, dice que en la primera cita el tío le tiene que pagar la cena, los «tragos» y el Uber de ida y vuelta. Luego ya se puede pagar a medias (si al tío le da el presupuesto para otra cita, claro está).

Puedes encargarte de algunas cosas pequeñas, como palomitas en el cine o de un tentempié callejero que exija dinero «menudo»; eso queda hasta bien, de persona detallista, que tampoco se te vea aprovechada.

Si se da el caso de que ganes más que él, debes actuar de idéntica manera. Al tío hay que dejarle ser «proveedor», porque, si no, su masculinidad se tambalea... Y no queremos eso. Que luego pasa lo que pasa.

Lo séptimo que hay que hacer es no decir la verdad sobre tus sentimientos por él. ¿Que tú te mueres por ese tío? Nunca se lo des a entender. ¿Que te parece lo más maravilloso del mundo? Haz como si fuera del montón: desprecio, indiferencia. Lo que valía para tu abuela sigue funcionando para ti. Mi madre una vez me explicó algo referente a los mercadillos que sigo a rajatabla: cuando algo te interese mucho, ni se te ocurra señalar ni preguntar por el precio de «esa cosa», sino por el de cualquier otra. Después, con total indiferencia, coge tu verdadero objeto de deseo y pregunta con desgana: «¿Y esta otra cuánto cuesta?». Esto sirve para casi todo en la vida. Lo que viene siendo engañar.

¿Y lo octavo? Pues lo octavo es no hacer planes. Tú estás con un tío que te gusta mucho y ya te pones a hacer planes para mañana, pasado y para dentro de tres meses. El tío se marchará despavorido. Siempre tienes que decir cosas como: «El presente es lo que importa», «No me gusta hacer planes», «¿Quién sabe lo que pasará mañana?». Probablemente, lo que pase mañana es que no cumplas nada de esto y el tío se haya ido. Eso es lo que pasará mañana.

Lo noveno que debes hacer es no hablar de otros tíos y, por supuesto, no hablar del sexo que has tenido con otros tíos. Que dé la sensación de que sexo sí has tenido, pero que él es quien te ha descubierto su verdadera dimensión. Que se vea que tienes

experiencia y has vivido, pero que sea un misterio qué coño te ha pasado. Del pasado, chitón.

Lo décimo es decir que tú no quieres nada serio, que acabas de salir de una relación y no buscas una pareja, sino pasar un buen rato, cero compromiso. Cuando al tercer día le quieras presentar a tus hijos y él te pregunte: Pero ¿no decías que no querías una pareja?», ya te las compondrás para salir del atolladero. Siempre puedes decir que te has enamorado. Eso gusta mucho.

Lo undécimo es recordar otra vez el asunto de las mamadas, que a estas alturas de nuestra estrategia ya te habrás olvidado... Esto hay que hacerlo siempre, pero con indiferencia también. Todo con indiferencia.

Lo duodécimo: admirarle, no importa lo que haga... Que construye puentes, pues cómo me gustan tus puentes; ¿que trabaja con números? Qué bonitos son los números; ¿que cocina o escribe o se ocupa de algo creativo?, hay que preguntarle que cómo no abre un restaurante, publica un libro o lo que sea. Si tú haces algo que pueda rivalizar con él, no lo menciones todavía. Ya lo harás cuando sea tu pareja.

Lo decimotercero que hay que llevar a cabo es ser «femenina»; eso gusta también mucho, porque nos acerca a otros tiempos, cuando no dábamos ningún problema y estábamos entregadas a complacer a los hombres. ¿Que no sabes lo que es ser «femenina»? Pues pregúntalo al ChatGPT o cómprate una barra de labios roja, ponte unos tacones y ríete mucho.

Todo esto hay que practicarlo todos los días, por lo menos los treinta primeros, además de estar buena, ir «arreglada», ser independiente, viajera, deportista, interesante, sonreír todo el tiempo y tener actitud de geisha (pero, ojo, de geisha con carácter y personalidad). Hay que llevar un control o algo, porque, si no, se te

irá la pinza. Igual que cuando una va a correr que hay que consultar el Strava ese para que te diga los kilómetros, las pulsaciones y eso, pues esto igual. Hay que inventar un aparato (que ya habrá) que te vaya marcando si hoy has mentido, no has contestado a los mensajes, no has sido femenina, te has hecho la digna, le has admirado, se la has chupado, no has sido una puta pesada de mierda... Son muchas cosas. Y ni aun así hay garantías de que ese tío se quede contigo. Puede que se le cruce el cable y prefiera a una puta pesada de mierda.

3

Dame un empotrador, que el resto ya lo pongo yo

Si hay una figura mítica en el imaginario sexual femenino es la del empotrador. No el bruto ni el macho alfa sobrado de principios de los 2000. Hablo más bien del empotrador como rol o fantasía, como esa máquina sexual que aparece raras veces, te dura poco y te deja con mejor sabor de boca que un helado de dulce de leche. Un empotrador no es un plan, es más bien una atracción de feria de la que te bajas agotada y con las piernas temblorosas, pero feliz.

Tengo que decir que me he cruzado con pocos a lo largo de mi vida, quizá con tres o cuatro, un porcentaje bastante mísero, pero, al menos, los he probado. Hasta la fecha, no conozco a ninguna mujer que les haga ascos o no desee encontrarse con uno.

Mi empotrador favorito —de hace ya unos cuantos años— tenía un mantra vital muy sencillo; siempre decía que «lo más importante en la vida es follar y reírse». En su momento me pareció una soberana gilipollez, una frase «de taza», pero luego entendí que no le faltaba razón. El placer y el humor suelen dar bastante mejor resultado que muchas otras cosas más respetables o sesudas. Y, además, ambas son gratis.

Decía también que no con todo el mundo se podía follar bien, y mucho menos reírse, y que uno podía aguantar con alguien con quien el sexo fuese brutal, aunque no hubiera nada más, pero que lo

que no se podía soportar era una relación en la que el sexo fuese terrible por mucho que hubiera «otras cosas».

También me enseñó algo que me hubiera gustado aplicar a mi vida cotidiana bastantes veces: cuando alguien se ponga intenso, empiece a pontificar o te arrastre a una conversación que no te interesa, basta con encogerse de hombros, ponerse seria y decir: «Ni idea. Yo es que soy más de follar».

En aquella época, cuando me lo encontré y aún no se hablaba abiertamente del deseo femenino, A. sostenía que todas las mujeres éramos unas «guarras», que nos gustaba el sexo más que a los hombres, pero que por cuestiones sociales y de educación no podíamos dar rienda suelta a todo lo «cochinas» que éramos... Y tengo que decir que estoy de acuerdo y que creo que las mujeres somos realmente mucho más sexuales que los hombres, solo que durante siglos se nos ha obligado a reprimirlo y aún ahora se nos obliga.

Con A. me vi durante algún tiempo, y, aparte de empotrarme, siempre tuvo cuidado por los antes y los después. Antes casi siempre íbamos a cenar o a tomar algo y después me mandaba algún mensaje. Por otra parte, tenía el tacto de no hablarme nunca de sus otras amantes. Fue estupendo, porque estuvo todo clarísimo desde el principio y también liberador no esperar nada de él. Ya sabía lo que había. Y lo que había era un sexo brutal, y punto.

El empotrador, en su versión actualizada, ya no cree como A. que las mujeres «seamos unas guarras» ni necesita decirlo. Lo sabe perfectamente, porque escucha, interpreta, observa y, sobre todo (y aquí está la clave), no se asusta de nuestro deseo ni nuestra seguridad le provoca gatillazos.

Si tuviera que enunciar alguna de sus características, serían estas:

Un empotrador no va a ir contigo al cine, ni te va a poner una alcayata o acompañarte al súper.

No se involucra emocionalmente, lo que no implica que no sea «cuidadoso».

Folla muy bien, lo sabe y sabe que tú sabes que eso no es nada común, y que la diferencia entre follar y follar muy bien es abismal, casi parecen actividades distintas.

Tampoco está pendiente de cosas como ropa interior, imperfecciones, pelos, escenarios, decorados, iluminaciones. Está demasiado ocupado en empotrarte y hacerlo bien.

Los buenos polvos están cien por cien garantizados. Aquí no hay fallo.

Habla sucio cuando toca, en el momento justo.

Tiene habilidades y técnicas sexuales más allá de la media.

Nunca hace nada que tú no quieras (se trata de empotrar, no de faltar el respeto), y no se sabe de qué manera mágica adivina todos tus deseos.

Tiene efecto contagio. Con uno de estos, tú misma te conviertes también en «empotradora».

No manda siempre. A veces tú decides no mandar, que no es igual.

No promete exclusividad ni la insinúa. El empotrador no engaña y enseña sus cartas desde el principio.

Tiene seguridad, que no es lo mismo que ego. Y si es un poco sobrado, se le perdona porque sabe cuándo parar.

No tiene por qué ser bueno ni malo: es un personaje que aparece cuando lo llamas y desaparece cuando ya ha cumplido su función, como un delivery de sushi que te pides un sábado por la noche.

Y sí, claro que se puede ser feminista y querer que te empotren contra una pared sin demasiadas contemplaciones. Precisamente,

porque ahora está claro que nadie tiene las riendas de nuestro deseo más que nosotras y que jugar a no mandar puede ser una de las formas más excitantes de mandar.

No hay que pedir perdón por desear intensidad, empotramientos, sexo duro, palabras sucias o lo que nos dé la santa gana... Nuestras fantasías y deseos son nuestros y de nadie más.

Dame un empotrador.

El resto (los límites, el contexto y la conciencia) ya lo pongo yo.

4

LA ENTRETENIDA VIDA DE UNA ESCRITORA DE NOVELAS ERÓTICAS

Que yo llegué a escribir novelas eróticas por casualidad, o más bien por un golpe de suerte, y que fue gracias a mi blog es algo que ya he contado. Desde que empecé a hacerlo, mi vida se ha visto afectada por ello en mayor o menor medida, ya que haber escrito unas cuantas novelas eróticas bastante explícitas no es, a ojos de los demás, como ser escritora de thrillers, ni de novela histórica, ni copy de publicidad o azafata y, desde luego, llama bastante más la atención.

El sexo vende, pero todavía es tabú y mucho, y si el sexo lo escribe o maneja una mujer, se mezcla el tabú con el morbo, lo que origina una combinación a veces rara.

A lo largo de los ocho años y pico que han pasado desde que publiqué la primera de mis novelas, *Lo que no sabía de mí*, he tenido que lidiar con diferentes reacciones en los distintos frentes de mi vida: como madre, como trabajadora, como pareja, como hija, como ligue... y años después parece como si tuviera todavía que ir pidiendo perdón por haberlas escrito.

Generalmente, cuando escribes literatura de género o comercial, siempre te hacen comentarios que se pueden traducir en: «Tú das para más que para escribir "esas cosas"». Pero resulta que «esas

cosas» gustan mucho a bastante gente. Además, tal y como yo lo veo, «esas cosas» no me impiden escribir «otras cosas».

No sé si en algún momento volveré a hacer otra novela erótica, pero fue divertido. Me lo pasaba bien escribiéndolas hasta que me apeteció centrarme en esas «otras cosas»; fue un comienzo literario interesante. Contar bien una escena de sexo es sumamente difícil; tienes que transitar por una frontera muy fina: la que separa lo excitante de lo zafio.

Uno de los ámbitos curiosos para la escritora de novelas eróticas es el trabajo o las relaciones laborales. En mis trabajos, todos cuchicheaban sobre lo que yo escribía, pero, curiosamente, nadie decía nada. Por supuesto, el primer día me sentía ya la comidilla de la redacción. Me pregunto cuántos y cuántas me leyeron en secreto y cotilleaban a mis espaldas. Sin embargo, nadie jamás me hizo comentario alguno, o, si los hacían, era muy de pasada. Mi jefe, en mi última redacción, me decía siempre: «Te tengo que leer», y yo pensaba: «Mejor casi déjalo». Al final, me echó, así que creo que habría sido mejor que me hubiera leído, así se hubiera quedado tranquilito.

De cualquier forma, la gente no parece tener muy claro que una cosa es lo que haces y otra lo que eres. Una escritora de novelas eróticas, desgraciadamente, no se pasa el día follando, ni ata a sus amantes con bridas al techo de su habitación. Ni siquiera tiene que ser buena amante. No tiene que ser nada.

Mientras escribía la primera, recuerdo que al leerle un trozo a un amigo, se quedó escandalizado: «Tienes que escribir algo de lo que te sientas orgullosa», me dijo, y yo pensé: «Es que me siento orgullosa de esto». ¿Qué pasa? ¿Sabes lo complicado que es contar bien un polvo? (casi más que conseguir echar uno).

Todavía no entiendo el razonamiento que arrincona a la novela romántico/erótica a lo más bajo del escalafón en cuanto a consideración literaria.

La literatura de género —e incluso los libros destinados al público femenino— es percibida como «facilona» y poco seria, porque es algo «de mujeres». Paradójicamente, desde los medios, se incita el consumo desaforado de cualquier tipo de serie, al margen de su calidad, por resultar «adictiva». ¿Por qué no sucede lo mismo con la literatura?

De la vergüenza inicial con que mi hijo pequeño decía en el colegio «mi madre escribe novelas guarras y le pagan por ello», hasta hoy, ha llovido bastante. A mis hijos les da igual de lo que escriba, pero aún les recuerdo durante la presentación de mi primera novela, en donde cada dos por tres tenían que salir afuera, los pobres, para no escuchar a su madre hablando de sexo. Por supuesto, ya de mayores, nunca se les ocurrió leer ninguna. A veces les dejaba seguir un poco las tramas pero les tachaba con rotulador negro todas las escenas eróticas. Obviamente, tampoco me haría ninguna gracia que este libro cayera en sus manos.

Mi madre solo leyó la primera de mis novelas eróticas y creo que se quedó impresionada. Y en cuanto a mi padre, no sé ni cómo se me ocurrió dársela; hay cosas —como padres y sexo— que no se deben mezclar, pero estaba tan feliz por empezar a publicar que no pude evitarlo. El pobre andaba leyendo la segunda de ellas en el hospital, poco antes de morirse. Me resulta muy perturbador el pensamiento de que quizá la última aproximación al sexo que tuvo fue a través de una novela escrita por su hija. De todas formas, creo que él también pensaba que «podía escribir otras cosas». En un par de ocasiones me dijo que yo hacía literatura de aeropuerto, de usar y tirar. No sabía el pobre que esas son las que más se venden. Años

después me acordé mucho de él cuando al fin conseguí ver una de mis novelas en un aeropuerto.

Mi exmarido estaba aterrado mientras yo escribía la primera. Creyó que me iba a dedicar a despachar intimidades de nuestra vida sexual (pero nada menos sugerente para una novela erótica que la vida sexual de un «casado»).

Al hilo de esto, siempre recordaré la introducción que una vez me hizo mi exsuegro. Estábamos en la presentación de un libro suyo de flamenco, sobre Enrique Morente, y, en el cóctel, cuando ya estábamos tomando algo, me trajo a Pepe Habichuela y le dijo:

—Esta es mi exnuera, que escribe novelas pornográficas.

Creo que fue la mejor presentación que me han hecho nunca.

En cuanto a mis ligues, en mis tiempos de escritora de novela erótica, estaban tan deseosos de aparecer en uno de mis libros que parecían perrillos meneando el rabo, esperando a convertirse en dioses sexuales en la ficción, así de grandes tenían los egos (que no las pollas; si no, hasta les hubiera sacado).

No sé dónde habré vendido más novelas eróticas, pero, desde luego, en las apps de citas conseguí colocar unas cuantas. Y es que encontrar una escritora de novelas eróticas en Tinder o similares es como llevar chuches a la puerta de un colegio. El sueño de cualquiera. El sueño o el acojone, según se mire, porque no sé si me ha beneficiado o me ha penalizado más.

Pero, sin duda, lo más gracioso, tópico y típico, eran las reacciones de los tíos cuando les decía que escribía literatura erótica. Las conversaciones eran más o menos así, con distintas variaciones:

—¿Y tú k haces, wapa?

—Pues soy escritora.

—Ah, ¿escritora? k chulo. Yo tb escribo.

—Ah... ya. Pero yo soy de las que publico.

—Anda, qué interesante (aquí ya veía que se empezaban a acojonar). ¿Y escritora d k?

—Pues de novelas.

—¿Y de qué tipo de novelas, históricas, thrillers? Me encanta leer (sic).

—No, yo es que escribo novela erótica.

—Ah, ji, ji, ji, uy, pues qué interesante, ¿no? ¿No había una editorial de eso que se llamaba La Sonrisa Vertical? Dime los títulos, que me las compro todas.

(Más tarde…).

—¿Y para hacer estas novelas te inspiras en tu vida?

—No es necesario. Es ficción.

—Hombre, pero un poco... Serán tus fantasías, digo yo.

—¿Si escribiera novela policíaca me preguntarías a cuánta gente me he cargado?

—No es lo mismo, mujer.

—¿Cómo que no es lo mismo?

—Pues no.

—Los escritores inventamos cosas. Ya sabes, Tolkien nunca estuvo en la Tierra Media y mira qué bien le kedó *El señor de los anillos*.

(Silencio... O bien porque no saben qué contestar, o bien porque, directamente, no saben quién es Tolkien y mucho menos la Tierra Media).

Bastante frecuentemente se compraban una o varias de mis novelas y se las leían incluso antes de conocerme, o antes de saber si me conocerían o no.

—Ya me compré tus cuatro libros. Ya te diré qué me parecen.

—Ah, vale, ¿todos? Qué bien. Vas a estar tres semanas que te vas a subir por las paredes, pero bueno. Tú mismo.

—Sí, los he comprado todos en Amazon. Me llegan mañana.

(Y después de leerlos…).

—No pude evitar ponerle tu cara a la protagonista de tu novela.

—Ah, bueno, sí... suele pasar. Ahora que lo pienso, nunca me has visto la cara.

—Son muy fuertes, eh, son pornografía casi.

—Ya. Es que el sexo es bastante pornográfico, ¿no?

—Pues, sí, ahora que lo dices, es verdad. Ji, ji. Y oye... ¿de verdad k ninguna historia es tuya?

—En realidad, todo lo hago yo, en mis ratos libres, cuando no estoy escribiendo o limpiando la casa. No te lo dije antes porque me daba corte, pero ahora que ya tenemos más confianza...

—Ya me parecía a mí. Me estás dando un poco de miedo. Yo no hago todas esas cosas: tríos, orgías... hay que ver.

—No te preocupes, hombre, que luego soy normal. Además, te puedo enseñar, guapi. Que todos los problemas sean esos.

Es decir, que, parafraseando a Rita Hayworth en *Gilda*, los tíos se acostaban con la escritora de novelas eróticas y se despertaban conmigo (y algunos hasta me echaron de la cama).

Ya se sabe que, en casa del herrero, cuchillo de palo.

5

De los hombres que no comen coños y los tipos de comedores de coños

Dicen por ahí que donde hay una buena lengua hay un buen amante, pero, depende, no lo tengo yo tan claro. Hay que dominar todas las artes en la cama, no solo la del *cunnilingus*. Hay tíos que, porque eso se les da bien, ya creen que todo el trabajo está hecho Y no. Siempre pensé que el sexo es como una hamburguesa completa, que tiene que tener todo para que funcione. Al final, si empiezas a quitarle cosas, acabas con la carne en la mano.

Lo que sí recomendaría es huir de los hombres que a las primeras de cambio dicen cosas como: «Me encanta comer coños», «Mi manjar favorito son los coños», mientras, por ejemplo, engullen una gilda, apoyados en la barra de un bar. A mí esos (que me los he encontrado) me dan miedo. Prefiero los que no hacen ninguna referencia expresa al sexo y luego te sorprenden.

Creo que, en general, a los tíos les da bastante pereza hacernos sexo oral, porque lo ven como «de mucho trabajo», una actividad que requiere tiempo y dedicación, además de habilidad. Es, como si dijéramos, la actividad máster del sexo.

Una amiga muy joven que tengo me dijo hace no mucho que a los millennials ya no les gusta hacer *cunnilingus*. Y probablemente sea verdad; ellos ahora son más de *speciality coffee* que de coños.

A propósito de esto, recuerdo, hace unos cuantos años, una cosa hilarante que me sucedió con alguien más joven que yo. Estábamos en su casa a punto de echar el primer polvo, y el tío va con todo el entusiasmo del mundo y se mete entre mis piernas y, al cabo más o menos de un segundo y medio, emerge con cara de horror, bastante pálido y me dice: «No puedo, no puedo, no puedo», y yo: «¿Que no puedes qué? ¿Te pasa algo?». Realmente creí que se iba a desmayar. «No puedo comer coños. Es que no me gusta nada. Es superior a mí», me explicó todo arrobado. A los pocos minutos me pidió que lo hiciera yo (yo a él me refiero). No recuerdo si lo hice o no, solo la parada de metro en donde me depositó una hora después para que volviera a mi casa, que era algo así como Abrantes o Pan Bendito.

Años antes había ya tenido un episodio con otro señor alérgico a los coños, aquella vez alguien mucho más elegante. «¿Te gusta que te coman el coño?», me preguntó a bocajarro cuando llegamos a su carísimo piso del barrio de los Jerónimos, antes incluso de quitarme la ropa. Y yo: «Bueno, un poco, casi que sí». «Es que yo no como coños —me aclaró—; solo algunas veces». «¿Y cuándo son esas veces? ¿Hoy podría ser una de esas veces?», pregunté yo, tímidamente.

Pero no, no fue. Ni esa vez ni ninguna otra.

En esto de comer coños, hay tantas variedades como coños, por ser así un poco bestia, pero esta es la clasificación de «comedores de coños» que un día, hace ya bastantes años, escribí en mi blog. Creo que hoy no cambiaría ni una coma:

- *Los comedores de coños «hola, qué tal»*. Son los que te preguntan el nombre y lo siguiente es que ya te están quitando las bragas para comerte el coño. Es decir, aquellos que te dan un beso o dos y al segundo ya los tienes con su cabeza «ahí». ¿Qué voy a decir de estos? Que así NO. Que las cosas llevan un

tiempo y una preparación y no se puede echar un chuletón al fuego sin encender antes las brasas.

- *Los de las ocasiones señaladas.* Estos son los que solo te hacen sexo oral en tu cumpleaños, aniversario, Navidad, fiestas de guardar y, si acaso, cuando están muy borrachos y se sienten lo suficientemente asalvajados para ello. Una vez le pregunté a un novio que tenía por qué solo lo hacía de vez en cuando, y me dio una respuesta tajante: «Lo bueno, si breve...». A él, en cambio, había que chupársela todos los días.
- *Los no-no-no*. Son esos que, cuando «bajan», mueven histéricamente no ya la lengua, sino la cabeza, como si dijeran «no, no, no» o estuvieran en algún tipo de trance. La lengua no la usan. Precisamente solo usan la cabeza. A esos no los entendí nunca.
- *Los actores porno*. Son los que están más pendientes de ellos que de tu coño. Es decir, los que hacen una actuación solo para ti. Los identificarás porque, en vez de estar ahí concentrados en lo que tienen que estar, te mirarán continuamente mientras lo hacen. Te dan ganas de decirles: «Que no me mires tanto, que me vas a gastar. Tú a lo tuyo».
- *Los comedores «extra de queso»*. Esos son los más generosos, porque, además de comerte el coño, que sería algo así como la «base», añaden varios extras o toppings que dependen de sus habilidades e imaginación. Con algún extra siempre es mejor. Al fin y al cabo, ¿para qué usar solo la lengua cuando se pueden emplear también las manos o un sinfín de cosas?
- *Los «pastores alemanes».* Son los que te devorarán como si fueran leones despedazando un pollo. Son los que hacen daño, a los que hay que estar todo el rato diciendo: «Ay, me haces

daño», y da igual, cuanto más lo dices, más daño te hacen. Parece que les gusta y todo.

- *Los succionadores*. Son los que imitan el efecto Satisfyer..., es decir, los que absorben tu clítoris como si tuvieran un imán en la boca. Se quedan ahí pegados como ventosas.
- *Los espeleólogos*. Son los que realizan una amplia exploración visual y táctil del terreno, estirando, encogiendo, explorando... Mientras ellos hacen eso, tú estás pensando en cosas como los pelos, o qué coño está mirando (nunca mejor dicho). A esos te dan ganas de decirles: «La citología ya me la hice el mes pasado».
- *Los gatos*. Imaginemos un plato de leche y un gato. Pues eso... así durante diez minutos. Cuando acaban la leche, a ti te tienen que despertar, más o menos
- *Los prematuros*. Son los que se retiran justo antes de tiempo y esos, amiguitas, son los peores. Lo peor es justo cuando estás en el momento culminante, y ellos van y de repente se paran, y tú te ves corriéndote al aire y eso... eso no se perdona.

6

ATREVERSE... O NO

Pienso a menudo en la célebre frase de la Eneida: «La fortuna favorece a los valientes». Creo que el o la que se arriesga siempre gana, simplemente por el hecho de hacerlo. El ejercicio de echarle ovarios es lo que realmente «da el subidón», no tanto el obtener la cosa que se persigue. No hay sensación igual a la de saberse valiente; supera con mucho a la de saberse guapo o listo.

Todos tenemos miedos, pero mejor ir cagadas que no ir en absoluto, y luego pensar cómo hubiera sido si...

En temas de sexo, he querido hacer muchas cosas muchas veces, pero, al final, casi siempre he terminado sujetándome a última hora a la barandilla de seguridad, esa a la que te agarras diciéndote que no pasa nada por no correr, que ya habrá otro momento, que hoy no toca. Pero resulta que, en ocasiones, las oportunidades solo se presentan una vez.

Con demasiada frecuencia, cuando se me ha puesto «en bandeja» probar ciertas cosas, he actuado como lo que yo denomino «una cagada de mierda», que es algo que nunca me perdono. Después, siempre me arrepiento, y eso es lo peor.

Una noche, hace bastantes años, recibí un mail con una invitación muy excitante. Decía algo así como: «Hola, soy X, trabajo en el mundo del márquetin y el próximo fin de semana haré una fiesta erótica en mi casa. Seremos unas veinte o treinta personas entre

hombres y mujeres. Para participar es necesario que me enviéis antes una foto y una breve descripción. La misma tarde la de la fiesta os diré mi dirección. Debéis venir con máscaras o antifaces y los móviles se quedarán en la entrada. Una vez en mi casa, os recibiré con una copa de champán, haremos las presentaciones y os enseñaré mi hogar. También habrá un cáterin para que os vayáis conociendo. Luego comenzarán los juegos sexuales que he preparado para la ocasión; podrás participar o solo mirar, pero si te animas, será una experiencia que no podrás olvidar. A partir de ahí solo pasará lo que tú quieras que pase y con quien tu quieras…» Leí la invitación varias veces. Me apetecía mucho ir, porque era algo que jamás había hecho; me provocaba más curiosidad que otra cosa. Me imaginé la ropa que me pondría, el portal, el momento de cruzar una puerta que no se atraviesa todos los días. Me visualicé dentro y todo lo que podría pasar.

Pero me quedé fuera.

Aquella noche me puse el pijama, una serie y un vino, y pensé en los que sí habían ido. Y a ellos les imaginé valientes, sudados y, sobre todo, vivos. Yo estaba a salvo, sí, pero en mi casa no había pasado nada.

Otra vez la situación de riesgo ocurrió con dos amigos. Estábamos en una terraza, cerveza va, cerveza viene. No fue una propuesta formal, fue algo dicho casi en broma, como quien no quiere la cosa. Ya lo habíamos hablado antes y solo quedaba ponerlo en práctica, que surgiera el momento adecuado. Cuando llegó la hora de la verdad, me rajé. Lo dije rápido, casi con alivio. Ellos lo entendieron. Recuerdo volver a casa con esa sensación tan conocida de haber esquivado algo: peligro, vergüenza, deseo, todo junto... Otra vez, nada.

Hay una edad —no sé exactamente cuál— en la que el miedo cambia de forma. Ya no es miedo al qué dirán, ni siquiera a las consecuencias. Es miedo a moverte de donde estás y a vivir cosas desconocidas, que te atraen, pero al mismo tiempo te aterran.

También hay una edad en la que una recobra su «libertad». Los hijos ya no están y nadie depende de ti para cenar, para volver, para existir... Entonces puedes permitirte correr riesgos de nuevo, hacer barbaridades, jugártela... Pero con la libertad también llega el vértigo por todas las posibilidades que se pueden abrir y todas las versiones de ti que aún no conoces y que te aterrorizan. Quieres ir desesperadamente, pero a la vez quedarte en un lugar seguro. Pero resulta que lo malo también puede pasarte incluso sin moverte del sitio, y esa es, desde luego, la mayor de las putadas.

Esta historia trata de una mujer que decide lanzarse a lo desconocido. Es ese instante mínimo, casi ridículo, en el que hay que escoger si subes al tren o te quedas en el andén diciendo adiós con la mano, convencida de que estar quieta es, igualmente, una forma de llegar a algún sitio.

Noche en la isla

El lugar era tan fantástico que incitaba a todas las aventuras. Cuando llegaron, supo que allí podía pasar cualquier cosa y deseó que pasara, aunque se prohibió pensar demasiado en ello. El ambiente perezoso del Caribe, la luz, el rústico hotelucho de playa que habían reservado, la arena blanquísima, el mar turquesa, el reguetón, el balanceo de las hamacas solitarias... El clima y el viento cálido parecían soplar a su favor; solo era cuestión de tiempo.

La noche anterior se había dormido preguntándose con cuál de los dos se acostaría finalmente; lo cierto es que ambos le gustaban.

Hacía apenas tres días ni siquiera los conocía. Se había fijado en ellos fugazmente al entrar en el autobús de aquella excursión que les llevaría a visitar una de las atracciones turísticas de la zona. Después, providencialmente, cuando todo el grupo paró a desayunar, los dos se sentaron en la misma mesa donde ella estaba, y ya no se separaron en toda la excursión

El más joven, que debía de andar por los treinta y pocos, le pareció guapísimo, al estilo de los guapos canónicos. Tenía todos los atributos necesarios: ínfulas de chulo, seguramente sin serlo; sonrisa arrebatadora, paletas un poco separadas, un par de tatuajes y una manera de fumar que hacía derretirse el hielo. El otro era más normal, pero parecía encantador y divertido. Los dos se complementaban a la perfección. Le contaron que eran amigos desde hacía tiempo y solían viajar juntos.

La noche del día en que se conocieron fueron a bailar reguetón y salsa con el resto de la gente de otros países con los que habían coincidido en la excursión, pero aquella vez ella se retiró temprano. Sin embargo, ambos seguían su mismo itinerario de viaje, así que quedaron en encontrarse en la siguiente ciudad.

Se trataba de una ciudad colonial, colorida y húmeda que hacía explotar todos los sentidos. Las frutas tenían tonos violentos y olores dulzones y la música martilleaba por todas partes. No se podía dar un paso sin sudar, ni dos sin tomar una cerveza.

Por el día, ellos jugaron al ratón y al gato mientras ella se perdía por aquellas calles haciendo la ruta turística de rigor, aunque la excitación por volver a verles era evidente. Quería que pasaran las horas, pero al mismo tiempo saborear lentamente las que estaba viviendo. Deseaba que aquella sensación de «algoparecequevaapasar» le entrara por todos los poros de su cuerpo y luego expulsarla convertida en sudor.

Se volvió a encontrar con ellos por la noche. Los esperó sentada, tomando una cerveza, en una plaza llena de gente que parecía el decorado de alguna película. Después, fueron a buscar un restaurante para cenar sorteando la multitud que atestaba las estrechas callejuelas llenas de bandas de música callejeras, farolillos y banderolas de colores.

Le pareció que ambos coqueteaban descaradamente con ella, pero tampoco estaba muy segura; quizás solo estuvieran siendo cariñosos. Eran demasiado jóvenes para una mujer de su edad, aunque sabía perfectamente que, en los viajes, la edad no importa, se diluye. Nadie repara en esas cosas cuando uno está a ocho mil kilómetros de casa y se ha gastado los ahorros de un año en llegar hasta ese lugar, hasta ese momento en donde todo confluye: el deseo, el cansancio de la vida cotidiana, los sueños, la aventura, el querer, el no querer, la curiosidad...

Así que, aquella noche, ella no sabía muy bien qué buscaban exactamente aquellos dos extranjeros. Le parecía que querían lo que ella estuviera dispuesta a darles; ni más ni menos. Eso le otorgaba un poder que la excitaba muchísimo, pero que, a la vez, resultaba aterrador.

Les habló de una isla que alguien le había recomendado aquella misma tarde. Les dijo que se marcharía al día siguiente y se quedaría allí unos días. Ellos se apuntaron al plan enseguida. Después de cenar, compraron los billetes para el ferri y se fueron a una tienda a por bañadores, crema para el sol y una máscara de esnórquel. Ella compró una botella de ron y un biquini nuevo.

Ya en su hotel, antes de dormirse, pensó que quizás podría acostarse con uno un día y con el otro al siguiente, esa podría ser una posibilidad, aunque causaría quizás un poco de mal rollo entre

ellos. Pero ¿por qué elegir? En realidad, le gustaban los dos y allí no había nadie para juzgarla.

Cuando llegaron a la isla, se acomodaron en el hotel, que no eran más que varias cabañas hechas de tablones de madera y pajas situadas en la arena, dando directamente al mar.

Pasaron el día bañándose, fumando la marihuana que ellos llevaban y mezclando la botella de ron con Coca-Cola hasta que casi la acabaron toda; echaron la siesta en las hamacas que se balanceaban en la terraza superior, dando a un mar tan turquesa que casi dañaba la vista.

Al final de la tarde, ya bastante borrachos, se ducharon para ir a cenar a alguno de los restaurantes de la playa. Las duchas estaban fuera de las habitaciones. Cuando ella salió envuelta en la toalla, los dos se quedaron mirándola mientras cuchicheaban algo en su idioma, entre risitas y miradas cómplices. Estaban en las mesitas delante de su cuarto, en la baranda que daba al mar.

Minutos después, ella salió de su habitación ya vestida, lista para irse con ellos a cenar.

—Me he quemado bastante —les dijo, mostrándoles un poco el rojo de su escote.

—Si quieres, te echamos crema —propuso uno, ahora no recuerda cuál de ellos fue.

Entonces ella se dirigió a su habitación y, sin dudarlo ni un instante, cogió el bote de crema. Volvió a salir y lo puso ruidosamente encima de la mesita donde ellos tomaban sus cervezas. Ni siquiera lo pensó; fue como un impulso automático.

—Vale —dijo con decisión—. Aquí tenéis la crema.

Ellos dos se miraron brevemente, algo sorprendidos. No hizo falta más. Con esa señal y cuando ella lo decidió, todo se desencadenó.

Uno —tampoco recuerda ahora cuál— le levantó la camiseta y comenzó a untarle las tetas con la crema, mientras el otro la besaba. Se empezaron a enrollar allí mismo, a la vista de quien quisiera verlos, y así estuvieron bastante rato, hasta que le arrancaron la camiseta y los pantalones, y ella hacía lo mismo con la ropa de ellos.

Hubo un momento en el que los tres pararon un instante y se miraron divertidos.

—¿De verdad vamos a hacer «esto»? —preguntó ella—. Es mi primera vez.

—Para mí también —dijo el mayor.

—Yo lo hice una vez —admitió el otro—, pero no me enteré de nada. Estaba demasiado borracho.

Después, se metieron en la habitación de ellos y allí empezó la función. Fue todo mucho más fácil de lo que ella había pensado. Manejar dos pollas al mismo tiempo le resultó muy excitante (y, a juzgar por sus caras, a ellos también... hasta parecieron un poco cohibidos). Ella no sabía muy bien qué se esperaba que hiciera ni cómo actuar. Simplemente, iba improvisando sobre la marcha, pero todo parecía funcionar. Se sintió como el jamón y el queso de un sándwich cuando, tumbada entre ellos, bien apretados los tres, les iba comiendo la boca de manera alterna. Pensó fugazmente en que quizás aquella fuese la única vez que viviría algo así. Quiso capturar el instante para siempre y la sensación, que le pareció frágil e intensa a un tiempo.

Cuando se cansaron de probar coreografías, se vistieron y se fueron a cenar apresuradamente. Los restaurantes de la playa cerrarían pronto. Los tres parecían un poco volados por lo que acababa de suceder, pero, a la vez, era como si no hubiera pasado nada. Durante la cena, hablaron de ello. Se sentían raros; nunca

hasta ese instante habían compartido un momento sexual. Ni siquiera se habían visto desnudos antes de esa noche.

Se despidieron en la baranda para ir cada uno a su habitación a dormir. Ella entró en la suya y se desplomó sobre la cama. Necesitaba pensar en lo que había sucedido, rememorar todos los detalles. Pero no le dio tiempo. De pronto, oyó que llamaban a la puerta. Era el mayor de ellos. Volvieron a empezar.

Al cabo de un rato, él se marchó y ella cayó rendida en la cama. Se quedó dormida enseguida.

En medio de la noche la despertó el ruido de la puerta de la habitación batiéndose. Se había quedado abierta. No sabía muy bien qué hora era, pero aún no había amanecido. Abrió y vio la luna más gigantesca y redonda de su vida que hacía brillar el mar iluminándolo como si fuera una bombilla gigante.

«Pero ¿lo he soñado o ha sido verdad?», pensó, antes de quedarse de nuevo dormida.

7

¿QUÉ ANIMAL TIENES EN TU CAMA?

A la hora del sexo, además de las habilidades o las ganas que se le pongan al asunto, creo que un aspecto clave que se pasa por alto es la personalidad sexual que cada uno tiene. No necesariamente coincide con la personalidad real y en algunos casos te llevas unas sorpresas que *pa qué* (para lo bueno y para lo malo). Cuántas veces nos habremos ido a casa del que creíamos un empotrador que luego resultó ser un «pequeño poni» o, al contrario, de uno con pinta de seminarista que acabó siendo un potro desbocado. Como dice mi amiga Ruth, cada uno es como es, y esto también se aplica al sexo. Podrás cambiar comportamientos o limar alguna cosilla, pero esa personalidad nunca jamás cambiará.

Tal y como decía Forrest Gump —aquello de que la vida es como una caja de bombones y nunca sabes qué te va a tocar—, pues lo mismo con el sexo. Cada tío que nos encontramos es como comprarte un Kinder Sorpresa (y conviene ver cuanto antes lo que hay dentro del huevo).

Se me ocurren algunas personalidades sexuales, así en plan horóscopo chino (solo puedo hablar de hombres; no tengo ni idea de las de las mujeres, más que de mi propia mismidad y meras predicciones).

- *El ratón*. Es el que se comporta como un animalillo asustado e inseguro que parece que va a ser pillado en una trampa. Es temeroso y educado: «¿Te gusta esto?, ¿Más lo otro?, ¿Te hago daño?». Y a ti te dan ganas de decir: «Mira... fóllame y cállate, que si me haces daño, no te apures, que te vas a enterar». Es el que lo hace todo con dudas, con titubeos, una especie de estreñido sexual. Son personas a las que les cuesta mucho trabajo el sexo. A veces, con suerte, consiguen «ir bien», pero la mayoría de los días necesitan indicaciones exactas, ayuda, pero, sobre todo, ánimos, muchos ánimos.

  Hace mucho tiempo, un hombre tipo ratón me dijo: «Hoy vas a ser mi sumisa. Te voy a atar y te vas a enterar», y yo pensé para mí: «Verás tú, qué bien te va a salir». Pero dije: «Muy bien, vale, pues átame y hazme lo que quieras». Esa persona no supo jugar a mandar porque tenía actitud de ratón, y un ratón, por mucho que te ate, te ponga unas esposas y te amordace, sigue siendo un ratón, y tú no puedes obedecer a una persona que titubea, que se lo piensa dos veces y que te habla suavemente como si te estuviera recitando un poema de Rilke y luego no sabe exactamente qué hacer contigo y te deja como un pollo bridado que parece que te van a meter en un horno. En un momento dado, me soltó: «Eres una sumisa de mierda. No obedeces». Y claro que no obedecí. ¿Cuál sería el castigo? ¿Un tironcillo de orejas?
- *El perro*. Es ese que no es tan desastroso como el anterior y que cumple bien la función para la que ha sido entrenado. Me refiero a que si les dices: «Haz esto», pues van ellos y obedecen. «Tócame aquí». Y van ellos y te tocan. Es decir, todo lo ejecutan más o menos bien y son solícitos, pero jamás les pidas algo que se salga del guión. Si quieres extras, tendrás que

entrenarles igual que se entrenan los perros de ciego para guiar a sus dueños.

- *El león*. Es el mejor, también en la cama. Para él, follar es tan natural como respirar, y por eso le sale tan bien. Para empezar, porque es libre y no tiene prejuicios. No suele hablar de sexo, lo hace. No alardea de habilidades sexuales, tamaños y demás. No hace ascos a nada y nada le da asco. Te pone del derecho, del revés, arriba, abajo y, por supuesto, él manda. Como buen león, ya nace con esas cualidades incluidas. Da igual si es más joven o más viejo, con más experiencia o con menos. Ese comportamiento ya lo trae de serie. Eso sí, el ego del león necesita aplausos y que se le recuerde continuamente que es el rey de la selva. Es de esos que después del polvo te pedirá que le pongas nota. Siempre hay que decir que un quince; ellos son felices con poco.
- *El gato de angora*. Es el «asqueroso», el tiquismiquis, al que todo le da asco, incluso lo suyo propio. Ese que se está limpiando todo el tiempo, que te mete en la ducha o te obliga a usar el bidé antes del sexo, y poco menos que te desinfecta, al que le da asco hacerlo con la regla, al que no le gusta el sexo oral. Los que recién se corren y se levantan raudos y veloces a limpiarse, los que te limpian a ti frenéticamente, los que sin papel higiénico encima de la mesilla no follan (igual era por eso lo del papel higiénico durante la pandemia).
- *El panda*. Es tierno, adorable, suave, cariñoso, amoroso... pero tiene el sex appeal de un pez y nunca acaba de arrancar. Mucho abrazo y besito y poco fuego. Perfecto, si quieres dormir con un osito de peluche gigante, y malo, si esperas lujuria y desenfreno. Lo que quiere es el calorcito de tu cueva (no de la que estás pensando, sino de tu funda nórdica).

- *El loro*. Es el que mucho blabla y luego poco lerele. Te habla, te embauca, te dice todas las bondades y cualidades que tiene, todo lo que te va a hacer. Te vende el polvo que te va a echar como si fuera un yogur. Todo un experto en márquetin sexual... Luego se queda en nada, y tú ni siquiera puedes pedir que te devuelvan el dinero.
- *El lobo solitario*. Es el que va de misterioso y de maldito, pero, en realidad, es un *matao*. Aparece cuando quiere, desaparece igual de rápido. La química sexual con ellos es increíble. En la cama es todo intensidad: te atrae, te confunde, te intriga... Cuando acaba, pretende irse a su guarida solitaria, pero lo que de verdad quiere es coger el último metro para no pagar un Uber.
- *El mono del culo rojo*. La cama, para él, es un circo o un parque de atracciones. Giros, acrobacias, malabarismos, ideas raras, posiciones increíbles, te la meto por aquí y te la saco por allá... Todo con un fin: lucirse él. Al principio te divierte, pero a los diez minutos acabas justamente como en el circo, queriéndote cortar las venas.
- *La serpiente.* Son los que te producen miedo o rechazo o las dos cosas, pero a la vez desprenden «algo» que no sabes que es (suele ser «algo» oscuro y subterráneo). Estás tomando un café, y, cuando te quieres dar cuenta, ya te han llevado a la cama no sabes ni cómo. Cuando abres los ojos, ya no están, así que no acabas de saber si la cosa fue verdad o lo soñaste.
- *La lechuza*. Nunca cambia de expresión ni emite señal alguna que pueda indicar que allí está pasando algo. Le hagas lo que le hagas siempre tendrá la misma cara y, a veces, la misma posición. Podría parecer que están muertos, pero no. Son los

que se corren y no te das ni cuenta. Ellos dicen que lo han hecho, pero es mentira.

Hay que aspirar siempre a los leones, que da mucho gusto dejarse hacer y no tener que explicar nada (para variar), pero creo que los cuatro que quedan están despeluchados y toman Viagra.

II

BLANCO SECO



8

UNA MALA CITA LA TIENE CUALQUIERA

En esta época de reinado de las apps de citas, hemos acumulado tantos encuentros con desconocidos que es imposible no tener una buena colección de «malas citas» o, como mínimo, de experiencias extrañas.

Yo empecé a usar el Meetic en la prehistoria de las webs de ligar, cuando aún estaban «mal vistas». Meterte en una de ellas era considerado como de «desesperadas» y, por supuesto, hacerlo se mantenía en secreto para que no te miraran mal.

Aquella, sin duda, fue su época dorada porque éramos pocos y seleccionados (solo la gente que controlaba algo del mundo web y de cierto nivel y atrevimiento se aventuraba a probar aquello), así que casi todos estábamos entusiasmados con aquella nueva manera de conocer gente, dispuestísimos a enamorarnos a las primeras de cambio y creyéndonos, además, muy vanguardistas por usarlas.

Hay que puntualizar que, en aquella primera etapa, la gente no empleaba estas webs con fines sexuales (o no tanto), sino con la idea de una «relación» (cuando con el tiempo se descubrió que follar gracias a ellas era más fácil que bajar la basura, ya se abrió la veda).

Recuerdo lo eufórica que iba a aquellas primeras citas. Me preparaba durante horas, me ponía histérica, como si detrás de cada uno de aquellos perfiles se fuese a encontrar de verdad el nuevo amor de mi vida. En esa época tuve un par de novios «serios»

gracias a ellas, que me duraron algún tiempo. Después, a medida que fui «bajando a la mina», se fueron diluyendo el entusiasmo y las ganas a pasos agigantados, tanto que, en mi última etapa, creo que ni siquiera me arreglaba para las citas; seguir conociendo a gente random como un hámster en una rueda me provocaba una enorme pereza. Ya sabía lo que me iba a encontrar. Del entusiasmo inicial al hastío sideral hubo un largo periodo, en el que creo que quedaba con tíos simplemente para salir un rato, airearme y tomarme un vino. Lo del amor y el sexo se convirtió en algo secundario.

En aquella etapa me divertí bastante, pero recuerdo que también tuve varias «malas citas».

El top de mis malos encuentros creo que fue aquella noche en que un tío con el que ya había quedado una vez me invitó a cenar a su casa y «ver una peli», el clásico para echar un polvo, vaya. Cuando llegué a su piso de Arturo Soria, llamó para encargar sushi. Nos pusimos a ver no recuerdo qué peli antigua mientras comíamos el sushi. Al cabo de un rato me sobresaltaron sus ronquidos. Se me había quedado dormido. Le desperté y le dije, toda ofendida, que me iba (ahora creo que me hubiera echado a dormir con él tan ricamente). Me puso a caer de un burro. No sé cuántos mensajes me mandó luego diciéndome cosas horribles por haberme marchado.

Hubo otra estelar (estelar por lo que hice yo). Esta sucedió en Mercato Ballarò, uno de mis restaurantes favoritos de Madrid. El tipo con el que había quedado vivía en Valladolid y trabajaba en algo relacionado con el cambio de divisas. Como regalo me había traído un montón de billetes de distintas partes del mundo (dinero, al fin y al cabo, así que bien). Pedimos el vino y la cena. En un momento dado, le pregunté:

—¿Y tú dónde vives?

—En casa de mi mujer —me respondió.

—¿Cómo en casa de tu mujer? ¿O sea que estás casado?

—Vivo con mi mujer —insistió.

—Eso es estar casado —le dije yo.

—No, no es lo mismo —me corrigió.

Ya con el vino servido en las copas y con la comida por llegar le solté:

—Yo no quedo con casados, y menos con los que no me lo dicen antes.

Me levanté de la mesa y me fui, dejándole con la boca abierta y a todo el restaurante mirando.

Lo malo es que me olvidé de llevarme todos aquellos billetes extranjeros.

En otra ocasión, quedé con un señor del tipo «empresario forrado de pasta» que evidentemente no tenía nada que ver conmigo. Me sentí fuera de lugar en nuestra primera cita, en un restaurante japonés de postín. Al final, el tío, al que tampoco le interesé en absoluto, me llevó a casa de muy mala gana. Parecía que quería librarse de mí cuanto antes.

Otra noche, con otro señor que me cayó un poco mejor, me pasó, por el contrario, algo inesperado. Se trataba también de la primera vez que quedábamos. Fuimos a la Feria del Libro y a cenar. Se nos hizo bastante tarde, y cuando me llevó a casa, alrededor de las dos de la mañana, sucedió algo que cambió por completo el rumbo de la noche.

Mezclando estas dos últimas «malas citas» y fabulando bastante, escribí el que, hasta la fecha, es mi relato favorito.

Noche de sushi

Desde fuera se podría decir que la cita iba bien. Sin embargo, había algo que no acababa de fluir en la conversación. Teresa no sabía muy bien cómo actuar para parecer natural. No se encontraba del todo cómoda en aquel restaurante que, aunque agradable, era, como ella decía, un restaurante «de señor», uno de esos comedores rancios repleto de hombres de mediana edad encorbatados y con aspecto de acabar de salir de una reunión de negocios. Lo notó nada más llegar cuando vio que tenía servicio de aparcacoches y también cuando, al entrar, una chica con aire altivo, toda vestida de negro, le preguntó su nombre y la hizo pasar a la sala.

Se veía que el tipo tenía dinero. Afortunadamente, iba bastante arreglada, aunque quizá se había pasado un poco con el escote. Lo adivinó por las miradas disimuladas de los hombres al entrar en el comedor.

Su cita, Fabián, la esperaba dentro, ya en la mesa, y se levantó educado para recibirla. Teresa pensó en los bares del centro adonde habitualmente iba con sus citas Tinder, y los echó de menos, a los bares y también a aquellos otros hombres, como más de andar por casa.

Se fijó en él. Desde luego, no era su tipo. Tenía pinta de banquero sin escrúpulos, una sonrisa falsa y vestía traje y corbata. Él también le miró el escote; no pudo evitarlo.

Teresa reparó en que los camareros le trataban con deferencia. Parecían conocerle bien. Seguramente era cliente habitual. Él pidió unos aperitivos y eligió los entrantes con soltura. Tomó la iniciativa al darse cuenta de que ella no tenía mucha idea de comida japonesa. «Es la primera vez que vengo. A chinos sí he ido, pero a japoneses nunca», admitió, como disculpándose. Cuando le preguntó por el vino, ella respondió: «Algo que no sea muy fuerte. No suelo beber

mucho...». Fabián eligió un cava. Según dijo, combinaba bien con lo que iban a comer.

Advirtió cierta expresión de decepción cuando le explicó que era teleoperadora en una compañía de seguros. Sin duda, él esperaba algo más vistoso, una profesión más sexi. No le preguntó nada sobre su trabajo, pero en cambio sí le contó algunas cosas sobre el suyo. Compraba empresas en quiebra, las reflotaba y las vendía de nuevo. Eso era lo que hacía. A Teresa aquello le pareció un poco de película. Se acordó de Armas de mujer, *de* Wall Street *y de todos aquellos filmes de su infancia. Cometió el error de decírselo para intentar resultar ocurrente. Él sonrió con desgana.*

De segundo plato, él sugirió pedir sushi, maki y sashimi. Al rato el camarero llegó con una impresionante bandeja en forma de barco vikingo con hielo picado en la que reposaban delicadamente todas las piezas de comida y algunos trozos de pescado crudo. Fabián cogió los palillos con pericia y empezó a comer. Parecía distraído, demasiado centrado en la comida, como deseando acabar la cita ya antes de empezarla.

—¿Te importaría pedirme unos cubiertos? Creo que no me voy apañar con los palillos —dijo ella como avergonzada.

Mientras Fabián le hablaba de su exmujer, que, al parecer, era dueña de una joyería de lujo en Madrid, Teresa destrozaba las piezas de sushi con el cuchillo, algo apurada, sin saber muy bien cómo volver a componer todo aquello que se le desparramaba encima del plato.

—Eres muy guapa —soltó él de pronto—, aunque en las fotos parecías más delgada y tampoco eras rubia.

Teresa pensó que quizá se le notaban algo las raíces negras. Había decidido teñirse de rubia platino hacía poco. Quizás tenía que haber

pasado antes por la peluquería, pero aquellas citas cada vez le daban más igual.

Él no era guapo, pero tenía ese brillo mate que da el dinero. Se veía que había escogido cuidadosamente las fotos que había puesto en Tinder, en donde su aspecto era mucho más atractivo y, desde luego, más joven.

—A ti también se te veía más delgado en tus fotos del Tinder —dijo ella, un poco devolviéndole el comentario.

Cuando llegaron al postre, estaba claro que aquello no iba a ningún lado. Teresa pensó que no pegaban ni con cola. Lo más probable era que no la volviera a llamar después de aquella cita. Ella tampoco quería que lo hiciera.

Evidentemente, pagó él. Teresa se fijó en los diez euros que dejó de propina y le dieron ganas de cogerlos cuando él se excusó para ir al baño.

Al salir, fumaron un cigarrillo rápido en la puerta del restaurante. Él no propuso ir a tomar una copa, ni ella tampoco lo sugirió. Se ofreció, más por educación que por otra cosa, a acercarla a casa y a los dos minutos el aparcacoches apareció con un Mercedes deportivo azul cobalto.

—Vivo algo lejos, por la carretera de Canillas... ¿seguro que no te importa llevarme?

—No hay problema —respondió.

Cuando llegaron a su portal, antes de despedirse, Teresa empezó a rebuscar con cierta desesperación dentro de su bolso.

—No puedo creerlo. Me he dejado las llaves de casa —le dijo—. No las encuentro por ningún lado. No sé qué hacer... o se me han caído en alguna parte o me las he olvidado dentro.

—¿Estás segura? Búscalas bien —dijo Fabián, con cara de contrariedad mal disimulada.

—Qué va, no las tengo.

—Tendrás que venir a mi casa. No hay más remedio —propuso—. No te puedo dejar en medio de la calle. ¿No hay alguna amiga a la que puedas llamar?

—A estas horas, imposible —dijo ella—. Siento ponerte en este compromiso.

Estaba asustada y también nerviosa. No le apetecía nada irse a casa de aquel hombre y todavía menos pasar la noche allí, pero, como él había dicho, no había otro remedio. Era eso o irse a un hotel, y tampoco eran horas de buscar uno. Pensó en la perspectiva horrible de despertarse en una casa extraña con aquel tipo tan hostil y le dieron ganas de echarse a llorar.

—Si quieres, puedo dormir en tu coche —propuso ella.

—No seas tonta —respondió él—. Dormirás en mi casa. No hay ningún problema.

Fabián cogió la autovía de nuevo y cambió de sentido para ir hacia La Moraleja. Durante el trayecto, apenas hablaron. El Mercedes recorrió varias urbanizaciones oscuras y silenciosas, hasta que por fin atravesaron la garita de seguridad de una de ellas, la última de una calle sin salida con frondosos árboles.

—¿Vives en un chalet? —preguntó Teresa.

—Sí, algo así...

La casa tenía tres plantas y era de línea moderna, como las de los famosos que veía en las revistas. Conforme accedían a la finca, Teresa pudo distinguir los ladridos cada vez más cercanos de unos perros. Se asustó.

—Tranquila, tengo tres perros vigía. Imponen bastante, pero no te harán nada.

Efectivamente, tres enormes perros negros aparecieron rodeando el coche como una jauría de lobos furiosos. Los tres se agolparon frente a la ventanilla de ella poniéndose de pie contra el cristal, ladraban amenazantes, enseñando los colmillos. No paraban de ladrar. Teresa estaba aterrada, pero Fabián no hizo demasiado por tranquilizarla.

—Relájate. No te harán nada —dijo por fin—. Solo atacan a los intrusos. No van a morderte. Procura no ponerte nerviosa. Pueden oler el miedo.

Cuando, tras dejar el coche en el garaje, salieron de nuevo al jardín rumbo a la casa, a Teresa le temblaban las rodillas. Apenas podía sostenerse sobre los tacones que llevaba. Tenía pavor a los perros desde que, a los diez años, la perra recién parida de su hermana le mordiera en la cara mientras acariciaba a uno de sus cachorros. Se acordaba bien de aquello.

Los perros corrieron hacia su amo y se mantuvieron alejados de ella, tal y como Fabián había dicho. Sin embargo, continuaban gruñendo mientras la miraban amenazantes dando vueltas en círculos a su alrededor, aunque respetando cierta distancia.

—¿Cómo es que los tienes sueltos? —preguntó.

—El chalet está vallado. No te harán nada. No te rayes.

Ya dentro, se sintió algo más tranquila. Al menos estaba a salvo de los perros. Se encontraba tan alterada que apenas pudo fijarse bien en la casa. Todo era imponente. Jamás había estado en un lugar así.

Él se quitó la chaqueta del traje, que dejó en el respaldo de una silla, y se deshizo también de la corbata y los zapatos.

—Ponte cómoda. ¿Te apetece una copa?

Ella asintió. No sabía qué hacer ni cómo actuar. Se sentó tímidamente en uno de los enormes sofás de piel blanca que había

en el salón, con las piernas muy juntas y las manos sobre el regazo. Fuera, aún podía oír a los perros ladrando de vez en cuando. Pensó en su casa vacía, esperándola, acogedora y segura. Sintió miedo y se dio cuenta de lo inexplicable de aquella situación. Era como habitar en una pesadilla.

Fabián volvió con dos gin-tonics en la mano, puso música y se sentó junto a ella en el sofá; luego comenzó a acariciarle las rodillas y fue subiendo hasta casi rozar su ingle.

La intentó besar. Ella se revolvió incómoda.

—No deberíamos tardar mucho en acostarnos —dijo él—. Mañana me levanto muy temprano. ¿Por qué no vamos a la habitación? Ven. Te llevo la copa.

Teresa pensó que no tenía escapatoria. Ni siquiera se le ocurrió preguntar por la habitación de invitados. Tendría que acostarse con aquel hombre. Esta vez iba a tener que pagar por haber sido tan despistada. Así aprendería a no dejarse las llaves en casa. Trató de no observarlo con una mirada tan hostil. Al fin y al cabo, se había acostado con tíos peores, incluso más feos. Aquel era limpio, educado y rico. No era para tanto. Dio un trago largo al gin-tonic y le siguió a la habitación, ya resignada, como un cordero a punto de ir a un matadero.

—Tranquila, mujer, que no muerdo —dijo él mientras subían por las escaleras.

Apenas le dio tiempo a ver cómo era el cuarto. Fabián se abalanzó inmediatamente sobre ella. Cerró los ojos y se dejó llevar. No quería ver nada. Se imaginó que era otro el que le bajaba la falda y le arrancaba las bragas de un tirón, otro el que hundía los dedos en su interior de golpe, sin ningún tipo de preámbulo.

Fingió correrse rápido para que él dejase de manosearla. Después, Fabián se desabrochó la bragueta del pantalón y sujetándose la polla

con la mano, empezó a tocarse.

De repente, Teresa tomó conciencia de la situación y vio a aquel hombre masturbándose delante de ella. Se fijó en su enorme tripa. Realmente quería irse de allí, largarse cuanto antes y dormir en el bosque si hacía falta, ir andando a Madrid si era necesario. Él advirtió pronto su cara de angustia...

—¿Qué te pasa? ¿No quieres seguir? ¿No quieres que te la meta un poquito?

—La verdad es que no me siento muy bien, estoy algo mareada —dijo ella—. Me gustaría irme.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo demonios piensas largarte? —preguntó él, con la polla ya flácida entre las manos.

—Voy a llamar a un Uber y ya me las apañaré. Has sido muy amable al invitarme a dormir aquí, pero no me encuentro bien, prefiero irme —repitió Teresa mientras se volvía a poner las bragas y la falda a toda velocidad.

—¿Con que esas tenemos? ¿Vas a llamar a un Uber? Vale, cielo, como quieras, llama a un Uber, venga.

Teresa cogió el móvil y entró en la aplicación. El coche tardaría unos quince minutos en llegar.

—Me voy —le dijo—. Esperaré al coche fuera. ¿Cómo hago para salir?

—Te doy la clave para abrir la valla de la entrada. Encontrarás un cuadro para meterla saliendo a la derecha, pero una cosa: ten cuidado con los perros —pronunció él con cierto tono maligno—, ya sabes que están sueltos.

Teresa bajó las escaleras con rapidez y cerró la puerta tras ella. Ya estaba fuera. Salvada. Todo estaba oscuro. Activó la linterna de su móvil. Antes de bajar las escaleras del porche vio a los tres perros como formas indefinidas y oscuras a lo lejos. Después, advirtiendo

su presencia, se acercaron de nuevo a la casa, ladrando como antes. Apenas la separaban veinte metros de la valla de entrada. Tenía que atreverse. No le harían nada. Él le había dicho que no la atacarían. Pero había que pasar delante de ellos. Ese era el problema.

Bajó con cautela uno de los escalones. Los perros se le acercaron un poco más. No agresivos, pero sí con curiosidad. Ahora no ladraban, simplemente gruñían. Se fijó en los ojos del que más cerca estaba, negros como cucarachas. Bajó otro de los escalones. Tenía que hacerlo. Tenía que acercarse a la verja y estaría salvada. El Uber debía de estar ya a punto de llegar.

Bajó el último escalón. Entonces, uno de los perros se acercó alarmantemente a ella, gruñendo amenazador. Se quedó petrificada. No podía moverse. «No hay que tener miedo. No tengas miedo, Tere. Vence el miedo. No te harán nada», se dijo a sí misma.

Vio el haz de luz del coche que acababa de llegar al otro lado de la valla. Escuchó el ruido tranquilizador del motor. Ya estaba allí. Se imaginó dentro del Uber, con la calefacción a tope y la radio con el reguetón bajito sonando, rumbo a casa... Pero aquellos jodidos perros no se iban.

Tenía que atreverse...

Se acordó en ese instante de esas noticias que de vez en cuando salían en el telediario, de gente que moría atacada por algún perro. Esto no era un perro, eran tres perros. Además, hacía un frío atroz allí fuera. Se puso a llorar desconsoladamente.

Luego, dándose ya por vencida, sabiendo que no sería capaz de enfrentarse a los perros y salir de allí, intentó tranquilizarse. Realizó un par de respiraciones profundas. Ellos seguían cercándola, ahora en silencio. No se movían ni se moverían jamás.

Supo que no tenía alternativa. Subió de nuevo las escaleras del porche. Llamó al timbre insistentemente, con nerviosismo. Temía

que los perros la atacaran por la espalda. Él no le abría. Llamó de nuevo. Por fin vio luz a través del cristal de la puerta de entrada.

Fabián le abrió. Estaba desnudo.

—¿Has cambiado de opinión, pequeña? Ya te dije que no era buena idea lo de marcharte así. Vayamos a la cama. Vas a coger frío.

Mientras subía de nuevo por las escaleras, Teresa metió las manos en los bolsillos de su abrigo, y advirtió que había un agujero en uno de ellos, en el derecho. Introdujo el dedo a través del forro y notó el tacto metálico de sus llaves.

9

PONME OTRO VINO, QUE AÚN TE VEO FEO

A lo largo de mi vida, los bares han jugado un papel fundamental; si lo pensamos, son lugares importantísimos donde sucede un porcentaje bastante significativo de nuestra vida y, sobre todo, donde nos pasan las cosas del amor, al menos al principio. La mayoría de nosotras no nos hemos enamorado mientras íbamos de senderismo o en un museo, sino en los bares.

Durante los años de máxima actividad del amor, esto es de los treinta y muchos a los cincuenta, no hice más que ir a bares, y a muchos iba, justamente, a quedar con desconocidos.

La elección del escenario es importante en una cita y supone una declaración de intenciones. Ha de ser un sitio agradable, con la luz y la música adecuadas, animado, pero no ruidoso, que no resulte cutre, pero tampoco pijo... y debe decir algo de ti. Hay que elegir el bar como quien elige la ropa que va a llevar o los temas de conversación: con cuidado.

Siempre he desconfiado de la gente que no conoce bares o no les importan, esa gente que no sabe llevarte a ningún lado (que los hay). Esos que les preguntas a dónde les apetece ir y te sueltan la frase más odiosa y cutre de la historia: «Me da igual».

Precisamente, una de mis cualidades es conocer muchos bares; suelo tener uno adecuado para cada ocasión, y, si no, pues lo busco. Como dice la canción, no hay como el calor del amor en un bar (y

bien cierto es). Estar con la persona indicada mientras el mundo se para y hay otro que te pone de beber y patatas fritas... esa es la idea del paraíso para mí.

Yo tenía un bar de esos en mi barrio de Chamberí, en donde, durante una época, cada equis tiempo solía quedar con un tío distinto. Nunca iba sola, ni con amigas. Lo usaba única y exclusivamente para quedar con desconocidos. El bar de las grandes esperanzas. En ese bar, en el que los camareros acabaron conociéndome bien, había una cosa fundamental para una «Tinder cita»: cava. Para cuando llegaba el tío en cuestión, yo ya me había bebido como mínimo una copa y, como me sube mucho el alcohol, ya estaba prácticamente borracha, que es como hay que estar en las citas Tinder, y además con todas las aceitunas comidas y el platito lleno de huesos.

En aquel bar yo pedía de comer o no, dependiendo de la pasta que presumía que tenía mi cita, porque resulta que daban ostras, a razón de cuatro euros la unidad. Cuando quedaba con uno del montón (del montón económico, me refiero), pues no tomaba nada, pero cuando quedaba con uno tipo «señor», de esos de chaqueta austriaca, mocasín y piso en el templo de Debod, me pedía unas ostras francesas (las mejores y más caras), sabiendo perfectamente que yo no me iba a ocupar de la cuenta. A mí me pagaban la compañía a base de ostras. Y tengo que decir que, a veces, me he comido mucha mierda por tres o cuatro ostras. Me salía a ostra la hora. Así de empoderada voy yo por la vida. Soy una especie de bien *pagá* 3.0.

Cuando quedaba con uno normal, con el que ya tenía la seguridad de que íbamos a pagar a medias, pues pedía una sardina ahumada, o una gilda, que también están muy ricas, claro que no son ostras, pero todo no se puede.

Además, el bar tenía otra cosa: casi siempre te sentaban en la barra. Hay algo supersexi en estar en la barra de un bar que conoces con alguien que no conoces. Te otorga cierto poder. Debe de ser por los taburetes altos, por el cruzar las piernas y hablar con los camareros con familiaridad. Lo que me recuerda a que una vez quedé allí con un chico tan bajito tan bajito que cuando le miraba a la cara no sabía si estaba de pie o sentado en el taburete... y resultó que estaba de pie. Era algo así como el enano ese de *Juego de tronos*.

Pero, para aquel entonces, yo igual llevaba ya tres cavas, y los enanos me parecían gigantes, los feos guapos y los viejos, jóvenes.

Las bebidas con burbujas tienen el poder de embellecer las cosas y hacerte volar. Por eso las bebo. ¿Quién no lo haría en su sano juicio? Solo un gilipollas querría ver las cosas y a las personas como son en realidad: feas casi siempre.

Tengo una amiga que dice que no bebe, que «su cuerpo es su templo». Mi cuerpo es más bien como una iglesia: las hostias y el vino siempre están garantizados.

Y respecto del bar, yo pensaba: «La gente de este bar debe alucinar conmigo, porque siempre suelo venir aquí con tíos distintos y nunca repito», pero la verdad es que fueron muy discretos, y solo una vez, después de mucho tiempo, un día que por fin fui con una amiga, me dijeron: «Es la primera vez que te vemos aquí con una chica», y yo me sentí como una auténtica mujer fatal, tanto que, para no hundir mi reputación, estuve a punto de decirles que aquella mujer (que era mi amiga Eva), también era una cita Tinder.

Casi nunca saqué nada provechoso del bar de las grandes esperanzas, pero recuerdo mis últimas citas allí. En una de ellas, cuando yo ya llevaba como tres cavas, el tío en cuestión me dijo:

—Pues casi no vengo, aquí donde me ves. Estaba en mi casa viendo Netflix y me dije a mí mismo: «Huy, qué pereza, quién me manda a mi salir ahora, con el frío que hace, y encima en domingo».

Ese día no pedí ostras, pero luego, como tenía hambre, fuimos a otro bar cercano a comer algo. Y él hizo algo casi peor que no beber: no comer.

—Come tú —me dijo—, que yo ya cené antes de venir.

Y me recuerdo comiendo un plato de ensaladilla enorme mientras me bebía un vino pensando que quién coño en su sano juicio venía merendado un domingo a una cita Tinder.

En el bar de las grandes esperanzas solo me hablaban de las exnovias, de lo buenas que estaban, de lo fantásticas que eran en la cama y de sus peculiaridades. Aquello parecía el consultorio de la señorita Pepis (yo era la señorita Pepis). Una de las últimas citas que tuve allí fue, creo, la más horrible de las citas Tinder que jamás tuve. Nada más llegar, supe que me tenía que pedir media docena de ostras.

El señor tardó apenas cinco minutos en empezar con la letanía de la exnovia. Al parecer, tenía una novia divina, pero con un terrible problema: tenía la sangre de la regla «muy clara». Yo, no sé si con una ostra en la boca o ya escupiéndola, le dije:

—¿Mande? ¿Realmente acabo de llegar a esta cita y me estás hablando de la sangre de tu exnovia?

A lo que él replicó:

—Pero ¿qué pasa? ¿Tú no escribías novelas eróticas?

En el bar de las grandes esperanzas daban y dan cava, pero muchas veces me hubiera bebido de buena gana alcohol de 96, amoniaco o cicuta.

10

DAME UN GATILLAZO, QUE DE COMPROMISOS YA TENGO BASTANTE

He sido más bien desastrosa a la hora de relacionarme con gente del sexo opuesto, pero, a base de ser inasequible al desaliento durante tanto tiempo, también he logrado conocer bastante bien a los hombres y sus «movidillas».

Diría que el hombre ibérico contemporáneo tiene dos grandes problemas: uno es el pavor al compromiso o a la vinculación emocional y otro son los gatillazos (u otros problemas de índole sexual).

Durante mis «años locos» me resultaba bastante complicado echar un primer polvo normal, casi todo lo que me tocaba eran gatillazos. Antes, un mal primer polvo no se perdonaba, sobre todo de jóvenes; ahora hay que darle varias semanas al mismo, que más o menos es lo que tarda en normalizarse. Pero no solo me pasa o me ha pasado a mí. Comentándolo con amigas, es algo relativamente frecuente y sucede en hombres de todas las edades. Con el gatillazo pasan dos cosas. Una es que, al principio, ellos tratan de hacer como si no ocurriera nada. Se quedan callados como para ver si no nos damos cuenta, pero a no ser que tú estés en trance o bajo anestesia general, pues se nota un poco. Otra es —y esta es condición *sine qua non*— que el tío siempre dice: «Esto es la

primera vez que me pasa» o «Me gustas tanto que me pongo muy nervioso». Y luego están los que, advirtiendo el gatillazo, comienzan a hablar de sus pollas en tercera persona y a regañarlas como si fueran «personajillos traviesos» (tipo: «Esta hoy no se quiere levantar», «Esta hoy está que no sé qué le pasa», etcétera, etcétera).

Creo que lo peor que un tío puede escuchar en su vida, además de «no queda más cerveza», es «es que no la noto». Pero es que hay veces que no queda más remedio que decir esa fatídica frase, porque, aun con esas circunstancias tan precarias, algunos siguen follándote sin que allí haya polla con la que hacerlo (seguro que quien me lea sabe a lo que me refiero). Cuando decimos: «Es que no la noto», no es que queramos ser crueles, sino más bien evitarles el ridículo.

Y luego está lo que yo llamo el «efecto gominola», que es cuando tú estás haciéndole sexo oral a un tío y aquello se te queda como una nube de esas de golosina fofa en tu boca, yéndose para todos lados y ya no hay manera humana de hacer que el «personajillo» reviva.

Por otra parte, en esto de los gatillazos, algunos reaccionan fatal, y en vez de dejarlo pasar y seguir haciendo «lo que se pueda», se enfadan, se quedan ahí, obcecados y angustiadísimos, mirándose la polla, y tú, obviamente, no pasas a segundo plano, sino a sexto, como si te vas a hacer la compra y vuelves. No se van a dar cuenta.

Resumen: se nos exige comprender a los hombres, pero también hay que ser comprensivas con sus pollas. Lo contrario es de egoístas desalmadas o de falocéntricas. A menudo tenemos que escuchar sentencias como que «se pueden hacer otras cosas». Ya lo sabemos, gracias, pero eso no implica renunciar al coito. A una gran mayoría nos gusta y parece que ahora también tengamos que pedir perdón

por ello. Por mucho que nos digan las revistas que lo importante es la piel, la intimidad, la conexión, ¿qué pasa si lo que nos gusta es follar?, ¿somos disfuncionales, insensibles o perversas por ello?

A mí, a veces, los hombres me dan pena, porque, verdaderamente, muchos viven angustiados por su polla, que les trata como una auténtica tirana. No puedo hacerme a la idea de lo que tiene que ser vivir esclavo de un apéndice y su rendimiento. Yo me la cortaba.

Me parece a mí que lo que sucede es que hace tiempo que están acojonados. Tienen miedo del papel proactivo que las mujeres tenemos ahora en el sexo y en las relaciones. Antes, uno se te acercaba en la barra de un bar y te preguntaba: «¿Te puedo invitar a una copa?», y la chica decía: «Bueno», pestañeando como Bambi. Ahora sería normal responder: «Una copa no me apetece, pero si quieres vamos a mi casa y follamos, y, por cierto, tu amigo también puede venir». Imaginemos cómo de acojonado llega ese hombre a la cama. A ellos les da la sensación de que nos los comemos con patatas, y no andan desencaminados. No han estado rápidos a la hora de reaccionar al empoderamiento femenino. Si lo aprovecharan bien, y no se acochinaran, se hartarían a follar.

Aparte del gatillazo, el otro tremendo problema de los hombres del siglo XXI es el miedo al compromiso, sea del tipo que sea. La típica frase de perfil de Tinder de toda la vida es: «No busco nada/No quiero nada». Si no buscan nada ni quieren nada, cabe preguntarse qué hacen ahí, pero bueno. Hay hombres que en una primera cita ya te dicen: «Hola, ¿qué tal? Esto no va a ningún lado». Lo grandioso es que así pretendan follar (y más grandioso aún, que lo consigan).

Lo que confirma mi teoría de que la mayor parte de los hombres sin pareja solo quiere ir a cenar de vez en cuando, sexo y que les

dejes en paz y a su bola el resto del tiempo hasta que al cabo de diez días o dos semanas les vuelva a apetecer otra vez lo mismo. Pero entre medias, a lo suyo. Y no me llames, que me agobias. Y no me digas que quedemos, porque entonces me parece que me estás pidiendo algo que yo no puedo darte y siento que tú quieres otra cosa, así que es mejor que nos «dejemos fluir», que ambos tenemos una vida complicada y mucho que hacer ¿no te parece?

Y tú no puedes más que decir: sí, si yo también tengo mucho que hacer, pero que, vamos, que hay tiempo para todo, hasta para el amor.

A muchos de estos quizás les apetezca llamarte, mandarte un mensaje, decirte algo cariñoso, pero simplemente se prohíben hacerlo: no vayas a pensar que se están pillando, no vayas a pensar que te puedes creer ya «novia», no vayas a suponer que puede haber un futuro. El futuro con esta gente es un precipicio. Y lo peor, no hablan claro; lo único que hacen es marear y zumbarte en los oídos como moscas cojoneras.

En cualquier caso, si te estás preguntando qué momento es bueno para dejar tu cepillo de dientes en la casa de un tío o pedirle que te compre suavizante para el pelo, la respuesta es nunca. El truco es pasar por las casas como si fueras un fantasma que va, folla y se va. Más o menos.

Otra cosa que me pone francamente enferma es que la persona con la que estamos se refiera a nosotras como «una amiga». Yo no me acuesto con mis amigos, qué amistad más peculiar es esa que consiste en solo ser amigos para follar y apenas conocidos para todo lo demás. ¿Llamarías a tu follamigo cuando se ha muerto tu abuela o para que te acompañe a operarte? La respuesta es NO. Es decir, un follamigo no es un amigo, amigas.

Pero el colmo de los colmos es un tío con miedo al compromiso que encima tenga un gatillazo tras otro... Igual no se quieren comprometer, porque tienen tantos gatillazos que no quieren que nos demos cuenta si les vemos más a menudo. Quizás sea eso. En realidad, no es miedo al compromiso; es miedo al sexo y a no dar la talla y que se cuestione su valor como hombres. O quizá tampoco les guste tanto el sexo y es todo una película que nos han contado.

A lo mejor, ellos también están cansados del papel que les ha tocado representar.

11

TOMEMOS UNA CAÑA

Hace ya bastante tiempo, más o menos cuando empecé a escribir novelas, tuve un par de años una tienda de té en el barrio de Malasaña. En aquella época, de vez en cuando chateaba con gente en Tinder y les acababa diciendo lo de la tienda. Algunos se presentaban allí sin haber sido invitados. Hubo una vez que me sucedió un episodio que me dejó totalmente descolocada.

Una tarde cualquiera estaba allí, escribiendo en el portátil, y el ruido de la puerta me sacó bruscamente de mi historia. Acababa de entrar un cliente. Siempre les atendía con algo más de interés que a las mujeres, en especial si eran guapos, no fuera a ser que detrás de cualquier desconocido se encontrara el hombre de mi vida.

El caso es que cerró la puerta tras de sí y vino con decisión hacia mí. Llevaba una de esas cazadoras rígidas de motero y un casco en la mano.

—Hola. Soy Tomás —dijo, aproximándose y plantándome dos besos—. Veo que no te acuerdas de mí...

Me quedé un momento estudiándole, dándome tiempo a reconocerle.

—La verdad es que no. Me suenas de algo, pero no sé de qué —admití.

—Tinder —respondió, sonriendo tímidamente.

De repente le ubiqué. Había dado con él algunos meses antes, pero recuerdo que no me gustó cuando empezamos a chatear. Mintió sobre su edad y me pareció desequilibrado y bastante desesperado por encontrar a alguien a toda costa. Le ignoré, pero, por algún motivo, debí de decirle dónde tenía la tienda.

Pasaba de largo de los cincuenta, pero iba vestido como si tuviera treinta. Nada de lo que llevaba pegaba con su cara surcada de arrugas y su expresión entre tímida y asustadiza. Me pareció que tenía cara de tortuga. No sabía qué hacer con él, ni para qué demonios había venido. Deseé que entrara alguien más en la tienda...

Pero, por supuesto, nadie entró.

—Quería conocerte en persona, por eso he venido —me dijo.

—Si te apetece sentarte un rato y tomarte un té... —le propuse con desgana.

Parecía nervioso. Cuando le puse el té, empezó a contarme su vida.

—Yo estoy viudo, no sé si te lo llegué a decir cuando empezamos a chatear —continuó—. Mi mujer murió hace bastantes años. Después tuve una relación de nueve con una chica más joven que yo.

—Vaya, siento lo de tu mujer...

—Fue muy duro —dijo con tristeza—. Estuve con ella hasta el final, pero el final fue terrible.

—Pobrecito —me compadecí—. Seguro que fueron momentos muy complicados.

—Sí lo fueron. Mucho. En realidad, yo la maté.

—No tienes que pensar eso, hombre. Seguro que hiciste lo que pudiste.

—No, no. No comprendes. Me refiero a que fui yo quien la mató.

Nos cruzamos una mirada dura, de incomprensión. No le entendía, pero tampoco quería entenderle. Empecé a sentirme realmente incómoda. Deseaba que se largase... Pero mi lado morboso me hacía permitirle que continuara allí sentado.

—No te comprendo. ¿Cómo que la mataste? Imagino que estás hablando en sentido figurado.

—Desgraciadamente, no. Lo hice yo, con la ayuda de un amigo médico. Verás, ella ya estaba en casa, en las últimas. Estaba sufriendo mucho. Quería irse. No hacía más que pedirme que la ayudara a morir... —Tragó saliva y continuó hablando—. Este amigo y yo preparamos una dosis letal de morfina, suficiente como para terminar con su sufrimiento de una vez. Él le puso la inyección, pero mi mujer resistió toda la noche. Al amanecer aún continuaba respirando.

Mi cara reprimió una mueca entre el asombro y el asco. Quería que se marchase, pero, a la vez, necesitaba saber cómo acababa la historia. Se parecía demasiado a un relato de James Salter que había leído años antes, «La última noche».

—Como ya no teníamos más morfina —prosiguió—, al final, tuve que acabar yo. La ahogué con la almohada hasta que dejó de respirar. Fue muy duro. No sé por qué te lo he contado. Solo lo saben mi familia y amigos más cercanos. Ahora siento habértelo dicho. Me parece que no ha sido el momento ni el lugar, pero no sé, de pronto te he sentido muy cercana. Oye, no me lo tengas en cuenta —se excusó—. ¿Te apetecería quedar un día más tranquilos para tomarnos una caña y conocernos un poco mejor?

12

De las cartas de amor a las fotopollas

Me gustan la literatura del siglo XIX y las cartas de amor escritas a mano, a ser posible con pluma, pero me temo que las únicas cartas que recibo son multas del Ayuntamiento, notificaciones de Hacienda y propaganda de implantes dentales. Por eso, solo abro el buzón un par de veces al año cuando ya los sobres se asoman enloquecidos por la ranura.

A lo largo de toda mi vida solo he recibido tres cartas de amor, un porcentaje bastante miserable. Ya no se mandan cartas de amor, mails de amor, ni siquiera wasaps de amor. El amor —y mucho más el sexo— se da tan por sentado que ya no parece necesario currárselo. Todo funciona como el delivery: lo pides y a la media hora lo tienes. La hamburguesa, los cigarrillos, el polvo.

El cortejo ya no existe. Tampoco los rituales previos, ni en las relaciones ni en la cama. Basta con fijarse en cuánto tarda una en entrar en una casa y salir de ella. Hoy se va tan a saco que hemos prescindido de lo mejor: las vísperas, los preliminares, ese limbo en el que se abren todas las posibilidades.

A veces hay excepciones. Tengo una amiga que cada día, durante años, se estuvo escribiendo largos mails de amor con su amante. Atesoraban cientos de mensajes apasionados. Cuando la relación terminó, los imprimieron, los quemaron con un ritual y echaron las cenizas en un lugar significativo para ellos. Todo muy siglo XIX.

Pero ahora las parejas ya no tienen una canción especial, ni un lugar que sea su lugar. Cuando hoy quieres recordar lo que sentiste por alguien, no te queda más remedio que ir al carrete de fotos del móvil y, con suerte, acordarte de cómo se llamaba.

Antes, uno se calentaba leyendo la correspondencia del ser amado —ahí están las cartas de Galdós y Emilia Pardo Bazán, o las de Joyce a Nora Barnacle—. Ahora se hace a través del sexting en las apps, sin siquiera saber quién está al otro lado.

Durante años di con muchas personas capaces de darlo todo por chat y acoquinarse en la vida real. Bastantes debían de estar casadas o tener pareja. Jamás llegabas a verlas en persona, pero esperaban que les pusieras cachondos a las diez de la mañana para masturbarse en el baño del trabajo.

Hace años, esa función la cumplían las líneas eróticas y costaba dinero. Ahora la hacemos gratis, por WhatsApp, con gente que muchas veces ni siquiera nos interesa.

Escena habitual: abres un ojo, miras el móvil y lees: «¿Te has levantado mojadita?».

Te dan ganas de responder: «Sí, me he meado en la cama, ¿cómo lo sabes?».

O esos que te dicen, antes incluso de conoceros: «Te voy a follar cinco veces al día», «Lo vamos a hacer por todas partes», «No lo vas a soportar».

Y luego ni siquiera llegas a quedar con ellos para tomar un café

También están los mensajes tipo: «Cuéntame algo morboso».

Y tú estás, por ejemplo, en Mercadona, delante del lineal de yogures, pensando: «¿Y ahora yo qué coño digo?».

En esos casos hay una respuesta comodín que nunca falla: «Me encanta tu polla».

Suele venir seguida de: «¿Ah, sí? ¿Y qué harías con ella?».

«No sé. Cosas».

«¿Qué cosas?».

«Cosas que no podrías ni imaginar».

A partir de ahí, hay que improvisar como se pueda. Yo añadiría yogures, sexo en grupo, lo que sea... eso ya va en gustos.

Y luego tenemos la modalidad estrella: cuando escuchas el pitido del WhatsApp, lo abres y ahí está: una polla en erección en primer plano, saludándote. Hablamos del fenómeno planetario de las fotopollas. Hubo una época en la que yo tenía incluso una carpeta con todas las que me enviaban. Luego se las enseñaba a mis amigas. Ellas también tenían las suyas. Las fotopollas hacen la función que antes hacían los mechones de pelo o los camafeos con el retrato del ser amado.

Ahora creo que ya no se llevan tanto. La última vez que recibí una de esas iba yo caminando por el arcén de una carretera malagueña de cuatro carriles, con los dos niños detrás, volviendo de la playa. Oí el sonidito de WhatsApp, y allí estaba: la polla de mi empotrador (el de antes) en todo su esplendor. Lógicamente, no pude contestar. Al rato llegó el reproche: «¿Qué pasa? ¿No te gusta mi polla?».

Respondí: «Gustarme me gusta, pero estaba más bien pensando en no morir atropellada».

Contestación: «Joder, tía, me cortas todo el rollo. No te vuelvo a mandar una foto así en mi vida».

Otra vez, en la oficina, otro individuo me envió una fotopolla con el mensaje: «Mira cómo me pones». La foto estaba en blanco y negro, perfectamente iluminada, con pose de estudio.

Le pregunté: «¿Esta foto es de ahora?».

«No, son fotos que ya tengo. ¿Qué más da?».

Tenía un book empalmado que iba mandando a unas y otras según le venía bien.

Hace poco me contaron la historia de un señor que quiso mandarle una fotopolla a su novia, pero se confundió y acabó en el WhatsApp de su casero, el colmo del «tierra trágame».

Imagino que nosotras también mandamos fotos subidas de tono, exactamente igual que ellos mandan pollas. Si alguna vez os animáis, un consejo: cortaos la cabeza. Nunca se sabe cómo vais a acabar con ese con el que hoy os queréis acostar.

Quizá algún día vuelva a llevarse escribir cartas de amor, mandar flores y esperar.

O quizá deberíamos hacer una revolución y empezar a mandar fotos de nuestros coños en masa, como spam. Nunca se sabe.

Lo mismo así se nos enamoraban.

13

LA BIEN *PAGÁ*

Los hombres con los que he estado siempre han tenido profesiones que no me han gustado nada, y sobre todo (y lo más importante), que no me han reportado beneficio alguno. No sé por qué, pero, por ejemplo, en mi era Tinder, todos eran informáticos o comerciales, como si en el mundo no hubiera otra cosa. Yo me preguntaba dónde se escondían los fotógrafos, arquitectos, neurocirujanos, psicoanalistas y todos aquellos hombres con profesiones sexis que yo merecía encontrar. Hasta mi querido exmarido es ingeniero de Teleco. De la informática, sus algoritmos y contornos yo no salía.

El bucle de profesiones random se rompió cuando conocí a Y., que, por aquel entonces, era director de márquetin de una empresa que se dedicaba a dos sectores clave: los jamones Cinco Jotas y los alcoholes prémium (no de quemar). Se me abrió un mundo de maravillas, porque este hombre, cada vez que venía a mi casa, no traía una botella de vino, qué va, sino dos de ginebra, tres de ron, otra de licor y seis copas de regalo.

Lo mejor sucedió el día que me mandó a la revista donde trabajaba un jamón Cinco Jotas con un lazo para San Valentín (si os estáis preguntando que por qué no estoy con ese hombre, me dejó él), pero no solo eso, sino (y ahora viene lo mejor) que después vino a buscar la pata y un día más tarde me la entregó loncheada en diez sobres al vacío y con los huesos en una bolsa para que hiciera sopas

que, por supuesto, nunca preparé. Recuerdo que mis hijos me pedían jamón y no les daba porque se lo comían demasiado rápido y, a mi entender, sus paladares infantiles «no lo apreciaban». Cuando llamé a mi exmarido entusiasmada para hablarle de mi preciado regalo, me dijo con su laconismo habitual: «Qué vas a esperar de alguien que te regala un jamón para San Valentín».

A Y. le saqué un jamón Cinco Jotas. Ese fue mi top bien *pagá* hasta que apareció A.

En el escalafón más alto de las profesiones deseadas por mí, estaba la de piloto y, un buen día, el piloto soñado se presentó en una especie de Tinder Ricos en el que había decidido probar suerte huyendo de los informáticos y muertos de hambre habituales.

Lo único importante al conocer un piloto es averiguar si es de los que van cerca o de los que van lejos o muy lejos. No me interesa un piloto que vuele a Jerez ni a Ibiza. Europa puede pasar, pero eso también es un piloto low cost. El que yo encontré era de los buenos: un comandante de Iberia de larga distancia, nada más y nada menos. De los que volaban lejos: Tokio, Ciudad de México, Nueva York, etcétera.

Siempre me pusieron los pilotos; un señor que lleva un avión con trescientas personas a bordo me impresiona bastante, pero creo que, en el fondo, son un poco bluf: ligan exclusivamente por su profesión. Si les quitas el uniforme y el Airbus, se te quedan en nada. Son como los pasteles de los bufés libres de los hoteles: tienen una pinta estupenda, pero luego no son tan ricos. Solo tienen una cosa buena: que nunca están.

Lo mejor que tenía mi piloto era que me traía las cosas típicas de los países a los que iba, con lo cual me agencié los más variados regalos. De España me regaló el Satisfyer, precisamente; de Ecuador, café y una manta maravillosa de vicuña; de México, montones de

pendientes y anillos de plata; de Japón, paquetes de kilo de matcha, y así sucesivamente. Eso fue lo más guay. Para que luego digan que no somos interesadas. Yo sí. Me interesan un montón de cosas, y más aún no pagarlas.

El caso es que casi desde el minuto uno de conocerle me chantajeó o más bien vamos a decir que estaba todo el rato poniéndome el caramelo en la boca con que me iba a meter en su cartilla de billetes, que era lo que yo más ansiaba. Porque cuando uno de estos señores te pone en su cartilla de billetes puedes, en un suponer, viajar a Tokio con el hotel pagado y encima en business a precio de un billete barato de turista. Yo, que en mi vida había volado en business, me veía ya con el champán en una cama cápsula rumbo a Panamá y follando en la cabina presurizada, pero ayyy, nada más lejos de la realidad. Se ve que me fallaba la actitud y no me merecía más que ir en patinete, a ras de suelo.

Lo de la cartilla de billetes lo estuvo usando unos tres meses. La única cartilla que conseguí en aquel tiempo fue la del paro. Cuando ya casi me iba a meter en la maldita cartilla y nos íbamos a ir a Japón, me dio por ponerme gilipollas y empezar a quejarme de algunos «problemillas», y él decidió que le daba «miedo» ir conmigo de viaje. Y volando, no digamos. Le propuse ir a Lisboa por carretera, pero dijo que tampoco se «arriesgaba»; luego creo que le dije León, y que tampoco se atrevía, que yo era muy «intensa». Así que, al final, me llevó a un pueblo de Ávila, más o menos a sesenta kilómetros. Eso fue lo más lejos que llegué con mi piloto al principio.

Con el paso del tiempo, nos hicimos bastante amigos; no es que nos viéramos mucho, pero sí manteníamos contacto regular, y me seguía trayendo regalitos de sus viajes. Hace un par de años tuve un problema bastante serio que me dejó atrapada en Lima durante unas cuantas semanas. Cuando al fin me dejaron volver a Madrid y

miré los vuelos, costaban un pastizal. Hizo falta esa situación de emergencia y pasar de novia a amiga para que al fin me metiese en la cartilla de billetes y yo pudiera salir de Lima a un precio normal.

En los meses sucesivos, cuando A. me decía que tenía una novia «nueva» (cambia más o menos cada par de meses), yo temblaba, porque sabía que, tarde o temprano, me quitaría de la cartilla de billetes para meter a otra en mi lugar. Secretamente, deseaba que le fuera mal en el amor.

Pero no me quitó, he estado un par de años en ella, y, además, bien aprovechados. Aún recuerdo mi primera vez en business el año pasado yendo a Colombia.

—Si quieres que el comandante te ponga en business tienes que ir arreglada —me previno A. aquella vez—. No aparezcas en la cabina vestida como una mochilera andrajosa ni con botas de montaña, porque entonces te mandarán a turista.

Total, que allí estaba yo en la T4, maquillada, arreglada y *accesorizada* como para salir de fiesta, pero con una mochila de quince kilos a cuestas.

—Sobre la mochila no te preocupes. Eso no se ve, porque la habrás facturado —me dijo.

Tuve que dejar mi ropa de ir arreglada abandonada en mi primer hostal de Bogotá, pero la estrategia dio sus frutos. Tras entrar en el avión, presentarme y despegar en la cabina, el comandante le dijo a la sobrecargo despreocupadamente:

—Mira a ver si queda algo en business para esta chica (sic).

Di las gracias también despreocupadamente, como si me hubieran dado un paquete de panchitos, pero en realidad estaba tan emocionada que no daba crédito. Me llevaron a mi sitio y empezó una secuencia que parecía una escena estilo «Paco Martínez Soria en la Gran Vía». Allí había un montón de botones y cosas, y que yo

no sabía para qué servían. Por no saber, no sabía ni sacar la bandeja para apoyar la comida, dónde se enchufaban los cascos, nada de nada. Los otros pasajeros me miraban de soslayo, como si me hubiera tocado el billete de business en la rifa de un súper (nada muy alejado de la realidad). Intentaba parecer resuelta y hacer como que todo era supernatural para mí, pero me podía la emoción. Cuando aprendí el mecanismo de los botones, vino el tema del asiento que se convertía en una cama total... Y yo venga a estirar y a encoger la silla como si no pudiera creer que aquello fuera verdad.

Siempre pensé que si alguna vez conseguía ir en business no pararía de comer y, sobre todo, de beber, y eso fue lo que hice, hasta que me dormí por la cantidad de cava y vino ingerido y también porque era un vuelo de noche. Yo no quería dormirme, sino disfrutar de todos los minutos de aquel acontecimiento que quizá nunca se iba a volver a repetir. Dormirse en un vuelo de business es como ponerse a leer en la Torre Eiffel o ir a Italia haciendo dieta. Un contrasentido.

Cuando abrí el ojo horas más tarde, estaba boca abajo en la cama-asiento y con los puñitos cerrados, exactamente igual que duermo en casa. Una amable azafata me despertó para decirme que estábamos llegando y preguntarme si quería tortitas para desayunar. Me cuestioné si yo era yo misma u otra versión de la mujer que apenas un mes antes estaba yendo a Marruecos por 14,99 en un aparato de Ryanair. Pero sí, era la misma.

Los meses sucesivos llamaba a A. regularmente para ver si tenía novia y cómo le iba con ella.

—Ahora salgo con una de Japón, y nos va fenomenal —me dijo una de las últimas veces.

—Pero ¿ella dónde está? —pregunté yo, intranquila.

—En Japón... Por eso nos llevamos tan bien —me respondió.

No me atrevía a preguntarle si seguía en la cartilla por no parecer una interesada, pero poco antes de mi viaje, lo hice. Me dijo que sí continuaba, pero que me iba a quitar pronto porque su hijo necesitaba «mi sitio». Me anunció que podía hacer un último viaje, que precisamente fue el mejor, porque se trató de la única vez que él iba pilotando el avión del vuelo que me llevaría a Brasil.

En ese vuelo de hace pocos meses, como él era el puto amo del avión, aparte de despegar y aterrizar en la cabina, volví a sentarme en business, y creo que, a no ser que suceda un milagro, esa habrá sido la última vez que lo haga. Varios informáticos sin dinero me están esperando a la vuelta de cualquier esquina. Esta vez no fue tan vergonzosa como la primera. Simplemente miraba al personal y me preguntaba de qué pasta estarían hechas aquellas personas para gastarse en un billete de avión lo que yo iba a desembolsar en dos meses viajando por el mundo... Pero me centré en disfrutar, en bebérmelo todo de nuevo, y esta vez no me quedé dormida.

A. me llevó también al hotelazo en el que se alojaba la tripulación en São Paulo; fue una curiosa manera de comenzar mi viaje de mochilera por Sudamérica. Cuando estábamos desayunando, para reírnos un poco, le pregunté al ChatGPT: «¿Qué hacer cuando un comandante de Iberia te quita de su cartilla de billetes?». «Siempre puedes intentar buscarte otro piloto», me recomendó la IA, tan inteligente como siempre.

14

Los señores mayores

Algunas mujeres que conozco encuentran fascinantes a los señores mayores, pero yo, al contrario, no les acabo de ver el aliciente. No sé por qué —pudiendo evitarlo— tendría que anticipar una circunstancia que para mí ya es bastante dramática, como es el envejecer. Yo también quiero escapar de la vejez; es el motivo por el que no me apetece acostarme con ella.

Supongo que podrían acusarme de edadista, pero se trata de un edadismo controlado. No tengo ningún problema —es más, me gusta— en relacionarme con señores de edad avanzada, si es para amistad o para ser su nieta o su nuera. Lo que no quiero son novios mayores. Otra cosa sería encontrar un sugar daddy, pero pasados los cincuenta, los sugar daddies a los que yo podría aspirar me temo que están ya muertos.

Por experiencia propia, estar con un señor mayor tiene pocas o muy pocas ventajas, y esas ventajas suelen ser económicas o de tipo cultural (y no siempre). Al señor mayor, además, hay que medicarle para la vida normal, la emocional, y normalmente para el sexo también. No les llega con alcohol, drogas y comida, como a los jóvenes... Y a veces juegan con un arma de destrucción masiva: la pena.

Al igual que he estado con varios niños pequeños, también ha habido algunos señores mayores (en menos ocasiones, eso es

verdad). Mi límite siempre ha sido diez años para arriba.

Los señores mayores, por muy mayores que sean, nunca acaban de verse a sí mismos como tales, ni lo asumen. Esa diría que es la diferencia radical con la señora mayor, que es muy consciente de las limitaciones de su edad. Pero ellos, a los ochenta años, se creen muy capaces y con toda la legitimidad de poder tener una pareja de treinta. Yo he encontrado a señores mayores muy abatidos porque les siguen gustando las mujeres jóvenes y no las de su edad, y no saben qué hacer con eso, pero, desde luego, no se «retiran». Me pregunto siempre con quién estarán las de su edad, despreciadas por sus contemporáneos.

Hace poco comentaba este asunto con mi exsuegra. Me decía que ya era tarde para conocer a nadie con sus casi ochenta años. Yo le respondí:

—Mujer, puede ser alguien para viajar, hacer planes, ir de cena... Tampoco tiene que haber un fin sexual.

—Hasta para eso ellos quieren a tías más jóvenes —replicó, no sin razón.

Al señor mayor le pasa como a mí. No quiere señoras que le hagan de espejo, y que le recuerden que es un viejo y que los años le han arrebatado muchos de los atributos que antes tenía.

Me pregunté entonces cuál sería el mercado actualmente para una mujer como mi exsuegra, de setenta y nueve. ¿Un señor de cien? Creo que ni eso. El de cien sigue esperando ligarse a una de cincuenta. Lo que quiero decir es que, pasada una edad, la mujer parece que no puede aspirar a nadie, y asume como una fatalidad que su mercado se ha «acabado», a no ser que surja el milagro de que uno de su edad, o algo mayor, «la elija». La mujer en el amor está sentenciada por su edad y esta cruda realidad se hace más patente según aumenta esa edad. Se la echa a patadas al rincón de

los desechos amorosos. Es por eso que, cuando yo tenga ochenta años, me iré al único lugar que conozco en donde pueda tener un amante al menos de mi edad. No diré cuál es, porque mientras menos seamos, mejor.

Mi exmarido, que va camino de convertirse en un señor, dice muy contrariado que últimamente se ha dado cuenta de que es transparente para las chicas más jóvenes, esas que antes le hacían ojitos. Hasta chocan con él porque no le ven. Lo de ser transparente no es solo un estado mental; es algo físico. Pero, por otra parte, sostiene que las de su edad no le gustan, que le gustan más jóvenes y que ahora solo le miran las de sesenta a las que, a su vez, solo miran los de ochenta y cinco, a quienes, a su vez, no mira ni Dios.

Volviendo a los señores mayores...

Hay un tipo de señor mayor que me da especialmente grima, y no hablo de dentaduras postizas, marcapasos u otros accesorios. Se trata de esos hombres de complexión delgada que se dedican a matarse en el gimnasio y desarrollan una musculatura en sus cuerpos arrugados que resulta bastante artificial y perturbadora, y a mí me provoca un rechazo visceral. Prefiero las barrigas colganderas y el culo como dos bolsas llenas de agua antes que esos prefabricados cuerpos de fitness a los setenta. Hay algo contra natura cuando se hace demasiado evidente que alguien se empeña en arreglar lo que no tiene solución.

Otra cosa que me sucede con los señores mayores es que siempre he tenido que cerrar los ojos en la cama. No me resulta nada erótico verlos desnudos y observar todas esas cosas arrugadas (que yo también empiezo a tener). No lo hago intencionadamente, debe de ser algo inconsciente.

Y sobre la pretendida experiencia vital que puedan atesorar, a menudo les hace ser condescendientes y cascarrabias cuando están

con alguien más joven, hasta parecer pitufos gruñones, o bien están deprimidísimos, porque (estos si se dan cuenta) ven cómo la juventud hace ya rato que se les escapó.

Sobre estas sensaciones escribí un relato hace tiempo. En un viaje con mi hijo muy pequeño, cuando yo era bastante más joven, conocimos en nuestro hotel a uno de estos señores mayores. Me imaginé cómo hubiera sido si...

Grand Tour

En un hotel de Lanzarote lleno de alemanes nada bueno ni malo puede suceder. No importa el día de la semana que es. No importa nada más que la meteorología, si hace sol o está nublado, si el viento sopla o la temperatura es agradable, si quedan pocas o muchas botellas de vino espumoso para el desayuno, si por la noche se organizará un bufé italiano o mexicano en el enorme restaurante.

Diligentes empleados de maneras exquisitas pasan mopas por suelos limpios y relucientes que no necesitan ser limpiados y el agua de las tres piscinas besa dócilmente el bordillo. Hasta las vistas al mar tan calmo y azul parecen que están pintadas.

Los huéspedes se abandonan a las ventajas del «todo incluido». Una semana tomando el sol, engullendo sin freno, bebiendo cócteles en vasos de plástico y comiendo, sobre todo comiendo, sin parar.

—¿Te puedo invitar a mi habitación a beber una botella de champán? Me la han enviado los del hotel por mi cumpleaños y, claro, como estoy solo, no tengo con quién bebérmelo, pero sin compromiso, ¿eh? No quiero incomodarte.

El viejo de barba blanca ha conocido ese mismo día a la mujer en la excursión Grand Tour, organizada por el hotel, y que recorría los lugares imprescindibles de la isla.

La mujer, Silvia, que va acompañada de su hijo pequeño, sonríe halagada.

—Claro, pero mejor que en tu habitación, bájala al bar y nos la bebemos allí —le propone.

Siente un ligero estremecimiento ante la posibilidad de imaginarse en una habitación de hotel con un hombre tan mayor.

Ella, que tiene treinta y cinco años recién cumplidos, se acomoda con su hijo de siete en uno de los confortables sillones del lobby para esperar a que llegue ese hombre con el champán, que, en realidad, no es más que un vino espumoso barato, el mismo que sirven en el desayuno. Es guapa, de mediana estatura, con el pelo largo y rizado, delgada, pero no demasiado.

Mientras aguarda, piensa que quizás el hombre sea mayor que su propio padre, pero, al fin y al cabo, ella también está sola. Al menos, durante unos días.

El viejo, que viaja solo, les ha seguido discretamente durante toda la excursión, haciéndole gracias al niño como excusa para acercarse a ella. Se ofrece en varias ocasiones a hacerles fotos juntos e incluso les saca algunas con su propia cámara. Al despedirse de ellos aquella tarde tras el tour, le dice a Silvia:

—Ya nos veremos. Tenemos que quedar en algún momento, porque tengo una foto vuestra muy bonita que me gustaría pasarte.

A la mujer le parece un truco manido, pero a la vez le inspira un extraño sentimiento de ternura.

—Mira, mamá. Ahí viene —señala el crío.

El hombre aparece azorado, con la botella de cava envuelta en una servilleta y dos copas. Inevitablemente, se convierten en el centro de atención del lobby bar.

Silvia percibe que, en esos minutos de ausencia, el señor se ha echado grandes dosis de perfume. Es un aroma muy agradable que huele a algo lechoso y fresco. También se ha peinado.

Él abre la botella con cierta torpeza debido a los nervios; a continuación, brindan con ese cava barato por su setenta cumpleaños. Ella no está segura si lo del cumpleaños ha sido simplemente una excusa para poder invitarla a una copa.

Le cuenta que es profesor de Lengua y Literatura jubilado y que tiene dos hijas prácticamente de su edad.

—A mí me encantaba analizar oraciones —es lo único que se le ocurre decir a Silvia.

Luego, mientras se beben la botella, hablan de viajes y un poco de libros.

—¿Conoces a Stefan Zweig? —pregunta ella—. Es mi escritor favorito.

Él le dice que sí, pero le miente y cambia rápidamente de tema. Evidentemente, no le conoce. Sin embargo, cita varias veces a Delibes, y Silvia no puede evitar pensar en el colegio y en escenas de cacerías de la época de su abuelo.

José Alfredo, que así se llama, le cuenta la historia de su vida en una ciudad de provincias, su temprano divorcio de su exmujer, para luego explicarle con bastante amargura los pormenores y problemas de su antiguo trabajo como inspector de Educación.

Mientras él habla y habla sin parar, el niño se queda dormido en el sillón.

Silvia se dedica a pensar en otras cosas, puesto que no le interesa lo más mínimo todo lo que le relata ese hombre. No está allí para hablar de él, sino para ser ella el centro de atención. Al fin y al cabo, ella es la joven, la guapa y la que merece ser escuchada.

Se pone a observarle con detenimiento, y fantasea sobre cómo sería acostarse con ese viejo. Siente una especie de repulsión, pero al mismo tiempo no le disgusta la idea, y hasta llega a imaginárselo desnudo.

No está del todo mal para la edad que dice tener. Le ha contado, como para impresionarla, que va dos horas diarias al gimnasio, eso sí lo escuchó, pero ahora le mira mover los labios como si fuera una marioneta.

Intenta imaginarse cómo es la polla de un hombre de setenta años, cómo es su vientre y su culo, cómo folla un hombre a esa edad. Tiene curiosidad. Y está sola. Y, además, le atrae su olor, levemente femenino, como de crema hidratante.

—¿Por qué no subimos a tu habitación y me enseñas la foto esa que nos has hecho esta mañana con tu cámara? —le sugiere.

—Si quieres... —balbucea él, algo nervioso.

El viejo carga con el niño dormido en brazos y ella puede percibir que absolutamente todas las miradas de los huéspedes que están en el lobby, en su mayoría alemanes, van dirigidas a ellos, pero no le importa lo más mínimo, puesto que no los conoce de nada ni los va a volver a ver en toda su vida.

Cuando llegan a la habitación, el viejo tiende al niño sobre el sofá y le echa una manta encima con delicadeza

A continuación, va a por su cámara, para enseñarle la foto a la mujer, y cuando vuelve y miran la imagen, ella le acaricia de pronto la barba blanca.

—¿Te gustaría acostarte conmigo? —le pregunta.

—No te voy a decir que no... Eres una mujer muy atractiva, aunque podría ser tu padre. ¿Es que no te importa eso?

—No, ahora mismo no me importa. Desnúdate —le ordena.

Entonces él se va desnudando poco a poco, y en vez de tirar la ropa de cualquier manera, va doblando cada una de las prendas escrupulosamente, incluidos los calzoncillos y los calcetines... Y ella, que no puede evitar pensar en su abuelo al verle hacer aquello, se da cuenta de que su pene prácticamente no se aprecia, porque la piel arrugada de su estómago le cae en pliegues por el vientre hasta casi taparlo. Luego se fija en los pelos blancos de su pecho y en sus manos de viejo, surcadas de venas y manchas...

El viejo le mete con avidez y torpeza la mano por debajo de la falda, y Silvia, que todavía está medio vestida, ve cómo ese minúsculo pene arrugado poco a poco empieza a agrandarse y siente unas enormes ganas de llorar.

Sin mediar una palabra, se pone la falda rápidamente y sale corriendo de la habitación ante la mirada atónita de él. Corre y corre por los pasillos vacíos y enmoquetados del hotel a toda velocidad, con los zapatos en la mano, como si le fuera la vida en ello.

Cuando está llegando a su habitación, se da cuenta de que se ha dejado a su hijo olvidado con aquel hombre. Pero el rechazo que siente al imaginarse delante de él otra vez es tan grande que piensa que, tarde o temprano, cuando se despierte, el niño encontrará por sí solo la manera de dar con ella.

Se ducha para quitarse el apestoso olor a colonia lechosa, se mete en la cama y no tarda más de medio minuto en quedarse dormida.

A la mañana siguiente, al despertarse, piensa en el niño. Se siente realmente culpable por haberle dejado en la habitación del hombre. Se pone un chándal encima y sale en su busca. Son las ocho y media de la mañana y algunos alemanes ya están apoltronados en sus tumbonas al borde de la piscina. El sol brilla con fuerza, como si fueran las tres del mediodía.

El crío no está por ningún lado, y ella comienza a angustiarse. El corazón le late deprisa. Entra en el bufé, que a esa hora de la mañana, está hasta los topes.

De repente, los ve. El viejo y el niño están sentados en una mesa desayunando tranquilamente.

Silvia, aliviada por haber encontrado a su hijo, va hacia la mesa y, sin decir palabra, se sienta también con ellos a desayunar.

15

Los niños pequeños

A los hombres de cincuenta les gustan las chicas de treinta. Y a las mujeres de cincuenta también nos gustan los chicos de treinta. ¿Y a quién no? No sé por qué provoca tanta suspicacia cuando una mujer madura (odio este término porque me recuerda a las peras, los melocotones...) lo dice en voz alta.

Simone de Beauvoir, en las cartas a su amante Nelson Algren, escribía: «No me asusta que seas más joven, me asusta la facilidad con que me haces sentir viva otra vez».

Eso es justamente lo que adoramos de los cuerpos jóvenes: que nos funcionan como lanzaderas exprés a nuestra propia juventud. Una tiene, en el fondo, la edad de la persona con la que se acuesta.

A mí, los hombres jóvenes me han gustado siempre. No los hombres más jóvenes que yo, sino los hombres jóvenes a secas. No hay que confundir ambos términos. A los sesenta y cinco me seguirán gustando los hombres jóvenes (o sea, los de treinta), aunque yo seré completamente invisible para ellos.

Los hombres jóvenes me gustan en particular para mirarlos. Me gusta observar cómo se mueven, cómo hablan, las cosas que dicen, lo vanidosos que son, igual que me gusta, por ejemplo, mirar a los gatos. Después de años acostumbrada a las calvas, las barrigas cerveceras, los cuellos de tortuga y esa actitud de estar de vuelta de todo, me fascina encontrarme con esos ejemplares suaves, fatuos y

maravillosos. Tienen la carne pegada al hueso, pelo, y a veces las ideas más claras que los de sesenta. Además, suelen ser precisos en el sexo, como cirujanos sin tiempo ni ganas de andarse con rodeos. Y rara vez roncan. Hay algo en el ronquido que me quita de manera radical el deseo. En cambio, me quedo embobada mirando dormir a esos niños pequeños, suspirando como querubines.

Mi primer niño pequeño apareció cuando estaba recién divorciada. La noche que nos conocimos, gracias a una amiga en común, salimos en pijama a pasear por una Barcelona que amanecía. No nos llegamos a acostar. Se marchó porque tenía que ir a cuidar a su abuelo. Yo tenía treinta y ocho y él, unos veinticinco. A las pocas semanas empezamos una relación que duró algunos meses y que no olvidaré nunca.

Cómo olvidar a I., y cómo le quedaban los calzoncillos Abanderado blancos —esos que solo llevan precisamente los niños pequeños—, o la fascinación con la que le miraba merodear por mi habitación. Tampoco olvido el sexo mañanero, aún medio dormida, y que después me dijera «*Bon dia*, hermosa». Me iba a trabajar feliz. No se podía salir con él por la calle: todo el mundo babeaba, especialmente los hombres. Él parecía no ser consciente de su atractivo, de las feromonas que desprendía. Luego sí lo fue, pero entonces no.

Me gustaba irme a trabajar y dejarle estudiando. Desplegaba sus apuntes por la mesa de mi salón como si fuera la biblioteca de la facultad. Era un niño pequeño, pero sabía hacerlo todo perfectamente. Fue el único hombre que me trajo champán para desayunar. A I. le pedí cosas que no me podía dar —no porque no quisiera, sino porque nunca llegó a entender muy bien qué quería yo —, y al final le dejé. Tuvimos una relación preciosa. Aún hoy,

seguimos hablándonos y nos vemos muy de vez en cuando. Ya no es un niño pequeño. Está casado y tiene dos hijos. En ningún momento hizo referencia a nuestra diferencia de edad. Más bien lo hacía yo. A él no le importó nunca.

La primera vez que nos acostamos fue después de estar muchas semanas hablándonos por teléfono, él vino a verme a Madrid y llegó muy temprano a casa. Recuerdo que le esperé vestida con un caftán rosa hasta los pies y una tarta de zanahoria hecha por mí. Nuestros paseos por Madrid, mis idas a Barcelona, la ilusión por verle... continúan siendo recuerdos preciosos para mí. Fue todo muy de verdad, sin las dobleces y estrecheces que más tarde me fui encontrando.

El segundo niño pequeño fue el peor. Le salvaba que era bastante guapo, con una melena rubia larga y ojos azules. Nunca conocí a nadie tan pagado de sí mismo. Era pseudoescritor. Tenía una cuenta de Twitter con miles de seguidores donde escribía sus chorradas con ínfulas. Hablaba constantemente de una novia de la que estaba muy enamorado y que le había dejado, y de que algún día alguien descubriría su enorme potencial literario. Quería ser Vila-Matas. Le dio mucha envidia cuando le dije que una editora me había llamado y que escribiría mi primera novela. Sin duda pensó que se lo merecía él y no yo.

Desde el principio dejó claro que lo nuestro era «para lo que era». Le gustaba follar con las polonesas de Chopin a todo volumen; eso sí tenía gracia. Me dijo frases memorables. Una fue: «No me veo presentándote a mis padres». Yo tampoco me veía conociéndolos, la verdad.

La última noche que nos vimos, tuvo un gatillazo. Se lo tomó fatal; dijo que era la primera vez en su vida que le pasaba. Empezó a dar

golpes y a tirar cosas. Días después, se acostó con otra para comprobar si lo que le había pasado conmigo era «general». Con la otra no le pasó. Como cometió el error de contármelo, después no quise verle más.

De C. me quedó una frase para la historia. Yo le hablaba de la relación que creía que teníamos, y le dije: «En las relaciones, para tener unas cosas, hay que sacrificar otras. No se puede hacer una tortilla sin romper los huevos». Él contestó: «No hay tortilla».

Mi tercer niño pequeño fue mi vecino y le conocí años más tarde, justo después de la pandemia. De hecho, le usé de inspiración para uno de los personajes de mi última novela. Al principio, me daba apuro salir con él por la calle y tocarnos en público. Me parecía que todo el mundo nos miraba. Nos llevábamos casi veinte años. Me pasaba el tiempo buscando parejas famosas con diferencias de edad parecidas, como si eso pudiera tranquilizarme. No nos llamábamos por nuestros nombres: él era Vecino y yo, Veci.

Nos lo pasamos muy bien, sobre todo en la cama. Una noche hasta me invitó a quedarme a dormir. También hicimos cosas «normales»: cine, teatro, exposiciones. Sus amigas, que tenían su edad, le decían que estaba loco por verse con una señora. Un día le propuse salir fuera de Madrid y me dijo que lo nuestro no era para ir de paseo, que «era lo que era». Cuando le contaba mis historias sentimentales, decía que yo tenía una concepción del amor de «películas Disney».

Con los niños pequeños el error casi siempre acaba siendo el mismo: en algún momento te hacen saber que solo les interesas para follar. Ahí es donde todo se acaba. Porque, aunque una sepa cómo funciona, también proyecta e imagina que quizá esta vez sea distinto. No lo es. Tú eres un extra premium, como la cebolla

caramelizada en una hamburguesa. Algo que se prueba, pero que no dura. Siempre me ha costado involucrarme en cosas que ya sé que tienen fecha de caducidad. La ilusión es esencial, incluso para el sexo.

Los niños pequeños son caprichosos y volubles, y nosotras casi siempre acabamos meadas. Ya lo dice el refrán. Pero todo se olvida al ver uno de esos culos de hombre de treinta años yendo en dirección a la ducha.

Hace poco quedamos a comer. Le gustó saber que lo había convertido en personaje de novela. Sigue llamándome Veci.

16

HE VISTO COSAS QUE NO CREERÍAIS

A todas nos suceden y han sucedido cosas extraordinarias en esto del amor y las citas, aunque siempre tendemos a creer que nuestra vida sentimental es entretenidísima en comparación con la de las demás (que suponemos que es supertriste y aburrida), y esto es falso. Lo que sí es cierto es que, para que te pasen cosas insólitas y extraordinarias, una debe tener ciertas cualidades y aptitudes (o más bien ninguna). Una tía con actitud de princesa que nunca baje al barro (que las hay) se va a aburrir bastante en las cosas del amor. Las «perdedoras» siempre nos lo hemos pasado mejor, esto es así, quizá no cuando te ocurren esas cosas, sino después, al recordarlas. Ya sabemos que hay que tener una vida plena en experiencias (aunque sean cutres). Y añado que las cosas se viven tres veces: al planearlas, al hacerlas y, en especial, al recordarlas.

Intentando echar la vista atrás, lo más que me da de sí la memoria, estos son mis hits, episodios que ahora, cuando los pienso, me digo: «Dios mío, ¿por qué no acabé con aquellas personas?». Seguro que eran mucho más normales que los que creí «buenos chicos»; por lo menos con ellos me hubiera divertido.

Historia del tío que me pidió que le chupara el ojo

No el ojo que estáis pensando. Esto me sucedió hace ya años. Encontré al tío en Tinder, y la verdad es que era bastante guapo y conectamos bien. Habíamos quedado para tomar unos vinos y cenar algo, y cuando ya era tarde y estábamos con las copas en un garito de Malasaña, el tipo me soltó: «Chúpame el ojo». Yo creí que le había entendido mal con el jaleo de la música, pero no. Había dicho justo eso. «Me excita que me chupen el blanco del ojo», me explicó ya fuera del bar.

Creo que me hice la despistada o puse cara de póker (no lo recuerdo); el caso es que fuimos a su casa y el sexo estuvo mejor que bien. Al día siguiente volvimos a quedar. Llegué a su casa, y lo típico: sacó una botella de vino y tal, y al rato ya empezó de nuevo con lo de: «Chúpame el ojo». Al principio me dio reparo, pero luego me dije: «Tampoco es para tanto, chica. Has hecho cosas peores; al menos el ojo (ese ojo) está limpio», y además quería echar otro polvo y veía que si no le chupaba el ojo me iba a quedar sin él. Total que claudiqué: «Venga, va, te lo chupo». Entonces él me dio las instrucciones pertinentes, porque, como comprenderéis, era la primera vez que yo chupaba ojos. «Debes poner la lengua muy dura y muy tiesa y rozarme con ella el blanco del ojo». A continuación, él abrió mucho los ojos, y lo hice. Y recuerdo la sensación, que debió de durar tan solo un par de segundos, no desagradable del todo y bastante curiosa. (Cuando cuento esta historia siempre niego haberlo hecho, así que aquí y ahora reconozco que sí lo hice). Yo no sé qué cosas andará esa criatura pidiendo ahora; a lo mejor que le chupen el corazón o las amígdalas.

Historia del hombre que me cambió por un chuletón

Esto sucedió cuando yo llevaba ya unos meses saliendo con alguien. Y un día (creo que era un día entre semana), le pregunté: «¿Quedamos esta noche?», y él me respondió: «Hoy me viene mal. Es que he sacado un chuletón del congelador y lo tengo que comer hoy, si no, se me pierde». Entonces yo (supongo que enfadada) repliqué: «¿Pero me estás cambiando por un chuletón?», a lo que él contestó: «Es que es de Ávila».

Historia del tío que fumigó el sofá

Esto fue hace muchos años, cuando me lie con alguien que tenía novia y me llevó a su casa a follar y lo hicimos en el sofá. Cuando acabamos y ya me estaba vistiendo, veo que el tío aparece con un espray antiolores y se pone a fumigar el sillón.

—¿Qué haces? —le pregunté.

—Fumigar. Las mujeres sois como perras. Lo oléis todo.

Historia del agente secreto del Mosad

Esta fue mi primera cita de app en la vida. Quedé en la plaza Olavide con un señor que, en el espacio de una hora, me contó que tenía doble identidad, que era agente secreto del Mosad (el servicio de inteligencia israelí), que su exmujer era agente del MI5 (el servicio de inteligencia británico), que los dos se habían conocido en una misión especial en Colombia donde a ella la habían herido de bala y colocado un fémur de titanio. En medio de la cita dijo que se tenía que ausentar un rato para ir a despachar unos asuntos a la embajada de Israel, que le esperase. Yo mientras aproveché para llamar a mi exmarido y contarle el percal, a ver qué me aconsejaba

hacer. La respuesta fue clara: «Vete. Si es verdad, lárgate ahora mismo, y, si es mentira, lárgate con más razón aún». Me quedé.

Historia del apartamento mugriento

Esto sucedió con un ligue al que había visto pocas veces (y siempre en la calle). Llegado un punto le pregunté que por qué no me enseñaba su casa. Él respondió que era una casa muy «humilde» y que le daba un poco de vergüenza. Humilde no, era un estercolero. No puedo precisar la mierda, ropa amontonada, suciedad... Había una habitación literalmente impenetrable, llena de toneladas de ropa y basura. Nos sentamos en lo único que había despejado, que era un sofá mugriento. Como cortinas tenía trapos de cocina colgados de las ventanas. Al baño no fui; no debí de atreverme. Me había invitado a cenar. La cena consistió en un sobre de salchichón y otro de jamón que puso con amor y directamente en los plásticos en aquel sofá cochambroso. Nos repartimos las lonchas. «Ya te dije que aquí no había lujos —me explicó ante mi mirada de horror—. Pero yo trabajo muy a gusto en este ambiente. Es ideal para componer mis canciones». Salí de allí como alma que lleva al diablo, y al día siguiente le llamé para decirle que lo sentía mucho, pero que yo no podía seguir viendo a alguien que vivía rodeado de mierda. «Pero en la mierda vivo yo, no tú», me parece que me contestó.

Historia del que me dejó tirada en un semáforo porque nuestra carta astral no era compatible

Esto fue una vez que quedé con un Tinder que era hipnotizador (ya me vale), pero decía ser hipnotizador clínico, supongo que por eso

me fie. La cita fue un poco rara, porque el tío desde el minuto uno insistía en tocarme, cosa que me da mucha rabia. No me gusta que no se respeten las barreras físicas cuando nada induce a que se rompan (hay gente que te dice: «Hola, ¿qué tal?», y al siguiente minuto ya te está echando la zarpa).

La cosa acabó de torcerse cuando empezó a preguntarme cosas de astros y horóscopos. En un momento dado quiso saber qué signo era, y dijo que fatal, que mi signo tenía una compatibilidad malísima con el suyo, sobre todo en cuestiones de sexo y amor. Luego me pidió la fecha y hora de nacimiento, para ver si con la carta astral funcionaban un poco mejor las cosas, pero tampoco. Tras los resultados astrales tan catastróficos, le empecé a notar intranquilo. Se disculpó con que al día siguiente trabajaba (era domingo) y se tenía que levantar muy temprano, que me acompañaba a casa. No llegó a hacerlo. Me dejó en el primer semáforo y se fue como alma que lleva el diablo. Nunca me reí más que en aquella vuelta sola a casa. Me miraban por la calle.

Historia del que odiaba a los gatos

Este fue uno que al llegar a mi casa con la intención de quedarse a dormir, vio a mi gata y exclamó:

—Ah, ¿tienes un gato? Cuando veo gatos, me entran ganas de apedrearlos.

Historia del masoquista veneciano

Una vez que fui a Venecia en un viaje de prensa y estaba en el hotel aburrida, me dije: «Voy a "echarme un Tinder", a ver si alguien me

saca a dar una vuelta por aquí». Total, que escogí al que mejor me pareció, y quedamos en el Campo de Santa Margherita. Lo primero que me dijo al llegar es que iba «muy arreglada». Lo segundo, después de pedir un par de Aperoles, fue preguntarme «lo que quería, lo que esperaba de la cita».

—No sé, dar una vuelta, Que alguien de aquí me enseñe un poco —dije yo, bastante ilusa.

—Ah, es que yo lo que quiero es follar —respondió —. Aquí vienen muchas turistas, y yo prefiero preguntar antes, para que todo esté claro. Las que más me gustan son las nórdicas —añadió—, porque son muy liberales en la cama. Yo estoy acostumbrado a decir exactamente lo que me gusta.

—¿Y qué te gusta? —me interesé yo... *just in case.*

—Me gusta que me dominen —dijo.

Y yo me imaginé momentáneamente en mi hotelazo dándole a aquel ragazzo con una chancla en el culo... Y dije que no, que de ninguna manera. Una no va a Italia a dominar a nadie, más bien se espera lo contrario.

—Pues mira, es que a mí esto no me va —le contesté.

—Ah, entonces es mejor que no perdamos el tiempo. —Y pidió la cuenta.

—Pero... es que tenía una cola enorme de matches en Tinder y te elegí a ti —respondí perpleja.

—Ah, por mí no te apures. Llama a otro. Todavía es temprano. Tienes tiempo —me recomendó.

Y eso fue lo que hice mientras nos acabamos el Aperol y entonces apareció el auténtico dios veneciano (pero esa es otra historia).

Historia del hombre que puso el despertador a las cinco de la mañana

Este fue otro ligue mío que, en algún momento, en alguna conversación le debí de decir, para hacerme la sexi, algo como: «Me encanta que me despierten en medio de la noche para follar», cosa que no es cierta (si lo fue en el pasado, ya no).

Total que, un día, el tío ese estaba durmiendo en mi casa, y a las cinco de la mañana me despierta el ruido de la alarma en su móvil.

—¿Qué es eso? ¿Qué coño pasa? —pregunté yo, completamente dormida y de muy mal humor.

—Nada, es que, como me dijiste que te encantaba hacerlo en medio de la noche, pues puse el despertador para despertarme y poder follarte.

Pero de todas estas «batallitas» que todas tenemos, mi favorita, sin duda, es una vez que yo estaba con alguien en la cama; no sé qué le estaría haciendo o diciendo, y de repente escucho: «Eres una diosa». Y cuando, pestañeando coqueta, me disponía ya a agradecer el cumplido, me corrigió: «Has oído mal, querida: no dije eres una diosa , sino ERES ODIOSA».

... y así todo.

III

MÁGNUM GRAN RESERVA



17

AMOR LOCO

Hace poco, uno de los mejores amigos de mi hijo pequeño, un chaval de veinte años, me preguntó cuántas veces me había enamorado en mi vida. Se sorprendió y decepcionó muchísimo cuando le dije que solo una.

Me gusta hablar de amor con la gente más joven porque me provoca envidia; como envidia me dan aquellos que leen por primera vez ciertos libros, que ven ciertas películas, que visitan algunas ciudades. Me da envidia la emoción de las primeras veces, y de entre todas las primeras veces, la mejor es, sin duda, la del amor.

El enamoramiento primero parece un dardo supersónico al corazón. No admite dudas ni medias tintas. Por eso me hace gracia cuando le preguntas a alguien si está enamorado y te responde: «Creo que sí... No sé... No estoy seguro... Me parece». Esa persona, obviamente, NO está enamorada. La certeza del enamoramiento es absoluta y aplastante, aniquila, anula y se parece bastante a un colocón. Qué lástima que no haya gominolas de amor fou, como sí las hay de marihuana.

Yo me enamoré como una perra a los veintiuno, y me duró mis buenos diez o doce años (no tres, como sostienen casi todos los expertos), pero sobre todo recuerdo los principios; nunca he vuelto a sentir nada igual, ni siquiera parecido.

Me acuerdo perfectamente de la primera vez que le vi, ya de lejos, sin conocernos, caminando hacia donde yo estaba. Un montón de flechas cósmicas y fosforescentes le señalaban. Aun antes de cruzarnos palabra alguna, ya estaba claro que era él. Después, el corazón desbocado cada vez que sonaba el teléfono y sabía que era él; los nervios, rayando en histeria cada vez que nos veíamos. Puedo recordar con nitidez nuestra primera cita: cómo íbamos vestidos los dos, el lugar, la hora, el tiempo que hacía.

Le recuerdo a él recitándome poemas de Baudelaire en francés en los cafés de Huertas, mientras yo no sabía si lloraba, reía o lo hacía todo junto. Eso me causaba mucha perplejidad. Cuando nos mirábamos, a veces nos poníamos a llorar sin ninguna explicación. Parecíamos dos locos. En esos momentos te da exactamente igual que el mundo se derrumbe e incluso morirte (si te mueres con él, claro está).

A los enamorados todo les sale bien. La suerte está de su lado y pasan cosas como encontrarte un billete de avión de diez euros para ir a Venecia, y que ese sea tu primer viaje de amor; que te toque algo a la lotería, que no paren de sucederte casualidades inexplicables con esa persona.

Los enamorados agradecen hasta la miseria, todo les vale con tal de estar juntos: dormir en la calle, comer bocadillos, correr bajo la lluvia, contar las pesetas para ver si les llega para un desayuno o una cena. Uno de los refranes que más me gustan es el de «contigo, pan y cebolla». Bien cierto es.

Por eso, después, aunque haya sentido muchas cosas por algunas personas, nada se parece a ese fuego primigenio del único, primer y verdadero amor. De ahí que piense que nunca me volví a enamorar, pero quizá sí lo hice y lo viví de otra forma, porque ya nunca más tuve veinte años. Creo que una vez me encontré a alguien que lo

vivió dos veces y me dijo que todo sucedía de la misma manera, no importa la edad que tengas. Me entró miedo al ridículo al pensar en mí haciendo todo eso a los cincuenta y tantos o quizás sesenta años.

Ese amor, como yo lo viví (o debería decir como lo vivimos, porque él también estaba enamoradísimo), se parece bastante al amor Disney: se es muy feliz, pero también se sufre mucho. Se sufre porque el pensamiento de poder perder a esa persona o el miedo a que te pueda dejar es tan tremendo, que uno está en un sinvivir continuo hasta que ya se fía y se estabiliza. Tú dependes de esa persona, respiras con ella como si fueras un único ser, pero hay un pequeño problema: no tienes el control, y eso provoca una zozobra constante.

El enamoramiento como yo lo viví era excluyente, pero no de forma voluntaria; «es que era así». Por ejemplo, yo le veía a él como el ideal de la inteligencia, el sentido del humor, la ocurrencia... y, por supuesto, el más guapo de todos. Durante años, el resto de los hombres desaparecieron de mi campo de visión. Sencillamente, no los veía (hasta que empecé a verlos, pero esa es otra historia). Y me acuerdo que le preguntaba a él qué actrices o modelos o cantantes le gustaban o le parecían guapas, y el resultado era: «Ninguna. No me gusta nadie más que tú» (para que luego digan que el amor no existe).

En la época inicial de nuestro amor, yo fantaseaba pensando en maneras de suicidarme en caso de que a él le pasara algo. No soportaba esa idea, la de su posible desaparición y tenía la certeza absoluta de que, si eso sucediera, yo me mataría. Que la vida sin él no tenía sentido alguno, ni yo querría para nada estar en un mundo en el que él no estuviera. Pensaba en qué sería mejor, si tirarse al metro o por la ventana, qué dolería menos. Recuerdo cuando ya vivíamos juntos; aún no había móviles. Si él se retrasaba al volver

del trabajo, empezaba a pasearme por la casa como un león enjaulado y me ponía a pensar que aquel retraso se debía a que a él le había pasado algo; quizás le había atropellado un coche, le había dado un ataque al corazón, o alguien le había asestado un navajazo... Así, me imaginaba las mayores atrocidades hasta que, presa de la desesperación, salía a la calle a esperarle, y allí me quedaba, hasta que le veía doblar la esquina y enfilar nuestra calle. Entonces corría hacia él y me tiraba a su cuello: «Creía que habías muerto», le dije un día. En realidad, es algo muy mío; cuando alguien no me coge una llamada o desaparece un rato, siempre creo que ha muerto.

Otra cosa que me resulta enternecedora de cuando uno se enamora es que cree que es el único ser de la tierra que está viviendo un amor así, que los demás no han experimentado ni la décima parte de lo que tú estás sintiendo.

El sexo con tu gran amor no es sexo como ahora lo conoces. No tiene nada que ver con eso, porque es más bien algo cósmico, una conjunción de almas, una cosa loquísima, una delicia... algo que, sin duda, ya casi no recuerdo.

Con el transcurso de los años viví un par de historias que me hicieron dudar. A veces hay enganches sexuales tan potentes que nos confunden; aún no entiendo bien la naturaleza de la pasión, si es amor o sólo adicción. Pero sí sé que lo que viví después era un sentimiento de otra naturaleza de lo que tuve con D. Entonces, ni siquiera el sexo me parecía importante. Yo vivía del amor.

Quiero pensar que muchos de los que leéis esto habréis experimentado sensaciones parecidas a las que cuento aquí y que ahora me parecen tan lejanas e inexplicables. Cuando pienso en mi época de enamorada, por un lado, me fascina ese estado y, por otro,

me pregunto: «¿Cómo pudo sucederme?». Ahora, si duermo mal dos noches seguidas, me duele todo. Si me enamorara así otra vez, creo que acabaría en urgencias. No por el corazón roto, sino por el corazón, a secas.

Además, los años me han enseñado que ese enamoramiento salvaje, ese estado, no es algo tan necesario para construir una relación con otra persona. Se puede estar sencillamente bien con alguien, sin esperar nada más, o incluso muy bien, pero es verdad que esos pobres «bien» o «muy bien» se quedarán en la cuneta si alguna vez aparece el tsunami del enamoramiento.

Hace poco, en una película de Cesc Gay que vi, una mujer de cincuenta deja su vida estable y perfecta, porque «quiere volverse a enamorar» y, como es una peli, ella lo consigue.

En la peli de nuestra vida, la cosa está algo más complicada, pero todas, por muy empoderadas que estemos, por muy autosuficientes e independientes que seamos, en el fondo, esperamos encontrarnos de nuevo con el hombre o la mujer que nos provoque nuevamente esa sensación. Como dicen en la misma película, volver a salir al tablero en el juego del amor.

Pero Vidal, el amigo de mi hijo, de veinte años, se quedó horrorizado cuando le dije que, pasados los cincuenta, solo me había enamorado de verdad una vez. La cosa es que él ya cree haberse enamorado, le salió mal y tiene muchísimo miedo a que no le vuelva a pasar. «Me estás hundiendo en la mierda —confesó—. Entonces, si eso es así, puede que a mí tampoco me pase de nuevo».

No le dije que aún no le ha pasado. No le quise hacer espóiler.

Si le hubiera pasado, no le importaría haberlo vivido solo una vez.

18

LA NOVIA DE LOS TRES VESTIDOS

Siempre miro con cierta envidia a la gente que va a bodas todo el rato. Que te inviten a bodas mide, en cierta forma, el grado de popularidad social de una persona adulta. El mío es cero, porque creo que en los últimos veinte años he debido de ir a tres o cuatro como mucho. Pero bueno, mirándolo bien, así no tengo que preocuparme de gastarme todo lo que tengo en hacer transferencias/regalo o de pensar en conceptos tan bizarros como «vestidos de invitada».

Porque seamos sinceros: a casi todos nos da terror recibir invitaciones de boda, la angustia esa de pensar que uno tiene que dar «el mismo dinero» a los novios que va a costarles el cubierto, que ahora andará por los doscientos euros (eso con suerte, si no hay que añadir billetes de avión, hoteles, etcétera). La broma puede salir por seiscientos euros o más. A ver si resulta que la gente se va a casar para sacar dinero, para montar la casa, hacerse un viaje de puta madre y cenar ellos gratis en sus propias bodas. Porque a los novios, costarles no les cuesta nada. Solo tienen que hacer de figurantes..., y a disfrutar (como dicen en Instagram).

Aunque rechazo las bodas como invitada, me parece (ahora que lo sé todo) un ejercicio de valor admirable lo de pensar que uno, al casarse, está estableciendo un vínculo «para toda la vida». Pero ¿alguien se cree, a estas alturas, que el amor dura toda la vida o

incluso para media o cuarto y mitad? La mayor parte de los que se casan, efectivamente, no se lo creen, que tontos no son, pero lo hacen por la fiesta.

El caso es que da cierto repelús el circo en el que se han convertido estas celebraciones últimamente. ¿Dónde quedaron los salones de bodas paletos con los camareros sacando los corderos asados con las bengalas clavadas al ritmo de la marcha nupcial? Aquellas en las que se repartían puros y trozos de liga y en las que los invitados daban «el sobre» con todos los billetacos a los novios mientras les susurraban aquello de: «Que seáis muy felices».

Si me casara ahora, no lo haría en la Toscana ni en Ibiza, ni siquiera en Las Vegas, ni en un pueblo abandonado de La Mancha, si no en uno de esos salones de bodas que han caído en desgracia o directamente han desaparecido. Había uno en Leganés en donde se celebró una boda a la que me invitó una compañera de trabajo: el Lady Legs. Quedé rendida ante las lámparas de araña, el suelo de mármol, las estatuas de deidades griegas en cada esquina, los camareros trajeados tirándonos con salero sobres de mostaza y salsa rosa para echar a los langostinos...

Tuve otra compañera que ocasionalmente hacía de fotógrafa de bodas y siempre me contaba anécdotas de las bodas gitanas, como que a veces hacían barbacoas en los somieres viejos. Me imagino más así, con un churrasco humeante encima de un somier oxidado, mientras todos bailamos alrededor del fuego. Preferiría eso que llegar en bicicleta con globos a una iglesia abandonada en medio de un pueblo de Badajoz.

Yo me casé en 1998 y preparé mi boda en cuatro meses. No tenía ni puñetera idea. Debí de ser de las primeras novias en España en recurrir a una wedding planner, algo que, años más tarde, se puso

muy de moda, pero que en aquella época nadie usaba, ni siquiera se conocía... Yo siempre de avant-garde, cutre, pero avanzada a mi tiempo, eso sí.

Solo sé que un día, dentro del metro en la estación de Lista, vi un cartel que ponía «organización de bodas», y yo pensé: «Pues mejor pregunto, porque, como la organice yo, vamos de culo». Total que conocí a mi planeadora de boda, que era italiana, y me explicó que yo no tenía que pagar nada. A mí todo lo gratis me parece bien, así que le dije que adelante, no sin cierta desconfianza. (Por aquella época, yo no debía de saber cómo funcionaba eso de las comisiones).

Después estuvo el asunto del traje. No fui como todas las novias acompañada de mi madre a elegir mi vestido. Qué va. De hecho, la única participación de mi madre en mi boda fue «venir» a mi boda. Recuerdo que me metí yo sola en una tienda de Pronovias de Cuatro Caminos, la zona donde vivía por aquel entonces. Me subieron en una especie de pedestal y empecé a probarme todo tipo de vestidos sin orden ni concierto. Ese mismo día, sin mirar más, me decidí por uno medieval, con mangas colgando hasta el suelo. Solo me faltaba un corcel o una varita mágica y un sombrero de cucurucho.

Dos semanas más tarde, me arrepentí de escoger algo tan medieval y me fui de nuevo sola a la tienda y le dije a la encargada:

—Mira, no me convence. Me veo muy de la Edad Media y quiero cambiarlo.

—Pero el vestido ya está encargado —protestaron las dependientas.

—Es que parezco *La princesa prometida*. ¿No hay algo más discreto? —pregunté.

Al final, me decanté por otro vestido horrible de manga corta y que tampoco me pegaba ni con cola.

A la semana más o menos del segundo cambio, iba yo subiendo por las escaleras mecánicas de El Corte Inglés y, al pasar por la tienda de Pronovias que había allí, vi colgado el puñetero vestido perfecto para mí, pero, claro... es que ya lo había cambiado dos veces, ¿iba a ser capaz de cambiarlo una tercera? Efectivamente sí, fui capaz. Eso sí, los de Pronovias me pusieron una multa por ser la única loca que cambió su vestido de novia dos veces.

Mi ramo lo encargué en un puesto de flores del mercado de Maravillas: «Uno bonito que tenga rosas», fue la única indicación que les di junto con la fecha y la hora en la que iría a recogerlo.

Decidí cambiarme el color de pelo de pelirrojo (como era) a negro azabache... Pero en vez de irme a la peluquería, lo cual hubiera sido lo normal en vísperas de mi boda, me lo teñí yo en casa, y me quedó como a rayas, una roja, una negra y así.

El día anterior, ese en el que todas las novias están relajadas y tranquilas, vinieron mis amigas de La Coruña, y en vez de mandarlas a un hotel, pasaron la noche en mi apartamento enano de una habitación. Dos de ellas hasta durmieron conmigo en mi cama.

La mañana de mi boda me levanté, me duché, agarré mi tercer vestido y me bajé a la peluquería del barrio. Estaba cerrada y tuve que esperar a que vinieran a abrir, allí plantada con el traje en la funda. Recuerdo que me pintaron como para ir a una barra americana en vez de a una boda, que para colmo era la mía. También que no me dio tiempo a subir a vestirme a casa, así que me puse el traje en la pelu con ayuda de las peluqueras y de las otras señoras. Cinco minutos antes de que me tuviera que ir, mi hermana llegó con el ramo recién recogido del mercado y me lo tiró con el plástico y todo. Yo no lo había visto antes, pero me pareció bien. Me marché de allí con mi vestido de novia, mi ramo de última hora, mi pelo a rayas y pintada como un zorrón rumbo al Retiro, donde me

casé. Cuando salí de la peluquería, todas las tenderas de mi calle (que era muy estrecha) salieron a aplaudir como si yo fuera mismamente Julia Roberts en *Pretty Woman*. Todo aquello no salió mal «porque Dios no lo quiso», como se suele decir.

Tras casarnos en el Retiro, en los jardines de Cecilio Rodríguez (increíble, pero cierto), nos dirigimos al chalet de la Florida donde se iba a celebrar la fiesta, y yo lo flipé. Nos recibieron con champán y había hasta un señor cortando jamón. No entendí muy bien de dónde había salido todo aquello ni qué maravillas nos esperaban después o, ya puestos, quién lo iba a pagar. Lo de quién lo iba a pagar me quedó más claro al final de la fiesta al ver a mi madre y a mis suegros soltando billetazos encima de una mesa, en medio de los invitados.

La wedding planner contrató a un fotógrafo rarísimo, pero que ahora molaría. Todas las fotos son de cogotes, espaldas o están hechas sin orden ni concierto... Modernas son, eso sí.

Recuerdo:

Que en el banquete, mi abuela Ma se quiso ligar al abuelo de mi marido (que estaba con su mujer, dicho sea de paso), y, como solo hablaba francés, se lo trataba de afanar con gestos y hablándole a gritos en español, pensando que así el pobre señor la entendería.

Que a mi otra abuela, que había abandonado a mi abuelo hacía cincuenta años, le dio por decir que le quería mucho, y se pasó la boda intentando hacer manitas con él.

Que en medio del convite mi flamante marido y yo nos fuimos a un prado a echar la siesta.

Que mi hermana fue con vestido de playa y en chanclas.

Que mi madre no se compró ni siquiera un traje para la boda de su hija y vino de arriba abajo de prestado.

Que mi padre no estaba invitado, porque no me hablaba con él.

Que mi suegra no se enteró de mucho, porque estaba puesta de Lexatines por los nervios que tenía de que todo resultara un desastre.

Que mi tía me mandó quitarme en medio del baile los pendientes de perlas y brillantes que llevaba y que me había dejado mi abuela (su madre), por si tenía la idea de no devolverlos.

Que cuando se acabó la fiesta, no hubo recena, ni chocolate con churros. Nos fuimos a cambiar a casa (en la que, por supuesto, estaban todos nuestros amigos o parte) y luego de copas a Malasaña.

Que la noche de bodas no la pasamos en un hotel. Qué va. No se nos ocurrió otra cosa que irnos a dormir a un camastro a nuestra antigua casa enana de Lavapiés, entonces alquilada a una amiga nuestra. Es decir, dormimos en la que había sido nuestra casa, pero que ya no lo era.

La luna de miel siguió más o menos la misma tónica. Lo único que hicimos fue pillar unos billetes a Nueva York y una pensión por internet (cuando todavía no se reservaban hoteles on line). Al llegar casi me da un parraque. Estaba en un barrio lo peor de lo peor y la habitación parecía la escena de un crimen. Cuando vi la tele agarrada con cadenas a un mueble de formica, no quise quedarme. Acabamos en la casa de la amiga de una amiga, de acople total, y así empezó la luna de miel que se desarrolló durmiendo en sitios inmundos y cutres, con baños compartidos y comiendo en las delis comida de take away, porque no teníamos dinero para comer de restaurantes. Alguna vez, cansada, me ponía a llorar: «Esto no es luna de miel. Es luna de mierda», le decía a mi flamante marido.

Años más tarde, regresamos a Nueva York para celebrar nuestro décimo aniversario. Aquella vez fuimos a un hotel decente, a clubs

de jazz, a los restaurantes más de moda previamente reservados... Lo preparamos todo milimétricamente. No fue lo mismo ni de lejos. Fue bastante peor. Encima, me robaron.

Pasados los años —con algunos cambios mínimos—, creo que todo lo sigo haciendo con la misma actitud que como organicé mi boda y mi luna de miel, incluso las cosas más importantes: improvisando, de cualquier manera, pero con ganas y confianza, y cuanto más caótico, mejor. Siempre sale bien. Organizar cosas al milímetro no sirve más que para generar expectativas altísimas que luego casi nunca se cumplen.

Hace poco alguien me dijo: «A ti parece que todo te da igual», y yo le respondí: «Es que todo da igual, ¿no te has dado cuenta?».

19

El día más feminista de mi vida

El día más feminista de mi vida fue, de hecho, una noche. Por aquel entonces yo ni siquiera sabía que lo era. Si aquel día no hubiera sido mujer, seguramente lo habría dejado todo, incluidos a mi marido y al hijo que estaba por nacer. Ya se sabe que «nosotras» hemos aguantado y seguimos aguantando carros y carretas, pero ahora ciertos comportamientos llaman mucho más la atención que en 2001.

Eran las nueve de la noche; yo estaba embarazada de todos los meses tumbada en un sofá y mi marido repantingado en el otro sofá (así, en general, nos recuerdo siempre, como si fuéramos un chiste de Forges). Estábamos mirando el telediario, y, de pronto, rompí aguas.

Cuando una hora después llegamos al hospital, bastante apurados porque no teníamos ni idea de nada, lo primero que hicieron fue preguntarme a qué venía. «A parir, y tal», respondí, señalando el charco que se comenzaba a formar alrededor de mis pies.

Me sentaron en una silla de ruedas y nos llevaron a una habitación. Nada más entrar, mi marido me dijo:

—Bueno, te voy a dejar un rato aquí sola. Me voy al Burger King a comer algo.

—¿Ahora al Burger King? —le pregunté—. ¿Y si me vienen ya a buscar para llevarme al paritorio?

—Sibila, yo tengo que cenar. Soy diabético —zanjó.

Ante eso no pude decir nada, porque ciertamente lo era.

—Yo también voy —tenía que haber dicho—. Soy una parturienta.

El caso es que fue al Burger e imagino que allí se pediría el menú burgerdeluxeking que fuera, mientras yo me quedaba allí, en la silla de ruedas, desde luego sin cenar. A mí, que era la que iba a parir, nadie me preguntó si quería unos nuggets, patatas gajo o un Whopper.

Cuando volvió, me llevaron al paritorio del que ya no saldría hasta que naciera el niño. Total, que me pusieron la epidural, me dejaron allí tumbada y me dijeron que la cosa «iba para largo», que era probable que la espera durara toda la noche. Las matronas nos sugirieron que intentáramos descansar.

Yo no podía dormirme. ¿Qué mujer en su sano juicio podría dormirse cuando va a parir su primer hijo? A él le recuerdo en una silla a mi lado, dando cabezadas, en un duermevela.

En un momento de la madrugada, como a eso de las tres o las cuatro, me miró muy serio y me dijo algo que nunca olvidaré:

—Bueno, yo me voy a la habitación a dormir, que alguien tiene que estar descansado aquí mañana. —Y se fue.

Creo que es la frase más estelar que un hombre me ha dicho nunca.

Me quedé allí *sola*. El niño tardaría aún otras cinco horas en nacer, un tiempo que pasé mirando cómo el reloj que había encima de la camilla marcaba los minutos y las horas con lentitud, escuchando los llantos de otros bebés que nacían en los paritorios contiguos, deseando que el siguiente llanto fuese el de mi niño.

Llegó un momento en el que sentí como si una bombona de butano descendiera lentamente por el interior de mi cuerpo. Supuse

que «eso» sería el niño, que ya se abría paso para salir. Tampoco es que pudiera comentarlo con nadie.

Pasado un tiempo, la matrona volvió a explorarme.

—Prepárate. Vas a parir —recuerdo que dijo.

Creo que nunca en la vida estuve más aterrada; empecé a temblar como una hoja y a tener espasmos encima de aquella camilla.

—Por favor, llamen a mi marido, que está durmiendo en la habitación —les pedí llorando.

El actor que hacía el papel de marido y futuro padre llegó justo a tiempo, cuando mi ginecólogo ya se encontraba allí y yo estaba lista para empezar a empujar. Al parecer, las enfermeras habían tenido que aporrear bastante la puerta para despertarle. Se había quedado como un cesto.

Menos mal que el niño no me dejó tirada y salió al poco rato, rollizo como un cochinillo.

A mi ex nunca le perdoné aquello; creo que ese día le empecé ya a dejar de querer un poco, aunque yo no lo sabía.

Ahora es un hombre feminista y deconstruido que cuando le recuerdo este episodio se pone muy nervioso.

—Eran otros tiempos —se disculpa.

Y efectivamente, porque «eran otros tiempos» no dije nada. Ni siquiera me sorprendió demasiado. Solo bastante después, me di cuenta de que aquello no había sido normal. La típica cosa que cuando la cuentas hace gracia (incluso a mí me hace gracia, es una anécdota que menciono a menudo), pero que ejemplifica muy bien lo que ha significado siempre ser mujer, aún más en unas circunstancias como esas.

Mi segundo parto sucedió casi de idéntica manera. Aquella vez él tuvo cuidado de no moverse de su silla y se quedó a mi lado sin chistar. Llegadas las tres o las cuatro de la mañana, fui yo quien le

mandó a dormir a la habitación. Creo que llegué a la conclusión de que hay cosas que es mejor hacer sola, como dilatar o ir de compras.

(Hago un añadido para comentar algo que me llama «poderosamente» la atención de los hombres, quizás lo que más: la capacidad de quedarse dormidos en cualquier circunstancia, incluso en las más extraordinarias, dolorosas o infelices. ¿Cuántas veces hemos querido matar a un tío que, después de una discusión horrible, en vez de llorar, desesperarse y morirse de angustia, va, se queda frito y se pone a roncar?).

20

UN EX BIEN CUIDADO TE DURA PARA TODA LA VIDA

Yo podría haber estado separada, pero casada *de facto* toda la vida. De igual modo que muchos no necesitan firmar un papel para casarse, a mí tampoco me hacía falta firmar un papel para separarme. Estuve así «separadaperocasada» muchos años. Si por fin lo hice fue porque al novio celoso que tenía en aquella época «le molestaba» que yo aún estuviera casada. Recuerdo bien aquella mañana en el juzgado: mi exmarido y yo firmando el final de nuestro matrimonio en aquella fría oficina. Nos dimos un abrazo al borde de las lágrimas como diciéndonos: «Pues, bueno, oye, hasta aquí hemos llegado. Qué felices fuimos».

—¿Pero no hay gente que se arrepiente y sube a deshacer lo firmado? —recuerdo que le pregunté a la funcionaria.

—Más de la que piensas —respondió—. Pasa bastante.

Fue un momento agridulce, lleno de melancolía, pero no malo. Es asombroso lo fácil que es a veces dejar ir las cosas cuando uno se quiere librar de ellas, cuando uno no reflexiona lo bastante y lo único que desea es avanzar, aunque sea hacia el abismo. Da igual, con tal de avanzar.

Hay que tener cuidado con quien uno se casa, porque, probablemente, ese señor será tu ex para siempre. Para la mayoría de la gente, un ex es alguien al que has querido, con el que has compartido tu vida y luego pasas a odiar o a que te resulte tan

indiferente como el que te vende los clínex en los semáforos y no le abres ni la ventanilla del coche. O peor aún, como el que te quiere limpiar el parabrisas en ese mismo semáforo y tú lo pones a funcionar para que le pille los dedos.

Para mí, un ex es uno que fue tu marido y que después se convierte en un familiar importante o un amigo muy querido con la ventaja de conocerte a la perfección e incluso hasta de quererte (pero de lejos, a una distancia tranquilizadora), cosa que a veces no hace ni tu propia familia o tu pareja de ahora, que te quieren tan de cerca que puedes ahogarte.

A mí me gusta ese querer de lejos que tenemos D. y yo, porque es una presencia tranquilizadora; sé que siempre estará para mí y yo para él. En el fondo, cuando despojas al amor del roce del día a día y de la convivencia y el sexo, queda algo muy bonito, como el corazón del amor, la esencia última, que es un líquido espeso y precioso que uno debe guardar en una botellita a buen recaudo.

En mi caso, una de las cosas de las que más orgullosa me siento es de haber mantenido el vínculo con mi ex a lo largo de todos estos años; actualmente, sigue siendo una persona importantísima en mi vida, y no, no solo es «por los niños» (que también); es porque nos quisimos muchísimo durante mucho tiempo y eso no «desaparece»; solo cambia de estado y de intensidad. Nos desintegramos como pareja, pero hemos sabido mantenernos como familia. Nosotros mismos nos llamamos la *«happy exfamily».*

Los ex son una «figura» necesaria. Recomendaría no relacionarse «en serio» con quien no tenga ningún ex. He conocido y conozco a tíos de cincuenta y pico años que (sospechosamente) nunca han tenido una pareja de más de dos meses. Si ya los tíos tienen incapacidad *per se* para comprendernos, hay que imaginar lo que

puede ser uno que jamás haya lidiado ni convivido con una de nuestra especie, un «virgen de tías».

Siempre me llamó la atención la gente que se lleva fatal con sus exparejas (sobre todo, si han sido largas), llegando incluso a odiarlas como si fueran enemigos, a despreciarlas o hablar mal de ellas. Dos personas que han compartido vida, cama, fluidos corporales, ilusiones, viajes, aventuras, disgustos y hasta hijos no pueden pasar del amor al odio con la misma facilidad con la que se apaga un interruptor. Pero lo cierto es que nunca hay fotos de los ex en las casas de la gente. En el momento en el que se produce la separación, todo rastro es aniquilado y guardado en un cajón, cuando no arrojado a un contenedor. «Aquí no ha pasado nada, y yo con este o esta no estuve, y si lo hice es que estaba mal de la cabeza»... Esa es más o menos la secuencia.

Porque, cuando uno se separa, el ex parece dar una especie de vergüenza, como la que te daba tu madre cuando te llevaba de la mano a la puerta del cole a los catorce años. Ya no se quiere saber nada de él, porque nos recuerda cómo éramos nosotros entonces. Y a veces despreciamos absolutamente a nuestro yo de aquella época, incluso mucho más que a nuestras antiguas parejas.

Pero resulta que con los ex siempre hay que llevarse bien por razones prácticas: te puedes querer acostar con ellos en algún momento de sequía, necesitarles para que te solucionen algún marrón, o, por ejemplo, si tienes que montar un mueble de Ikea o hacer una mudanza, ¿a quién llamas? Pues a un ex, al que te pille más a mano, o casi mejor, al más reciente, que es quien te va a coger el teléfono. Con un exmarido ya es que hay que llevarse bien por narices, más que nada porque, si tienes hijos, le vas a tener que tratar hasta el fin de tus días...

Por otro lado, ya conocen a nuestras familias, y eso es una ventaja enorme en caso de que necesitemos echar mano de ellos para algún asunto familiar. Ya no hay que explicar nuestros traumas a nadie nuevo; ellos están al tanto de todas tus mierdas familiares, saben quién es el loco, la alcohólica, el maltratador, la adicta a los tranquilizantes... Eso relaja mucho.

Hay que aclarar que los ex auténticos siempre son los exmaridos, si los hay. Después estarían los execillos, que son los expolvos, exligues, exrollos..., que no se deberían considerar ni ex. Hoy en día te acuestas tres veces con uno y ya dices que es tu ex. Pues me parece a mí que eso más bien es uno que te follas y al que no vuelves a ver. Tendemos a confundir los polvos esporádicos con las relaciones, y así cualquiera tiene novio.

En resumen, cuando dejas a alguien, hay que mantenerlo más o menos en «modo avión» hasta que aparezca el siguiente. No tengas reparo; ellos hacen lo mismo. Al principio, tu exnovio te llama por Navidad o te felicita el cumpleaños hasta que un buen día deja de hacerlo. Es ahí justo cuando ha empezado a acostarse con otra. Jamás te volverá a llamar y tú harás lo mismo, si encuentras a alguien.

Hay una expresión para eso: «hombres liana», que son aquellos que, al estilo Tarzán, no sueltan una liana hasta tener otra enganchada.

Me hace especialmente gracia cuando los antiguos ligues de Tinder, que igual no has visto en siglos, emprenden lo que yo llamo «la ronda». Consiste en revisar la agenda para ver qué incauta quiere quedar con ellos después de tres o cuatro años sin dar señales de vida. Lo mejor son las artimañas que usan, en plan: «Estaba borrando números antiguos de la agenda y de repente vi tu teléfono, ¿qué tal te va?».

La otra modalidad es la que utiliza un novio argentino que tuve que me dio muy mala vida —el mismo que me obligó a divorciarme —. Ese —aún a día de hoy— envía de vez en cuando mensajes de WhatsApp y después los elimina.

Entonces tú, cuando ves lo de «mensaje eliminado», le escribes: «Hola, ¿qué tal? Tengo un mensaje eliminado, ¿quieres algo?», y él va y te dice: «Ah, no sé. Me equivoqué. Se mandó solo el mensaje», pero ya estás hablando con él y lo peor es que parece que has sido tú quien le has contactado (pero si cuela, cuela).

Lo cierto es que yo con casi todos mis ex y execillos sigo manteniendo algún tipo de contacto, aunque sea lejano. La mayoría me dejaron algo, como material para escribir, y hasta me sigo hablando con los que no acabé muy bien.

Lo que me recuerda a que hubo un momento único en mi vida en el que junté en una fiesta en mi casa a todos mis exligues, y eso sucedió en mi cuarenta cumpleaños, capitaneados por mi exmarido, que fue de muy mala gana. Como era una celebración tan simbólica, todos vinieron. Me encantó reunirlos. En la década siguiente, acumulé algunos más. Quizá repita cuando cumpla los sesenta.

Otro de los errores comunes que cometemos al dejar una relación es que el que rompe piensa y sigue pensando que el dejado sigue y seguirá enamorado de una hasta la muerte, cuando lo más seguro es que esté feliz como una perdiz y follando por las esquinas. Esa persona no quedará marcada de por vida por el fin de vuestro amor y seguramente pronto encontrará a tu sustituta. Como en el trabajo, en el amor casi nadie es insustituible. Nos encantaría que los hombres a los que abandonamos se tiraran a las vías del metro, pero la verdad es que eso no sucede. Se toman tres cañas y luego van a buscarse a otra; ni más ni menos que lo que haces tú.

También es bastante frecuente la gente que ve al ex o a la ex como un demonio... ¿Y ahora te das cuenta? ¿Cómo soportaste entonces estar con alguien tan horrible? Es más, ¿cómo te enamoraste de ella? Así que no seamos exagerados, que porque creas que te estés comiendo un solomillo, ahora no digas que todas las hamburguesas que te comiste antes te daban ganas de vomitar... El solomillo de hoy será hamburguesa mañana y pasado mañana será un higadillo de pollo.

Y desconfía si tu pareja te dice que descubrió el amor contigo, que con su ex no hablaba, ni follaba, ni le comprendía, ni se divertía, ni viajaba... Sí lo hizo, pero pretende que se le olvidó.

Desengañémonos, las personas que ahora nos quieren muy probablemente quisieron más a otras.

Y todos cometemos, además, un lamentable error: hablar de nuestras antiguas parejas con nuestros actuales novios, y como siempre ha dicho mi madre: «Hablar de los ex no es nada sexi».

Está claro que las sombras de algunos ex son alargadas, y es inevitable pensar en las personas que han estado antes con nuestras parejas e incluso preguntar por ellas, pero hacer de ello una costumbre es un tanto enfermizo y no genera más que inseguridad y mal rollo.

Así que, y en resumen, estando como está la cosa del amor, yo casi voto por tener a mano a cuantos más ex mejor. Un novio te puede durar dos o tres años, un marido quizá algo más, pero un ex bien cuidado y alimentado te dura para toda la vida.

21

QUE OS DURE PARA SIEMPRE

Cuando me casé, alguien —no recuerdo quién—, junto con su regalo de bodas, incluyó una tarjetita que ponía solo una frase muy sencilla: «Que os dure para siempre». Aquella frase me gustó tanto, que, cuando he tenido ocasión, la he vuelto a escribir yo para otra pareja de enamorados. Qué sencillez y qué utopía. Yo no sé cómo será la sensación de querer estar con alguien para siempre jamás, para el resto de tu vida. A mí me da angustia solo de pensarlo. Me da angustia pensar, por ejemplo, que hay gente (mucha) que solo ha probado el sexo con una única persona, que nunca sabrá cómo es con otros ni falta que les hace (eso es lo mágico), que no les interesa, sencillamente porque ya tienen lo que quieren, y no necesitan saber qué hay más allá. Pero a la vez me dan envidia, me da envidia ese saber quedarse en un sitio donde te gusta estar, a pesar de la nieve, el frío y los terremotos.

La mayoría de la gente de mi edad que conozco está separada. A casi nadie «le dura para siempre», pero a veces hay excepciones, parejas a las que sí le dura, que casi están mejor ahora que cuando se conocieron, que se quieren cada vez más. Siempre me pregunto cómo se hace. Y si se trata de amor, de costumbre, de necesidad, de una especie de simbiosis que se crea entre ambos o de todo a un tiempo. Y hay otra cosa que me interesa aún más: cómo disociar «la

familia» (cuando hay hijos) de «la pareja», porque me parece que son dos cosas distintas.

La familia como entidad se puede mantener toda la vida, aunque te hayas separado; es la pareja la que languidece con el tiempo. Recién separados, mi exmarido me decía muchas veces que echaba de menos «su familia», el pack familiar, pero nunca me dijo que me echara de menos a mí. Yo solo era la base de un paquete. Pero resulta que yo era yo. «Yo» no éramos «todos».

Esto de si nos quieren a nosotras o al papel que representamos es un tema interesante. Me he encontrado bastantes señores que a toda costa querían «una novia», alguien que encajara en el molde «novia» o «amor». Siempre me acuerdo de uno de mis primeros ligues después de separarme (el del jamón), que se fue unos días a Estados Unidos y al volver me dijo: «Te he echado de menos. Pero, pensándolo bien, no sé si te eché de menos a ti o a alguien en general». Por lo menos, fue sincero. Y otro, algo más tarde, que insistía en que yo «era perfecta para él» y que «juntos seríamos invencibles», porque sí, porque quedaba muy bien a su lado y teníamos más o menos intereses similares. Para esas personas parece que el amor es cuestión de encajar en un molde como una magdalena. Antes hacen el molde y después meten la magdalena en él. Es al contrario: primero conoces a la magdalena y luego a ver si se deja meter en el molde.

Volviendo a las parejas que siguen juntas durante años, yo no sé cómo se hace para no perder el deseo, no aburrirse, no cansarse de ver siempre la misma cara al acostarse y despertarse y, sobre todo, no necesitar vivir nunca más la excitación y el entusiasmo de los principios. Preservar el amor me parece el gran acto subversivo de nuestros días. Eso sí es ir a contracorriente. Quizás se hace a base

de proyectos comunes: los hijos, las segundas residencias, los viajes, proyectar una vejez juntos...

Al amor hay que conservarlo como un animal en peligro de extinción, porque eso es lo que es. Llevamos tiempo esquilmándolo, pero cuando tomemos conciencia de lo raro que es, nos lo vamos a pensar dos veces antes de deshacer el nudo.

Porque lo de separarse cuando se acaba el amor es algo relativamente reciente. Si lo pensamos, casi ningún matrimonio de la generación de nuestros abuelos se separaba, sencillamente porque el amor no era tan importante, lo importante era el matrimonio, y también porque no se podía; la mayoría de mujeres no eran económicamente independientes como para hacerlo y había que aguantar. Ni siquiera era una posibilidad. Las que lo hacían —como, por ejemplo, mi abuela Concha— eran vistas como arpías por la sociedad. Mi abuela, un día —cuando ya sus hijas eran mayores—, abandonó a mi abuelo sin más. Dijo que le sentaba mal el clima de Galicia y se largó a vivir a Madrid (a un piso pagado por él, por cierto), pero la verdad es que se puso con dos ovarios a fregar platos en un hotel de Chamberí después de haber sido «señora bien» de La Coruña durante toda su vida. No aguantó lo que fuera que hubiera de aguantar. No le dio la gana.

Cuando en la época en la que vivimos domina el sexo esporádico, la desgana, el individualismo feroz, el encontrar un amor que nos dure para siempre se presenta como un imposible, si ya no lo tienes de antes. Pero ocasionalmente pasa, porque ya sabemos que el amor circula por ahí, como un gas entre tóxico y divino.

Tengo una amiga que, desde que la conozco, quería enamorarse y vivir con alguien. Lo tenía clarísimo. Durante años y años y años no hizo más que besar sapos y darse una hostia tras otra, tanto que a veces se deprimía, porque el amor que ella quería no parecía existir.

Siempre se entregaba al doscientos por cien con tíos que no le daban ni el veinte. Tiró muchas veces la toalla. Pero lo encontró de repente rayando los cincuenta; se enamoró como una loca cuando ya todo el pescado estaba vendido, y ahora tiene la vida que quiere junto a su amor y sus gatos en una casa en la sierra de Madrid. Cuando hace poco le pregunté qué tal le iba, me dijo que era muy feliz, y que su vida «era una rutina muy agradable». Para otras (como yo), una rutina agradable sería una especie de condena, pero la mayoría es lo que desea: amor, estabilidad, tranquilidad, seguridad. Quizás yo también lo deseo, pero no ahora. El milagro del amor también depende mucho de los tiempos vitales de cada uno.

Mi amiga R., que también lleva casada veintitantos años y sigue enamorada de su marido como el primer día o más, es otro ejemplo. Ella dice que es un trabajo muy duro, que se trata de respetar al otro y no quererle cambiar. Qué fácil parece sobre el papel. Yo creo que, además de todo esto que tanto nos cuentan los psicólogos y las revistas, hay que «valer», que la capacidad de no cansarse en el amor es como la flexibilidad, el ritmo o la coordinación al bailar. Se tiene o no se tiene. Sobre esto mismo, me encontré hace poco una frase casi literal de Ortega y Gasset: «Enamorarse es un talento maravilloso que algunas criaturas poseen, como el don de hacer versos, el espíritu de sacrificio, la inspiración melódica, la valentía o el saber mandar».

Hace unos meses quiso también la casualidad que pasase unos días con L. y A. para darme cuenta de que ese amor a largo plazo es una realidad en ciertos casos. Normalmente, una puede ver a matrimonios bien avenidos durante un rato, pero yo tuve la oportunidad de compartir varios días en Chile con esta pareja que lleva treinta años juntos y sigue enamorada. Ellos no me lo dijeron. Yo lo vi. Junto con sus hijos, parecían una especie de familia Von

Trapp en *Sonrisas y lágrimas*. Vi cómo se miraban, cómo bailaban juntos, cómo se daban besos a escondidas y se cogían de la mano, cómo se reían a carcajadas, cómo se decían: «Hola, guapa» y «Hola, guapo», de repente, sin venir a cuento. Cada vez que veo esas cosas me da la sensación de que esas parejas están fingiendo y que luego se pelean muchísimo de puertas para adentro. Que eso es un amor falso, que no es verdad. Será envidia. Cuando uno no puede tener algo por incapacidad o falta de suerte, a menudo pone en duda a los que sí lo tienen.

Un día, cenando, después de bastante vino, les pregunté cómo lo hacían. Me respondieron que había dos claves: la admiración del uno por el otro, y darle el mismo valor al dinero. Lo del dinero nunca lo había pensado, pero me pareció que tenía toda la lógica del mundo.

No solo darle la misma importancia al dinero, sino tener dinero ayuda bastante a la cosa del amor. Cuando uno anda desesperado por llegar a fin de mes o haciendo cábalas para ver cómo pagar el alquiler, no hay demasiado tiempo para las ensoñaciones románticas. Con falta de pasta, la pareja se convierte más bien en un «equipo de supervivencia». El romance y el amor son inventos burgueses para los que hace falta, en cualquier caso, la cartera medio llena.

Otro ejemplo de amor de pareja para siempre, de una modalidad un poco más compleja (pero creo que bastante común), fue la de mis suegros, que, aunque tenían cada uno su cuarto y su independencia, supieron mantener un matrimonio unido hasta el final. Pero ocurrió una cosa un poco desgarradora: creo que mi suegra se dio cuenta de lo mucho que le quería cuando él murió o más bien lo idealizó. Se reenamoró de su marido muerto y le sigue queriendo, creo que más en su ausencia que cuando estaban juntos.

Cuando pienso en mí de vieja, me resulta complicado imaginarme sola. Prefiero creer que estaré con otro viejecito cuidando un huerto o un rosal, bebiendo el vino que nos dejen, dándole cuerda a nuestros marcapasos y paseando de la manita por el bosque o la ciudad, como veo de vez en cuando a alguna pareja mayor.

Y hablando de personas mayores, también conocí una pareja de viejecitos a quienes el amor les duró para siempre. Pasé muchas vacaciones en Bretaña con ellos, y fueron los abuelos franceses de mi exmarido, a los que conocí ya de mayores. Él se murió hace bastantes años. Ella falleció hace unas semanas, días antes de cumplir los ciento tres.

Unas Navidades, mientras todos dormían, yo estaba desayunando con la abuela. Con esa «bocachancla» que tienen los viejos, que todo lo sueltan (son como los niños), me dijo una cosa tremenda que no creo que le hubiera contado a nadie antes, una cosa que su marido y ella, al parecer, habían hablado (o quizás se lo inventó para captar mi atención).

No tardé mucho en escribir un relato a partir de esa revelación.

El calendario

Tenían marcado el día con una cruz roja en el calendario de la cocina desde hacía mucho tiempo. 17 de enero. Era la única señal, aparte de unos pósits que indicaban el día que pasaría el jardinero a arrancar las malas hierbas y otro con la cantidad que le tenían que pagar a la asistenta aquella semana.

La familia se había marchado el día 8 de enero. Invariablemente, un año tras otro, acudían a ver a los abuelos en Navidad. La casa se llenaba entonces del barullo y los gritos ensordecedores de los niños, que ellos soportaban de buen grado durante la única semana

al año que permanecían allí. Les querían mucho, pero también les molestaban. Les molestaban sus ruidos, sus comidas copiosas y raras, sus horas de levantarse, de acostarse. Cuando se iban, todo permanecía otra vez en silencio y los dos viejos volvían a su rutina habitual, repitiendo un día tras otro los mismos gestos.

Solo pequeños acontecimientos revolucionaban aquella sagrada rutina: la señora de la limpieza, alguna visita al banco o al médico, la llamada de la familia desde Madrid.

El día 16 de enero, la casa, siempre tan quieta, bullía de actividad. El abuelo se dedicó durante gran parte de la mañana a recoger tomates, cebollas y coles de bruselas del jardín, que depositó cuidadosamente en una cesta. Después, ordenó su caja de herramientas escrupulosamente y dejó colgados de sus ganchos, ordenados de mayor a menor tamaño, todos sus trastos de jardinería. A continuación, fue a su estante de libros y apiló cuidadosamente una serie de volúmenes gruesos sobre la Segunda Guerra Mundial, que ató después con una cinta. Por último, les pegó una etiqueta y escribió algo en un papel.

La abuela, por su parte, se dedicó a clasificar viejas fotos y ordenarlas cronológicamente y las pegó en varios álbumes que tenía dispuestos. Organizó también sus joyas e hizo pequeños paquetes a los que también puso algunas notas y los dejó todos alineados encima del aparador de la habitación.

Seguidamente, hicieron lo de siempre. Tomaron la medicina del mediodía, almorzaron frugalmente y se tumbaron a echar la siesta. Luego la abuela se tendió en una chaise longue a ver la novela de la tele y el abuelo se puso a leer su revista Le Nouvel Observateur *por octava vez aquella semana. Cuando llegó la hora, se tomaron las medicinas de la noche, la cena, la tisana, miraron otro poco un programa de variedades que solían ver y se fueron a la cama.*

El día que estaba marcado en el calendario llegó por fin, y cuando abrieron los ojos aquella mañana a las seis, ambos lo sabían, pero ninguno dijo nada.

A la hora del desayuno, la abuela le preguntó a su marido qué quería comer, ya que era un día especial. Él le dijo: «Un filete de pescado con judías estará bien, no te vayas a cansar, mujer».

La abuela fue al súper cercano y compró unos filetes de merluza. Cuando se alejaba con su cesto de mimbre, no pudo evitar volver la vista atrás para mirar con nostalgia el letrero con el nombre del súper: Shopi.

A la hora de comer, rebozó y frio el pescado. Luego llamó al abuelo y los dos se sentaron a comer en la cocina encima de un hule de plástico.

—¿Y si bajas a la bodega y nos bebemos, con un poco de queso, una botella de ese Burdeos que tienes guardado? —preguntó ella.

—No —dijo él—. Deja que se lo beban ellos. Es un vino muy bueno, para una ocasión especial.

—¿Quieres un poco de tarta? La he traído de la patisserie; es de la que te gusta tanto.

—Me sube el azúcar. Prefiero un yogur natural. ¿Has apagado la calefacción? Mira que gasta mucho y ya está la casa caliente...

—Sí, la he apagado ya.

—¿Y la llave del agua? ¿La has cerrado? No vaya a haber una fuga, mujer.

—Ahora lo hago. Déjame acabar de comer.

Al finalizar, se afanaron en recogerlo y limpiarlo todo.

—Hay que vaciar también la nevera y tirar la comida —dijo ella—. Se va a poner mala y luego salen gusanos. No sé cuánto tiempo pasará hasta que venga alguien.

—¿Escribimos alguna carta o lo dejamos estar así? —le preguntó el abuelo.

—Lo dejamos estar así

—Bueno, pues ya está todo listo entonces.

—Espera. Se me ha olvidado dejar el dinero para la mujer de la limpieza.

Y fue a su secreter y sacó unos billetes que metió en un sobre. Luego lo depositó en la mesa de la cocina.

A continuación, fue al botiquín a buscar sus pastillas para dormir y las llevó en una bandeja a su habitación junto con dos vasos de agua.

Él ya estaba tumbado en la cama, se había quitado las zapatillas...

—¿Nos metemos en la cama o nos tumbamos encima de la colcha?

—Mejor sobre la colcha, que no se deshaga la cama, pero me gustaría poner la colcha de ganchillo de mi madre.

Cuando la colcha estuvo colocada, cada uno de ellos se tomó la dosis prevista de pastillas junto con su vaso de agua.

—Ahora —sugirió el abuelo—, yo te diré a ti una cosa bonita o un recuerdo y tú harás lo mismo conmigo. Lo haremos por turnos, así hasta que nos durmamos, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —respondió ella.

—Yo empiezo —dijo él—. La primera vez que te vi llevabas unos zuecos rosas que arrastrabas por el barro. Yo te seguí a la salida de la iglesia y tú ibas arrastrando tus zuecos rosas por la hierba. Nunca te lo había dicho, pero es uno de los recuerdos más vivos que conservo de ti, ¿te acuerdas de aquellos zuecos?

IV

LA COPA DE MÁS



22

AMOR DE URBANIZACIÓN

Dicen que con el paso del tiempo el amor se convierte en «otra cosa», y a mí me gustaría saber «qué cosita es», porque «la cosa» parece bastante poco apetecible, por no decir aterradora. Es como si en un supermercado el charcutero nos dijera: «Señora, se lleva un Cinco Jotas, pero ándese con ojo, que al cabo del tiempo puede transformarse en mortadela con aceitunas, y eso es lo que va usted a comerse para el resto de su vida».

Si hay algo a lo que jamás quisiera parecerme es a esos que yo llamo «matrimonios de urbanización», que viven juntos o más bien comparten casa e hijos, pero ya no se soportan, o, si se aguantan, se aburren terriblemente; esos que ni se miran ni se ven, y que cuando el marido o la mujer se da la vuelta ponen los ojos en blanco y sueltan un resoplido. Los que se refieren a ellos delante de otras personas como «este» o «esta». Muchos se podrían permitir vidas separadas, pero no lo hacen porque la estructura social a la que se han encadenado casi sin advertirlo pesa más que sus ganas de cambiar o vivir otras cosas.

Da la sensación de que para ellos la vida es una ruleta definitiva en donde, una vez que se escoge negro o rojo, el cambio fuera imposible. Hay algo en este tipo de pareja que aniquila la voluntad. Y lo que la aniquila es, precisamente, la estabilidad; ella es la droga que nos deja anestesiados como una boa constrictor que atrapa y no

suelta, la casa en donde siempre queremos quedarnos a vivir. Deseamos estabilidad, aunque sea una tortura, y también rutinas, que alguien o algo nos marque el camino o las pautas a seguir, a pesar de que esas pautas y esa supuesta «tranquilidad» nos maten de aburrimiento.

Conozco a algunos de esos matrimonios arrastrados por la inercia de la crianza de los hijos, las múltiples tareas, ocupaciones y deberes. Muchos llevan años, incluso décadas, sin acostarse. No sé si tendrán amantes o si habrán ya renunciado al sexo, no sé si se juntarán clandestinamente con otros integrantes de otras parejas de urbanización. Solo ellos se pueden comprender entre sí.

Sí sé que fantasean continuamente con abandonar a sus parejas, miran en secreto apartamentos en Idealista cuando sus mujeres van a clase de pilates; hacen cálculos sobre nuevas hipotecas; chatean con chicas o chicos en Bumble con las o los que nunca se atreverán a quedar, solo para ver su valor en el mercado; se ponen cachondos y les gusta esa sensación olvidada, enterrada. Se imaginan su vida en solitario como algo que tienen en la yema de los dedos, que está a su alcance... pero nunca se van. Y nunca se irán.

Puede que alguno o alguna vuelva a encontrar un gran amor en esos vaivenes, pero el amor como lo conocieron les aterrará como un agujero negro. El amor es el abismo y el vértigo, y ellos ya están abonados a su «estabilidad», hundidos en sus piscinas.

Cuando, en ocasiones, se ven al borde del colapso, siempre se agarran a algún gran proyecto en común que les salve del naufragio: una segunda residencia, una gran reforma de la casa, un año sabático, un tratamiento médico que superar juntos, un perro.

O se dicen a sí mismos que «aguantan» por los niños, por el bien de los niños, por la familia que han «construido»... Y se prometen: «Cuando Ricardito termine el máster, abro el melón». Pero cuando

Ricardito termina el máster, se va a trabajar al extranjero y alguno de los dos se deprime, y, claro, ahora tampoco, ahora no es momento con Claudia enganchada a los Lexatines y llorando por las esquinas. «Cuando pase un tiempo, quizás». Y el tiempo pasa. Y luego Ricardito va y les dice que se casa y, claro, ¿cómo se van a separar ahora con toda una boda por organizar? Y después los nietos, el disfrutar de los nietos, el peso de los años que llevan juntos: «No vamos a echar veinticinco años por la borda, vamos a por otros veinticinco más...», si ya, total. Qué lío vender la casa ahora y, además, son tantos años en este barrio, ¿a dónde vamos a ir?

Pero los peores son los pasivo-agresivos, aquellos que, como no se atreven a dejar sus relaciones, lo que hacen es trabajarse a pico y pala el que les dejen a ellos. A ver si cae esa breva. Esos que están deseando que su mujer o su marido tengan un amante, para ver si les abandonan y así quedar liberados del yugo. «Ahora que corre tanto y está tan en forma, a ver si se liga a alguien en el gimnasio y se larga ya de una puta vez», y así no quedo yo de malo. Así me convierto en víctima, que sale mucho más a cuenta.

A mí no me gusta nada la otra cosa en la que se convierte el amor, porque es un poco mezquina y oscura, y me recuerda peligrosamente a eso que tanto nos hace llevarnos las manos a la cabeza: los matrimonios concertados.

Pero pasa algo mágico con ellos. Cuando pasean por la urbanización y en las comidas y celebraciones familiares, en las cenas con amigos, despliegan una suerte de interpretación que a veces podría hacer pensar que se quieren de verdad.

Ni ellos mismos saben diferenciar la realidad de la fantasía.

Sonríen para la foto, y, cuando el objetivo se aleja, se refleja en sus bocas una mueca de asco que apenas se llega a percibir.

Una vez escribí sobre uno de estos matrimonios una historia a la que llamé...

Comprar yogures

—Voy a salir unas horas con la bici por El Pardo —dijo S.—

—¿Con la bici hoy? —preguntó ella—. Hace un frío terrible y creo que dan lluvia a partir de las cinco.

—Sí, pero me viene bien hacer ejercicio, de paso me aireo un poco. Llevo dos días sin salir y me va a reventar la cabeza. El psiquiatra me ha dicho que cuanto más deporte haga mejor.

—Ah, vale —dijo ella, volviendo al libro que estaba leyendo—. No tardes mucho. Y activa la app para que pueda ver la ruta. Ya sabes que, si no, me preocupo.

—No empecemos otra vez, por Dios. Solo voy a ir a dar una vuelta en bici. ¿No puedo hacer ni siquiera eso sin que tengas que controlarme? No voy a liarme con nadie por la carretera, pierde cuidado, menos con esta pinta. —Y señaló sus mallas ajustadas a media pierna y su camiseta de ciclista.

—Okey, okey, lo que tú digas. Me callo. Es mejor callarse, no vaya a ser...

—¿No vaya a ser qué?

—No vaya a ser que alguien acabe matando a alguien —respondió ella.

—Eso, tú di eso delante de los niños, sí, señor.

—No se enteran —replicó ella—. ¿No ves que están con los cascos?

Al cerrar la puerta de la casa notó que respiraba mejor. Dentro se sentía febril y agotado. Una vez que salía de allí era como si sus pulmones se llenaran de nuevo de aire renovado.

Tras meter la bici dentro del monovolumen familiar, salió del aparcamiento de la urbanización, maldiciendo su suerte. Desde que le habían dado la baja estaba anestesiado, sin fuerzas, como alguien que acepta con mansedumbre la condena que le ha tocado vivir. Un animal apaleado, eso era.

Mientras arrancaba y salía del parking se reconfortó pensando que habría miles de personas, quizás cientos de miles en la misma situación: deseando largarse de su casa, pero no para ir a dar una vuelta con la bici, sino para siempre. De hecho, ya se había decidido a hablar con ella y proponerle que lo mejor sería separarse, pero no se atrevía. Temía su reacción. Le daba miedo que pusiera a los niños en su contra y ellos acabaran odiándole. Cada vez que estaba a punto de hacerlo siempre pasaba algo: el cumpleaños del mayor, las Navidades, las vacaciones de verano, una gripe... Y un día empezaron los ataques de ansiedad y el diagnóstico por depresión. Y la baja. Porque nadie se separa durante una baja por depresión. O, al menos, él no conocía a nadie que lo hubiera hecho. La gente, precisamente, se refugia en su familia cuando eso pasa.

Pero las cosas habían sucedido así. Estaban condenados a vivir juntos aquella jodida baja y encima las veinticuatro horas, porque ella se había quedado en paro hacía unos meses y se pasaba todo el día en casa. No estaban juntos, pero desde luego, sí en el mismo piso, compartiendo el mismo espacio. Estaban sin estar. Cuando le dieran el alta ya vería si tenía fuerzas para abrir el melón de una vez.

Vivían juntos, sí, pero se evitaban como dos fantasmas cuando sus hijos no estaban delante. Los críos hacían de pegamento. Sin ellos, todo se derrumbaba como un castillo de naipes.

El único espacio común era la cama matrimonial que compartían, separados por una alambrada invisible justo en medio, que les

impedía tocarse. Quizás se olían y sentían la cercanía del otro, pero jamás se rozaban.

A veces S. buscaba secretamente apartamentos en Idealista; se imaginaba viviendo solo con sus hijos, ni siquiera con otra mujer; sencillamente solo. Se prometía a sí mismo que, en cuanto encontrara un piso adecuado para los tres, se iría. Le diría que se quería separar y por fin se marcharía.

Lo de hoy era un poco una barbaridad, algo que nunca había hecho, pero, a tomar por culo. Ya no aguantaba más. Cuarenta días que llevaba de baja encerrado en casa con ella y aún no había pasado nada. Aún no habían salido en los periódicos.

Iba pensando en esas cosas mientras conducía despacio por las avenidas desiertas de aquel pueblo de las afueras, atravesando rotondas y pasos de cebra desolados, urbanizaciones desiertas. No hay nada más deprimente que una urbanización, pensó. También ella tenía la culpa de aquello, de vivir en aquel sitio tan triste, «porque era mejor para los niños». En realidad, no se le ocurría nada de lo que ella no tuviera la culpa.

S. había propuesto que se encontraran en el parking del Hipercor. Después, ella le seguiría hasta uno de esos moteles de carretera donde se encuentran las parejas clandestinas; irse a uno de la ciudad era demasiado arriesgado.

—¿No nos verá nadie entrar ahí? —le había preguntado ella aquella misma mañana.

—No te preocupes. Creo que no es necesario ni salir del coche. Se accede directamente al parking y luego a la habitación. No nos cruzaremos con nadie. Ya lo he preguntado.

Se habían conocido por Tinder hacía unos días. S. llevaba en la app desde el comienzo de la baja, por supuesto, sin foto. No tenía muchas esperanzas de encontrar nada; lo hacía más bien por mitigar la soledad y entretenerse un poco. Ella también estaba casada, con tres niños pequeños, y, según le escribió, era la primera vez que accedía a quedar con un completo desconocido para tener sexo.

—¿Tú cuánto llevas sin follar? —le había preguntado ella—. Yo casi tres años y algunos meses. He perdido la cuenta.

—Yo desde que encargamos a nuestro hijo pequeño que ahora tiene nueve.

—¿Estás de coña? —se sorprendió ella—. ¿Cómo aguantas así?

—Eso mismo me pregunto yo.

S. aparcó un momento en un descampado cercano a su casa para quitarse las mallas y la camiseta de ciclista y ponerse unos vaqueros y un jersey que había dejado horas antes en una bolsa dentro del coche. Más tarde, antes de llegar a casa, volvería a realizar la misma operación a la inversa.

Cinco minutos después entró en el aparcamiento del Hipercor y dio unas cuantas vueltas por el primer nivel buscando el coche de ella. Un Mini rojo.

Al fin lo vio. Estaba aparcado en la parte donde había menos movimiento, alejado del acceso al supermercado.

La pasó de largo. No se atrevió ni a mirar, y siguió dando vueltas hasta bajar al siguiente nivel del parking.

Le vibró el móvil. Tenía un wasap de ella: «Me acabas de pasar, ¿no me has visto?».

No respondió. Dejó el coche aparcado junto a uno de los accesos al supermercado y se dirigió hacia los ascensores.

Dentro había bastante gente; se notaba que la Navidad estaba a la vuelta de la esquina. Echó al carrito los yogures que les gustaban

a sus hijos, eran griegos con limón por debajo. Después fue a la zona del papel higiénico y cogió dos paquetes. Creyó recordar que se había acabado aquella mañana.

Bajó de nuevo al aparcamiento y metió la compra en el maletero. Su móvil vibró de nuevo. Esta vez ni se molestó en mirar los mensajes.

Salió al exterior. Volvió a pasar por las rotondas y las amplias avenidas desoladas. Caía ya la noche y todo parecía aún más triste que a la ida.

Cuando llegó a casa se sintió seguro, aunque otra vez notó la asfixia en los pulmones, la falta de aire.

Ella seguía con su libro y los niños con los cascos jugando a la consola como si el tiempo se hubiera detenido hacía días. Se acordó del cuento de la Bella Durmiente en el que el reino quedaba paralizado durante el largo sueño de la princesa. Así era su casa. Un reino paralizado.

Se dio cuenta de que se había dejado puesta la ropa de calle, pero daba igual. Nadie repararía en eso.

—¡Qué pronto vuelves! —se extrañó su mujer—. ¿Qué ha pasado?

—Nada, que estaba chispeando y me rajé. Tenías tú razón. No era día para sacar la bici. Como pasé por delante, entré en el súper y traje unos yogures para estos y papel higiénico.

—Ya hay de sobra —respondió ella—, pero nunca está de más. Haces unas cosas un poco raras. ¿Te encuentras bien?

S. se acercó a ella. Le acarició el pelo, apartándole con suavidad el libro que leía.

Ella se asustó, como temiendo ser atacada. Dio un respingo en el sofá y movió las manos, nerviosa, protegiéndose.

—He estado pensando que quizá esta noche podríamos hacer el amor —le dijo él.

—Si quieres... A lo mejor sería buena idea —contestó ella con indiferencia, volviendo a la lectura.

23

TODOS LOS TÍOS A LOS QUE HE MACHACADO Y POR QUÉ LO HICE

Las mujeres tenemos la curiosa habilidad de cargarnos las relaciones a base de machacar al otro y de ser pesadas hasta la extenuación, de pedir a los tíos que están a nuestro lado que solucionen todos nuestros problemas vitales, cuando es a nosotras a las que nos corresponde arreglar nuestras vidas. Queremos no ya príncipes azules, sino esclavos que respondan a todos y cada uno de nuestros deseos, aspiraciones y requerimientos. Y, ay de quien no los cumpla, porque probablemente acabará en el apartado de los bloqueados del WhatsApp, siendo pasto de las bromas más crueles con las amigas. Queremos que nos quieran, pero luego no nos dejamos querer y nos revolvemos como perras que tuvieran la rabia.

Los pobres incautos no saben que a nosotras no nos basta con que nos quieran, sino que hay que hacerlo como nosotras deseamos; no basta con que nos follen, sino que hay que follarnos justo de la forma que a nosotras nos gusta; no basta con que vayan al cine o que sepan de libros, sino que tienen que gustarles los mismos libros y las mismas películas. Somos unas psicóticas que a veces merecemos lo que nos pasa; esto es, que nos manden a la mierda. Porque, en ocasiones, nos ponemos tan insoportables que hasta nosotras mismas nos dejaríamos abandonadas en una gasolinera de Kansas un agosto a las tres de la tarde.

Como me dijo una vez mi amiga C.:

—Pides, pides y pides, pero ¿tú qué les das?

La respuesta estaba clara: «Pido todo, pero yo doy lo justo».

Nunca quise cambiar a ninguno de los tíos con los que he estado; más bien les machaqué por no ser lo que necesitaba en cada momento de mi vida. No me valía ni la compañía, ni el sexo, ni siquiera el amor. He sido una auténtica killer sin darme cuenta de que la culpa era mía y nada más que mía por reincidir una y otra vez con un mismo tipo de hombre: el impresentable, el cutre, el chulo… Todos guapos, eso sí

El cutre, el impresentable o el chulo ya lo eran cuando les conocí, así que, si les elegí, fue mi problema. Y la cuestión es que siempre quise que el cutre me diera caviar, el chulo me tratase como una reina, el zote acabara leyendo a Kafka y el impresentable me quisiera para algo más que para follar, y, claro, me daba contra un muro una y otra vez. Es como cuando te pones ciega de cocido y luego te quejas de que tienes gases. ¿Y qué quieres? Ya sabes lo que hay con los garbanzos.

Cuando cambiaba el modelo y apostaba por otro, como por ejemplo el hombre sensible y culto, al que se podía admirar por algo, resultaba, primero, que era dificilísimo de encontrar y, luego, que tenía la libido de un almendro, así que, en general, siempre preferí a los cutres, impresentables o chulos, que normalmente son mejores en la cama porque no dedican tiempo a nada más y toda la sangre se les va a la polla... Y así en un círculo vicioso que rara vez se rompía. A menudo pienso que he sido mala e incluso cruel. Pero también lo han sido conmigo, así que estamos en paz o, como dicen las coplas, estoy *cumpría*.

Uno que me sufrió bastante me dijo hace ya mucho que era una mujer fatal. En los años sucesivos lo escuché alguna vez más. Yo, a

las mujeres fatales, siempre me las imagino guapísimas, en blanco y negro, con melenas de ondas al agua, fumando en boquilla y con trajes de noche como Gilda. Pero también hay minimujeres fatales más normalitas, vestidas con vaqueros y botines, que van en metro con cara de mosquitas muertas, como las de la canción de Burning. Creo que ha habido ocasiones en las que sí he sido una mujer un poco fatal, pero una mujer fatal con problemas, que es como un chupa-chups que se ha caído al suelo.

Una vez dejé a un chico muy majo porque era eyaculador precoz. Me recitaba poemas de Víctor Hugo que me hacían llorar, pero, cuando me metía en la cama con él, también yo quería llorar. ¿Fui mala? No lo creo. Miré por mí, más bien.

Otra vez no quise volver a ver a uno al que le propuse pasar un fin de semana entero en la cama y decidió coger el portátil (en la cama) y ponerse a trabajar, mientras yo esperaba que acabara el Power Point. Cuando terminó, se puso a tocar la guitarra.

Dejé de quedar igualmente con alguno porque la tenía pequeña, o en forma de pirulí o de seta. ¿Tan raro es? Siempre tuve mala suerte con esto de las pollas. Pero peor suerte tuvieron ellos con esas pollas que les cayeron en gracia.

En ciertos casos, me zafé de alguno con quien la primera noche de sexo salía mal. Dicen que luego mejora la cosa, pero yo no lo creo. Lo bueno, mejora; lo malo, empeora.

También rechacé ver más a quien no tenía libros en su casa. Ya se sabe que todos los libros de todos los tíos están en casas de sus padres metidos en cajas. Habría que preguntarles dónde están los que se han comprado en los últimos años; quizás en casa de sus tíos.

Hubo alguno al que descarté porque no lo situaba en mi casa, y es que hay personajes que no encajan en el escenario...

Y luego están aquellos a los que despedí sin contemplaciones porque me pidieron dinero al poco de conocerme.

A alguno no le quise ver más porque no bebía alcohol, ¿y qué iba a hacer yo con alguien así? ¿Quién querría enamorarse de un abstemio?

A otro porque comía con la boca abierta y se metía los dedos en las muelas como si fueran palillos.

A un par porque dijeron que yo «daba para más y podía escribir otras cosas».

Y a uno porque después de acostarnos por primera vez se marchó como alma que lleva al diablo para coger el último metro y no gastarse la pasta en un Uber.

También hubo alguno rechazado por enamorarse de mí y yo saberlo demasiado bien (no hay poder mayor que ese).

Y otros por hacer planes conmigo demasiado rápido, por quererme echar el lazo antes de tiempo, por ser excesivamente «románticos» o por no serlo en absoluto.

Y otros muchos —o esos mismos— no me quisieron ver más a mí por insoportable, exigente, cansina, «intensa» y quejica... ¿Fue culpa mía ser así o simplemente elegí mal?

La verdad es que, después de estar un cierto tiempo con algunas personas, me acabo cansando y entonces busco cualquier excusa para largarme. Lo que al principio es efervescente se acaba convirtiendo en un tinto de verano de esos sin gas que se te ha quedado olvidado en la nevera. Antes que eso, es casi preferible beber agua.

Pero yo también he sido cruel (y mucho) y he machacado y pasado por alto los sentimientos de los demás (y mucho) y he sido egoísta. Recuerdo en concreto un episodio. Un noviete que tuve un

tiempo me puso «Buenos días» por WhatsApp. «Cuéntame otra cosa —le respondí—. Eso ya me lo dice la puta radio».

Lo raro es que esa persona me siguiera hablando. Aún lo hace, de vez en cuando.

Como me dijeron una vez al dejarme: «Me canso de todo: de los trabajos, de las relaciones, de las personas».

Casi nadie tiene el valor de confesarlo.

Ese mismo también me solía decir dos cosas cuando me ponía insoportable: «No hay polla que te venga bien», y «Eres como la Gata Flora, cuando se la meten chilla y cuando se la sacan, llora».

24

EL DÍA QUE FUI A UN INTERCAMBIO DE PAREJAS Y NO INTERCAMBIÉ NADA

Muy a menudo me sucede que las cosas que más miedo me dan o me impresionan acaban siendo episodios bastante cómicos o que rayan en lo cutre. Desde hacía años, tenía yo la *perrencha* de ir a un sitio de intercambio de parejas, más que nada para ver cómo eran en realidad. En mis novelas eróticas y relatos los había recreado varias veces sin jamás haber pisado uno. Allí aparecen casi siempre como escenarios sofisticados, sexis, cargados de fantasía, mujeres guapísimas en lencería de infarto, máscaras, antifaces, penumbras, olor a maderas y flores exóticas, champán a cascoporro y una atmósfera parecida a la que se ve en *Eyes Wide Shut*, la película de Kubrick.

Siempre fui muy de soñar a lo grande y bastante proclive a no hacer realidad mis fantasías sexuales, justamente porque a menudo son más excitantes en nuestras cabezas que en la vida real. La cabeza todo lo idealiza y adorna; será porque ahí dentro todo es gratis.

Mi primera y única vez en un «local liberal» (ya el nombre da un poco de risa) sucedió de manera casual y sobre la marcha, como casi todo en mi vida. Estaba yo comiendo en un restaurante de Lavapiés con uno de los niños pequeños, y como era domingo por la

tarde y no sabíamos qué hacer, se nos ocurrió ir a pasar el rato a un sitio de esos. Otros van al cine, pero se ve que ese día no daban nada apetecible. Echamos un vistazo en Google para ver qué local elegir. Los había más y menos sofisticados; en muchos de ellos ni siquiera servían alcohol, sino tés, infusiones y zumos. La idea de meterme en un antro de lujuria y desenfreno a las cuatro de la tarde con un té verde en mi torrente sanguíneo no la veía yo factible de ninguna manera. Finalmente, nos decidimos por un local que estaba por el Pirulí que decían que era uno de los más «antiguos» y en donde, al menos, se podía beber.

Al llegar a la taquilla, nos explicaron el funcionamiento: podíamos estar vestidos o desnudos y hacer lo que nos diera la gana, básicamente. Todo con respeto y educación, nos advirtieron. Cuando entramos, nos encontramos con una barra bastante grande y bien provista pero vacía y varias teles en las que daban mamadas en primer plano para ir abriendo boca (nunca mejor dicho). Así las cosas, nos pedimos dos gin-tonics. Mientras nos los ponían, observamos a la fauna que merodeaba y estaba sentada por ahí, seguramente esperando «carne fresca». Todos tenían pinta de estar aburridísimos, como si estuvieran en un centro de día aguardando a los compañeros para echar la partida de dominó. Cuando nos acabamos la copa decidimos entrar a la zona interesante, separada del bar por unos cortinajes

Allí era donde se suponía que sucedían «las cosas». Nos dijeron que no era necesario desnudarse si no queríamos, así que decidimos ir «a dar una vuelta» con la ropa puesta, a ver qué se cocía por ahí. El garito estaba más bien desolado, tal vez porque era plena pospandemia y a la gente le daba un poco de miedo coger el COVID, y más en un sitio como aquel.

Lo primero que nos encontramos fue un jacuzzi bastante pequeño y cutre; no las piscinas enormes de spa que tenía yo en mi mente calenturienta. En su interior había dos parejas con caras de domingo por la tarde. No nos tentó mucho la idea de meternos en remojo con aquella gente. Fuimos a por otra copa y entramos con algo de temor en una especie de cuarto pequeño y muy oscuro que hacía las veces de mazmorra, donde descubrimos a un señor colgado de unas cuerdas mientras una mujer le daba con una fusta con bastante desgana. Nos fuimos de allí corriendo, no fuese a ser que nos cayera un latigazo perdido. A continuación, nos metimos en un cuartucho con sofás de escay rojo de puticlub y las paredes forradas de espejos, donde yo, que me debí de venir arriba por las copas, me puse a hacer una especie de striptease Do It Yourself para el niño pequeño como creyéndome una vedete del Moulin Rouge. Al principio, todo normal, pero pronto llegaron varios espectadores que mientras presenciaban el espectáculo echaron mano a su bragueta, y a los pocos segundos ya los tenía a todos haciéndose pajas. Aquello se ponía interesante. Yo seguía a lo mío como si tal cosa, cada vez más superestar, cuando de repente reparé en una serie de lo que me parecieron pollas saliendo de varios agujeros de la pared. Di un grito del susto y luego me dio una especie de risa histérica. A los señores dueños de las pollas no los llegué a ver. Al parecer, estaban al otro extremo de la pared esperando a que alguien les hiciera un trabajito del otro lado del agujero. Pero allí solo estaba yo y me temo que no iba a dar abasto. Nos dio mucha risa. Para entonces yo ya estaba en ropa interior, pero con las botas puestas y el vestido colgado del hombro. Tanto el niño pequeño como yo éramos la sensación del lugar. Nos sentíamos superguapos y sexis, y para celebrarlo decidimos ir a por otra copa más.

Volvimos a entrar a la zona peligrosa, y nos encontramos —esta vez sí— con la habitación máster, una sala llena de parejas follando cada una a lo suyo. Allí también me dio la risa; era la primera vez que veía a gente que no fuera yo misma en un espejo, practicando sexo, y todo me pareció muy poco de película (como realmente es) y muy mecánico. Parecían conejitos Duracell: parejas follando con cara de sota sin emitir un solo sonido y mirando uno *pa* Cuenca y la otra *pa* Guadalajara. Creo que ha sido lo menos excitante que he visto en mi vida. En vez de callarme, y como iba ya con un pedo considerable y el vestido de bufanda, no hacía más que decirle al niño pequeño: «Mira, mira qué mal folla la gente, parecen monos». Él me tapaba la boca, pero yo seguía: «Es que yo no me imaginaba que la gente follara así de mal».

Allí nadie se intercambiaba con nadie, más bien estaban todos haciéndolo con sus parejas. El quid de la cuestión parecía que era ver y ser vistos. El niño pequeño y yo nos pusimos a hacer lo que pudimos en medio de aquel gran polvo colectivo. Ya que estábamos, había que probar. Yo continuaba pensando que la gente lo hacía fatal y que aquello era feísimo, pero, cada vez que lo decía en alto, él me recriminaba y me pedía que hiciera el favor de callarme de una puñetera vez y atendiera a lo mío. Recuerdo que teníamos al lado a una pareja que me pareció muy fina en relación a la cutrez del sitio. Ella estaba a horcajadas sobre el que parecía su marido, follándole con las bragas puestas (sí, un poco complicado era) y una camisa blanca. Había tanta gente y de aspecto tan variado que pensé que muy bien podría uno encontrarse con cualquier conocido, jefe o vecino. (Tropezarse con un jefe en un lugar así es muy rentable; uno se garantiza contrato blindado de por vida).

Al rato de estar allí, se nos acercó una pareja muy educada, que parecían los vecinos de arriba de cualquiera, envueltos en unos muy

poco sexis albornoces blancos. Empezaron a hablarnos claramente con aviesas intenciones, pero con mucho respeto y educación, eso sí. Miré al señor, que era feo y calvo, y no tuve ninguna intención de intercambiarlo por mi niño pequeño, que era guapo y joven. A él tampoco parecía gustarle la señora, así que el intercambio, gracias a Dios, no se fraguó y nos libramos de ellos como pudimos.

Salimos de allí seis horas después de haber entrado, bastante borrachos, muertos de risa, pensando que, aunque no nos habíamos intercambiado con nadie, aquella había sido la mejor tarde de domingo de la vida y que nos lo habíamos pasado mejor que en un parque de atracciones.

El niño pequeño quiso volver, pero yo no. Ya lo decían los griegos: nada en exceso.

Y así es como una fantasía que en mi cabeza era superpeligrosa, sexi y excitante se convirtió en una tarde de domingo de vodevil.

A propósito de este tipo de lugares, tengo una amiga que solía quedar con tipos a través de Tinder sin verles la cara ni ella mostrar tampoco la suya. Una vez tuvo una cita con uno de ellos en uno de estos locales liberales. No pude evitar escribir una historia utilizando ese punto de partida. (Véase la diferencia entre cómo yo me imaginaba los «locales liberales» y la realidad que luego viví en mis carnes).

Yo no tengo la culpa

Por la mañana temprano sale de casa hacia el trabajo con una bolsa con el táper y una mochila en la que lleva un vestido rojo ajustado y los tacones de diez centímetros que utiliza para impresionar a sus citas. Por regla general, no suele vestir provocativa, excepto cuando

queda con hombres; le excita ver sus caras de sorpresa y admiración en cuanto la ven aparecer.

Le pone quedar con tipos que no sabe cómo son, verdaderas citas a ciegas. Prefiere que todo sea una sorpresa, jugar a eso como si fuera una ruleta. No saber nunca lo que le va a tocar.

Esta tarde ha quedado con uno de esos hombres. Le ha citado sobre las cinco en una cafetería del paseo de La Habana, cerca del despacho de abogados donde trabaja. Se ha ido a un centro comercial de la Castellana para poder cambiarse antes. Además del vestido y los tacones, lleva ropa interior negra muy sexi y sus útiles de maquillaje. Antes se ha metido en una droguería cercana a comprar una maquinilla de afeitar. Esta mañana, con las prisas de primera hora, no le ha dado tiempo a depilarse bien las axilas, así que lo hace como puede, usando el jabón líquido de los lavabos aprovechando que apenas hay gente. Ya está casi lista. Las señoras que entran en los servicios la miran de soslayo. Ella se sacude la melena con mechas rubias y se retoca el maquillaje como si no existieran. Se rocía con su perfume Poison de Dior y sale del centro comercial con un abrigo negro encima de su escandaloso vestido.

Le reconoce nada más entrar en la cafetería. Lleva un jersey de pico amarillo limón de Lacoste, pantalones chinos beis y zapatos con borla. Más o menos como le ha pedido que fuera. Todos son iguales; no sabe cómo lo consigue sin verles la cara. Este lleva el pelo con gomina peinado hacia atrás, lo que hace que sus entradas resulten aún más evidentes y su frente se vea inmensa. Es más bien bajito, pero fibroso. No está mal.

El tipo se queda alelado mirándola cuando ella hace su aparición estelar, como todos los hombres y mujeres que hay en la cafetería. Ni por asomo piensa que ella es su cita. No puede ser. Pero lo es.

Nora, que le ha reconocido, se encamina con decisión hacia la mesa donde está sentado.

—Soy Nora —se presenta mientras le da dos besos y se sienta con soltura, cruzando las piernas.

—Encantado, yo Rober. Ni de coña te imaginaba tan guapa —la piropea—. ¿Qué quieres tomar?

—Un descafeinado de máquina con la leche templada —responde ella—. Cuéntame algo sobre ti. ¿Estás casado? ¿Separado?

—Sí, estoy casado, con tres niños de doce, ocho y seis. Vivo en Pozuelo, en la zona de avenida de Europa. Una vida normal, ya sabes.

—Sí, ya sé... ¿Y en qué trabajas?

—En el departamento financiero de una multinacional alemana. ¿Y tú?

—Trabajo en casa. Soy traductora. Oye, ¿vamos yendo ya? —se impacienta ella—. Solo tengo hasta las ocho.

—Vale, vamos, aunque no sé. Ahora viéndote, me arrepiento un poco de haberte propuesto algo así. De haberlo sabido...

—Me gusta el plan. No hay problema.

—¿No quieres tomar una copa antes?

—No, con el café está bien. — Ella apura el último sorbo.

Rober le pide la cuenta al camarero. Cuando la trae, es ella quien insiste en pagar las consumiciones de los dos.

El sitio está prácticamente al lado, apenas cien metros caminando. Hay unas escaleras que bajan, y Nora se tiene que agarrar a él para no despeñarse con sus tacones. Eso le resta un poco de glamur. Ella siempre se ha reído de las mujeres que insisten en llevar tacones sin saber caminar con ellos... Y ahora es una de ellas.

—Bueno, pues es esto —le dice Rober—. Como un spa, pero de este rollo, ya sabes. Ahora está tranquilo, porque es miércoles, y,

claro, a esta hora todo el mundo está currando. Entremos y te lo explico todo. Aquí ya me conocen. Vengo a menudo, sobre todo los fines de semana, que está más animado. No veas cómo se pone. No cabe un alma.

Ambos se encaminan hacia una especie de vestuarios, como los que hay en las piscinas. Todo está limpio y cuidado. Nora se despoja del vestido rojo y la ropa interior con naturalidad y deja todo dentro de una de las taquillas. Se pone un albornoz blanco que les han dado y una especie de sandalias de toalla. Se muestra tímida, un poco perdida, inspeccionando el terreno.

—Nunca he estado en un sitio así. Me da un poco de corte —admite.

—No te preocupes. Siéntete cómoda, como en casa. No tienes que hacer nada si no quieres. Solo vamos a pasar un buen rato. Es la idea, relajarnos —contesta Rober.

Él también está desnudo. Gana sin su ropa de pijo. Nora tiene tiempo de echarle una fugaz visual antes de que se ponga el albornoz. Ve que tiene la polla levemente empalmada.

Rober la coge de la mano y la guía por un pasillo medio en penumbra hasta llegar a una gran piscina con chorros, cascadas y camas de agua. Huele a cloro y a desinfectante o a una mezcla de ambos. «Está terminantemente prohibido mantener relaciones sexuales en el agua», se lee en un cartel al borde de la piscina. De fondo se oye un hilo musical con melodías un tanto ajadas, como de ascensor.

Dentro del agua únicamente hay una pareja charlando y besándose. El resto son algunos hombres de mediana edad que están solos, algunos sentados en el bordillo y otros tomando copas, desnudos en tumbonas dispuestas alrededor de la piscina. Se quedan mirando con curiosidad a Nora y a su pareja. Ella parece ser

la novedad en un sitio en el que casi todos son habituales. Los ojos del hombre que tienen más cerca brillan cuando se despoja del albornoz y se mete despacio en el agua.

Rober se mete también con Nora en la piscina

—Bueno, ¿qué te parece? ¿Estás cómoda?

—Sí —responde ella—. Es raro, pero me gusta.

El agua tibia y las burbujas hacen que se relaje un poco. Sin mediar palabra, se pone a horcajadas sobre Rober y le da un largo beso. Sabe a una mezcla de tabaco y chicle de menta. Es agradable. Le toca la polla, que ha vuelto a crecer considerablemente. Durante unos minutos, le masturba sin importarle la gente que hay alrededor. Parece que ya ha perdido toda la timidez.

Uno de los hombres que estaba a una distancia prudencial, dentro de la piscina, se acerca bastante a ellos. Nora se revuelve incómoda.

—No te preocupes. Si no te apetece que se nos una, lo dices y punto. No tenemos que hacer nada.

El tipo, que al principio se ha aproximado con disimulo, se coloca casi a su lado. Los observa con una sonrisa, sobre todo a ella, mientras se empieza a tocar sin ningún disimulo.

Acorta la distancia aún más y le susurra a Nora algo al oído al tiempo que le aprieta levemente el brazo. Nora no escucha lo que le dice con el ruido de las burbujas, pero tampoco le hace falta, lo puede adivinar. El hombre mira a Rober, como pidiéndole permiso, pero es ella quien responde:

—Gracias. Por el momento preferimos estar solos.

El tipo dice un «No pasa nada», y se marcha por donde había venido.

—¿No te iba el plan? —pregunta Rober.

—No, no me gustaba el tipo. Necesito un poco más de tiempo.

—¿Salimos de la piscina y nos vamos a otro lado? —sugiere él—. Hay una zona de tatamis o si prefieres podemos meternos en la sauna.

Se vuelven a poner los albornoces y Rober la guía hacia otra zona del spa. Hay cinco pequeñas salas contiguas independientes unas de otras. Se puede ver el interior a través de unas celosías enrejadas. La pareja que antes estaba en la piscina observa lo que pasa dentro de una de ellas a través de las rejas. Nora se acerca con curiosidad. Dentro hay otra pareja más practicando sexo como si estuvieran en su casa, ajenos a todo. Sus jadeos se oyen por todo el pasillo.

—¿Entramos en una de estas salitas? ¿Te apetece? —pregunta él.

—Bueno —accede Nora—. Me parece bien

—¿Quieres que nos vean o cierro las celosías? Hay unos estores. Como tú quieras.

—No. Déjalas abiertas. No me importa que nos miren. Puedes empezar a hacer lo que te he pedido.

Los dos se quitan otra vez los albornoces, que dejan colgados de un pequeño perchero.

—Ahora quiero que te toques para mí —dice él de repente—. No te creas que te voy a follar. Ni siquiera te voy a tocar, así que si has venido con ganas, te vas a tener que aguantar. Recuerda que estoy casado. Yo no engaño a mi mujer con cualquiera. Soy un tío formal, que es fiel a su esposa. No me juego mi matrimonio por una zorra como tú. ¿Qué te pensabas? Tócate, que quiero ver cómo lo haces.

Entonces Nora empieza a acariciarse, pero de forma muy exagerada, como ha visto hacer tantas veces en las películas porno. Se toca las tetas, se pellizca los pezones, arquea las caderas, pone toda la cara de lujuria que le sale mientras no le quita ojo a Rober, que se masturba con rapidez. Ella continúa retorciéndose. Se tumba y empieza a agitarse, a gemir sobre el tatami, haciendo una

representación, como si estuviera en un show porno en Las Vegas del que ella fuera la protagonista absoluta.

A gatas, se dirige hacia Rober y baja la cabeza a su entrepierna, pero él la aparta.

—Te he dicho que no te me acerques. Sigue tocándote —le ordena.

Ella continúa con el teatro, pero de pronto repara en que hay ocho ojos mirando a través de la celosía y cree reconocer que dos de ellos pertenecen al tipo que se les ha acercado antes en la piscina. Al sentirse observada, exagera aún más su actuación, sacando su lengua y pasándosela provocativamente por los labios, bajando la mano hacia su entrepierna y empezándose a tocar de nuevo. Gime muy alto como si estuviera teniendo un orgasmo. A continuación, se pone a cuatro patas mostrando su culo a todos los espectadores de la celosía. Se siente deseada. Desde luego, ha conseguido ser el centro de atención.

Quiere hacerlo durar aún un poco más, sentirse aún más poderosa, calentar hasta la muerte a todos los que la miran. Rober ya no le importa, se ha olvidado de él. Le importan los tres hombres y la mujer que están presenciando su show. Se levanta y se aproxima a ellos. Ahora los puede ver bien. Va moviéndose a lo largo de la celosía, saca la lengua por las rendijas, acerca sus pechos... los hombres intentan tocárselos, mordérselos...

De pronto, ella les da la espalda a todos, despreciativa como una reina de Saba y va hacia Rober.

—¿Quieres que termine? —pregunta él.

—Si te apetece... Yo me tengo que ir ya —responde Nora.

Y mientras se va poniendo el albornoz, escucha los gemidos ahogados de él al correrse. Los cuatro pares de ojos continúan

pegados a la ventana. No parecen muy deseosos de que acabe la representación.

Cuando Nora sale de la sala y atraviesa el pasillo de nuevo rumbo al vestuario, sus espectadores la observan con admiración. Todos se han dado la vuelta para verla pasar.

—Lo has hecho muy bien —le dice uno de ellos—. Pareces una profesional.

—¿Y quién te ha dicho que no lo soy? —replica ella, sonriendo.

Rober sale tras ella. Ambos se visten en silencio en los vestuarios y salen nuevamente a la calle. Ya ha oscurecido y Madrid está metido de lleno en la hora punta; es la hora de los que regresan a casa después del trabajo, la hora de los gimnasios, de las cenas y los atascos.

Antes de despedirse con dos besos, ella le desliza a Rober un sobre entre las manos.

—Toma, lo acordado y una pequeña propina. Lo has hecho genial.

—Gracias. A mí también me ha encantado. Si quieres que repitamos... Eres un bombón. Contigo hasta lo haría gratis. Me gustaría verte de nuevo, la verdad.

—No. Nunca quedo dos veces con el mismo chico ni pagando ni sin pagar. Me gustan los desconocidos, y tú ya no lo eres. Prefiero otros nuevos. Gracias por acceder a lo de vestirte así, traerme aquí y hacer lo que te pedí. Sé que no es lo habitual.

—De nada, preciosa. Como si me mandas vestirme de bombero. Por ti lo que sea. Si te lo piensas mejor, ya tienes mi número.

Y Nora echa a andar hacia el mismo centro comercial donde antes se había cambiado. Vuelve a entrar en los baños. Ahora hay más gente. Se encierra en uno de los lavabos y saca de la mochila su pantalón, su jersey de cuello vuelto y sus botines.

Debido al tráfico llega a casa demasiado tarde. Más de la cuenta. Se encuentra a Manuel en la cocina. Está dándole la cena a la niña y tomando una cerveza.

—Hola, cielo —dice—. Siento llegar tan tarde. Un poco de lío hoy en el despacho.

Le da un beso a su hija, que está sentada en su trona.

—¿Y esta chiquitina? ¿Qué está cenando? ¿Una tortillita?

—A ver, Nora. Te he llamado al despacho y me han dicho que saliste a las cinco, ¿dónde coño estabas?

—Por ahí. Tenía cosas con clientes —contesta Nora, sacándose una cerveza de la nevera.

—Joder, Nora, ¿qué cosas? No me vaciles. Dijiste que lo ibas a dejar.

—No. Dije que intentaría dejarlo. Te lo expliqué bien claro cuando volvimos. Esas fueron mis condiciones. Y dije también que nunca más te mentiría.

—¿Y qué te pasa? Yo te quiero. ¿Es que eso no te llega? ¿Es que no es suficiente?

—No sé, Manuel. El amor no es suficiente, al menos no para mí. Ya lo hemos hablado muchas veces. Yo no tengo la culpa.

Cuando acostaron a la niña, pusieron un par de capítulos de la serie que estaban viendo, mientras cenaban y se bebían una botella de vino.

—Dime adónde fuiste esta vez —insistió él—. ¿A quién viste? Dímelo... Me estás matando, Nora.

—Manuel, dijimos que no haríamos esto. Eso no importa. Olvídalo, por favor. Estoy aquí ahora. Contigo. Con Helena. ¿No es lo que querías?

—Supongo que sí... no sé —dijo él—, y si no, no hay más remedio. Es lo que hay.

Aquella noche, Nora se fue a acostar antes que él. No quería soportar más las miradas de perro apaleado de Manuel. A ella también le hacía daño la situación. Aquello no resultaba nada fácil.

Ya en la cama, se levantó el camisón y se empezó a tocar como lo había hecho por la tarde, esta vez para ella, sin exageraciones ni fingimientos. Sin espectadores. Se quitó las bragas y se esmeró un buen rato. Sabía que su marido aún tardaría en irse a la cama. Pensó en los ocho ojos que la observaban a través de la celosía, recordó el «lo estás haciendo muy bien», y se corrió al momento, reprimiendo sus jadeos a duras penas.

Manuel la escuchaba detrás de la puerta, como un espía silencioso.

25

El novio que dormía sentado, entre otras cosas

Durante una época de mi vida tuve un novio que dormía sentado. La primera vez que pasamos la noche juntos me desperté de madrugada y allí estaba, a mi lado en la cama, pero sentado, apoyado en dos almohadones, con los brazos inertes por encima del embozo y la cabeza caída sobre el pecho. Parecía que la había palmado o que estaba desmayado. Me llevé un susto de muerte.

—Lo siento —me dijo aquella primera vez—. Tenía que haberte avisado para que no te asustaras.

Al parecer, llevaba tiempo durmiendo así porque tenía fuertes jaquecas que le despertaban durante la noche y de esa manera las evitaba. Aquel día pensé ya en dejarle, pero me sentí muy frívola por descartar a un tío por el simple hecho de dormir sentado. Si nos ponemos estupendas con miles de pegas, al final nos quedamos a dos velas.

—Qué más da cómo duerma si tú también vas a estar dormida y no lo ves —me dijo mi hijo mayor, siempre tan práctico—. Por eso no se deja a una persona. No seas cruel.

Alguna noche lo convencía a regañadientes para que se recostara empujándole hasta conseguir hundirle un poco en la cama y ponerle a mi nivel, pero se quedaba rígido y ponía una mueca de espanto. Acordamos entonces que dormiríamos separados. En el primer viaje que hicimos juntos, al contrario que todo el mundo, cogimos un

apartamento no ya con dos camas separadas, sino con dos habitaciones separadas. Fue lo más romántico que he hecho en la vida.

En ocasiones, me daba unas gominolas de marihuana que había traído de Estados Unidos. Solo así accedía a dormir con él. Bueno, no accedía yo, más bien accedía la marihuana.

—Tengo otra solución para que podamos dormir juntos y no te dé «susto» —me dijo un día como quien descubre la piedra filosofal—. Puedes ponerte un antifaz.

En aquellas semanas me acordé a menudo de cuando había ido a la Casa Museo de Lope de Vega en Madrid y en la visita guiada nos explicaron que los nobles del Siglo de Oro precisamente dormían recostados o semisentados para favorecer las digestiones y porque la postura tumbada se identificaba con la de los muertos. Pero eso, no sé por qué, no me convenció demasiado.

Durante el tiempo que estuvimos juntos, se fue deslizando paulatinamente en la cama hasta lograr dormir casi tumbado.

—Lo voy consiguiendo —decía ilusionado—. Es gracias a ti. Nunca pensé que podría hacerlo.

Además de dormir sentado, M. vivía y vive con una especie de animal del averno, una bulldog francesa que en vez de caminar reptaba y se revolcaba por los suelos cual puercoespín, y por la mañana, mientras su dueño se desperezaba de su sueño sentado, la perra se dedicaba a tirarse pedos apestosos mientras gruñía por la habitación.

Y yo entonces pensaba lo mismo que Carmen Maura en esa peli de Almodóvar: «¿Qué he hecho yo para merecer esto? ¿Qué necesidad?».

—Puedo saber lo que les importo a las mujeres según cómo tratan a mi perra —decía M.—. Al principio, a todas les parece muy mona, pero después, cuando empiezan a «pasar» de mí, comienzan a odiar a la perra. Así es como me doy cuenta.

Más o menos por el tiempo que descubrí que M. dormía sentado, me fijé por primera vez en su espalda, que era, básicamente, como la de un hombre lobo. Se le podían hacer trenzas con los pelos que tenía. Pero tampoco le iba a dejar por eso. Le convencí para llevarle a las chinas donde me hago las uñas a que se los quitaran con cera. Entró en la salita con algo de desconfianza mientras yo aprovechaba para hacerme la manicura.

—Dolor, dolor, mucho dolor —oí que le decía la china desde el cuartito contiguo—. No gritar. Tranquilo. Dolor normal.

Al poco, ella salió de la cabina:

—¿Puedes venir? —me pidió—. Mucha sangre —dijo alarmada.

Y allí vi al pobre M. sangrando por los poros, con medio trozo de espalda depilado y el otro no.

—Sigue. Quítaselo todo —le dije a la china—. Ahora no lo puedes dejar así

—Pero sangrando —dudó ella—. Espera —añadió, y puso algo en su Google chino. El móvil le devolvió un montón de imágenes de poros abiertos y espaldas sangrantes—. Dice que normal. Poros sangrar a veces... ¿Qué hacemos? —preguntó.

M., a aquellas alturas, seguía tendido con cara de horror en la camilla esperando que tomáramos algún tipo de decisión.

—¿Quieres quedarte con media espalda sin pelos y otra media con pelos o qué hacemos? —le pregunté.

Decidió seguir adelante. Al acabar, la china le pasó un trapito con agua oxigenada y le dio un caramelo y un yogur de beber para que

se «recuperara». El episodio quedó en la mente de M. como una de las experiencias más traumáticas de su vida.

No puedo pasar por alto que M. aparte de dormir sentado y de parecer un hombre lobo, tampoco tenía intestino grueso, pero omitió ese pequeño detalle cuando nos conocimos.

La primera vez que quedamos a comer dijo que «iba al baño», y cuando a los quince minutos no había regresado, me empecé a extrañar. Cuando apareció, le solté la típica chanza: «Pensé que te habías colado», y entonces confesó:

—Verás... es que te quería comentar que yo no tengo intestino. Cada seis horas me tengo que poner un tubo en el estómago que funciona como una sonda y evacuar.

Me imaginé la sonda mientras sujetaba una croqueta en una mano y la cerveza en la otra.

—Pero ¿cómo un tubo? No entiendo.

—Tengo una bolsa dentro de mi cuerpo y debo vaciarla cada equis horas. Tardo como un cuarto de hora en completar el proceso, por eso siempre debo tener cuidado de que haya baños en condiciones cerca.

En ese momento me dieron ganas de salir corriendo, pero me obligué a quedarme en el sitio. «No está bien discriminar a la gente por problemas de salud», me dije.

—Míralo por el lado bueno —añadió él—. Ni cago ni me tiro pedos. Tengo el esfínter cosido.

—¿Cómo cosido? —pregunté yo a punto de desmayarme.

—Sí, cuando me operaron, me preguntaron si el culo era importante para mis prácticas sexuales, y les dije que no. Así que me lo cosieron. Total, ya no me vale para nada.

Para aquellos momentos creo que ya habían traído el pulpo y los pimientos.

—Uy —exclamó M.—, yo no puedo comer pimientos.

—¿Y eso?

—Hay ciertos alimentos que no pasan bien por el tubo: los pimientos, las setas...

Ya fuera del restaurante nos fuimos a tomar las dos copas que necesité para asentar toda aquella información. Me fijé que él llevaba a cuestas una mochila...

—¿Qué llevas en esa mochila? —recuerdo que le pregunté.

—Los tubos y las cosas que necesito para sondarme. Siempre tengo que ir con ellos, por lo que pueda pasar.

Pasé los siguientes días buscando todo tipo de cosas en internet sobre la enfermedad de M., intentando convencerme de que aquello no supondría un problema para mí. Lo que más me obsesionaba era el «agujero» que yo me imaginaba como algo horrendo y deforme.

Antes de acostarnos por primera vez, le pedí que me lo enseñara.

—Lo siento, pero hasta que lo vea no sé si voy a poder acostarme contigo —admití—. ¿Me lo puedes enseñar?

Entonces se levantó la camisa y ahí estaba el agujero, en medio de dos enormes cicatrices.

—Para ser alguien sin intestino grueso no estoy tan mal, ¿no? —dijo él.

Más tarde M. me confesó que, antes de mí, había tenido como quince citas de Bumble y que se había acostado al menos con seis de ellas.

Cuando le mostré mi sorpresa, me espetó que había venido a Madrid a cuidar a sus padres y a explorar su sexualidad.

Aquellos días, comentando este asunto con amigas, veía que la gente se quedaba un poco loca cuando les contaba la historia.

—He conocido a un tío listísimo, guapo, con sentido del humor, profesor de Literatura en la universidad de Equis de Estados Unidos, que está aquí de año sabático, escritor, traductor, experto en literatura latinoamericana... pero tiene un pequeño problema y no sé qué hacer.

La mejor respuesta me la dio mi amiga S.

—Bueno, hija, mientras estén vivos...

26

RADIOGRAFÍA DEL *MIERDER*

Cuando me divorcié hace más de quince años, pensaba con mi mente fantasiosa que mi vida sentimental a partir de aquel momento iba a ser un no parar de hombres interesantes, guapos, cultos, sensibles... Pero me equivoqué, y la verdad es que asumir la realidad fue un golpe brutal. En los años posteriores no solo no me encontré con nadie ni remotamente parecido a lo que tenía, sino que acumulé una buena colección de capullos de toda índole y condición. Me encontré con tantos *mierders*, o, como diría mi abuela, con tantos *merdentos*, que darían para una enciclopedia.

Que a las tías (y más cuando estamos en nuestros treinta o cuarenta) nos gustan los capullos, los mierdas y los jetas no es ningún secreto. ¿Por qué? No tengo ni idea. Solo sé que es así. Imagino que porque no nos prestan la atención debida y a algunas siempre nos gustó sufrir. La razón por la que nos gusta sufrir es una cosa que tampoco sé. Es como una especie de hobby.

El porqué los buenos chicos que beben los vientos por nosotras no nos gustan tampoco se sabe, pero también «es así». Como dice el refrán: «Líbreme Dios de los buenos chicos, que de los malos ya me libro yo».

Entonces cabe preguntarse: ¿no habrá un puñetero término medio? ¿Un tío que nos putee moderadamente y al que putear nosotras también moderadamente?

Dentro del reino de los capullos, el que yo denomino *mierder* es el más cutre porque no es ni chicha ni *limoná*. Me explico: no suele ser ese chulazo empotrador que te pone del revés y luego no te llama en un mes. Ese es el jeta normal, el follador. Tampoco estamos hablando del típico *vendemotos* que te lleva a hoteles o restaurantes caros para impresionarte. Esos me provocan hasta ternura.

Me refiero a un espécimen mucho peor, el del don nadie con ínfulas, uno que te embaucará con armas que no son ni el sexo, ni la pasta, ni el aspecto físico, ni el humor para llevarte a su terreno. El que lo hace sin que ni siquiera sepas cómo ni por qué. No tienes ni idea de qué es lo que tiene esa persona, pero sí lo que vas a tener tú: bastantes quebraderos de cabeza y muy pocos orgasmos.

Puede darse el caso de que esté bueno, pero no siempre. Liarse con un capullo que encima es feo, con las lorzas en cascada o sin inteligencia ninguna ya es para que nos crucifiquen y con todos los clavos que haya en el Leroy Merlin, pero las hay, las hay que llegan/llegamos a esos niveles. Mi amiga C. dice que no hay que sufrir por ningún tío nunca, de ninguna manera, pero si hay que sufrir por alguno, al menos que sea uno guapo. No se sufre por un feo. Eso es de gilipollas.

El *mierder* tampoco folla bien, pero te engancha con otra serie de habilidades que ni siquiera sabes a ciencia cierta cuáles son, creemos que es porque hace sufrir. Que un tío sea bueno jodiéndote, o mejor aún, ignorándote, es mucho más importante que sea bueno follándote. Nosotras necesitamos la «caña de España» como la resaca necesita un ibuprofeno. Cuando el *mierder* conjuga el follarte de puta madre con joderte de puta madre es que de ahí no sales. Estás *perdía*.

El *mierder*, el verdadero capullo sideral, nunca te dirá nada, ni hará alusión a nada que tú puedas hacer bien, ni a tus cualidades, habilidades o aspecto físico, simplemente porque se siente tan inseguro en su *mierdidad* que necesita invisibilizarte para ratificar su poder sobre ti. Quizás hable bien de ti a tus espaldas, pero nunca en tu presencia. Ya te puedes vestir de *dominatrix*, que no te comentará nada, pero en cambio sí se explayará con lo buenas que están tus amigas, sus vecinas, la chica de la barra del bar o cualquiera que se cruce en su camino, y mirará al resto de las tías con el mayor descaro mientras a ti te acariciará el lomo de vez en cuando para que muevas un poquito el rabo. Cuando estés alcanzando el límite de cansancio, él sabrá cómo hacer para que vuelvas otra vez al redil dándote una golosina.

Hasta puede llegar a pedirte pasta y vivir de ti con toda su jeta.

El *mierder* a veces se referirá a ti como «su amiga» o como «su amiga especial», y así puedes tirarte diez años. Te dirá que no hay futuro, que él no quiere pareja... o que tú no eres lo que él busca.

Al *mierder* no le gusta follar exactamente y mucho menos lo que entendemos por hacer al amor, que cuesta demasiado trabajo. Le gusta meterla. Cuanto más la mete, y con más tías distintas, más se olvida de que es un mierda.

Cuando el *mierder* te presente a alguien no será por él, ni por ti, solo es para que «los otros», es decir, el resto del universo vea cómo un tío tan *mierder* puede estar con un cañón como tú. Los otros no se lo explican. Es que no te lo explicas ni tú.

El *mierder* está con otras tías, claro, es su atractivo principal: el que tú sepas que está con otras para que así te dé rabia y empiece la maquinaria del sufrimiento. Es como un pachá cutre de un harén aún más cutre, y tú una gilipollas esperando que te llegue «la vez».

El *mierder* nunca llama, busca, va a por ti o te apremia para verte. Eres tú la que tienes que mover ficha. Si tú no lo haces, él jamás lo hará. ¿Y sabes por qué hace eso? Porque no le importas ¿No habías caído?

Es inmune al daño que causa en los demás. Es decir, puedes estar teniendo un ataque de ansiedad que él permanecerá mirando una serie tan tranquilo. Yo, con un *mierder* que estuve hace muchos años, me inventaba ataques de ansiedad para que me hiciera caso, pero ni eso. Me salía más a cuento decirle que viniera para follar. Entonces sí que aparecía.

El *mierder* bruto parece que encaja mejor con nuestros estándares mentales. Lo que uno no se explica son los *mierders* cultivados, que los hay. Eso es como un obrero que vota a la derecha, más o menos. No tiene explicación. Se supone que la cultura y la sensibilidad valen para algo y, creedme, lo empiezo a dudar seriamente.

El *mierder* no cree en el amor. Le ha ido fatal en él y lo curioso es que aún se pregunta por qué.

Cuando hay problemas o conflictos nunca dan la cara. Simplemente huyen con el rabo entre las piernas en busca de otras incautas.

Una vez conocí a un *mierder* tan *mierder* que hasta mereció que le escribiera un cuento.

Un domingo por la mañana, después de haber pasado la noche juntos en mi casa, cogimos el metro. Yo me iba al Museo Reina Sofía, supongo que a ver alguna exposición, pero, por supuesto, él no me iba a acompañar; se marchaba a su casa que estaba en la misma línea. Poco antes de separarnos, en aquel vagón, me dijo la segunda frase más estelar de mi vida...

Búscate a alguien que te quiera

Volvían de la playa. Ella aún tenía pegado el rastro de la sal del mar en su piel y tenía los pliegues de la nariz llenos de granitos de arena.

—Tienes la cara llena de arena, hija mía —señaló él, con sequedad —. Estás hecha un desastre.

—No me importa —respondió ella.

—Así no puedes estar —le recriminó, y, cogiendo una servilleta, le frotó la nariz hasta hacerle daño, intentando quitarle los restos de arena a la fuerza.

Estaban en la parte nueva del pueblo, fuera de las murallas. Los restaurantes allí no eran tan agradables como en la zona más turística, pero eran baratos y rápidos. Y ya se iban. Su avión de vuelta a España salía en apenas unas horas. Un sol abrasador caía a plomo en la terraza de mesas de plástico donde estaban sentados. Se trataba de un restaurante popular, tipo fast food, lleno de locales que comían con ganas y abundantemente, previendo las restricciones del Ramadán, que comenzaría en unos días.

Comían sardinas. Ella las miraba con desgana, utilizando los dedos para extraer los lomos. Él, en cambio, las engullía prácticamente de un bocado, dando a la vez largos sorbos a su Fanta de naranja. Las devoraba como si no hubiera más alimento sobre la faz de tierra. A ella, esa voracidad le repelía, porque escondía una compulsión. Había algo bastante oscuro en su forma de liquidar aquellas sardinas, algo casi igual de mecánico que el sexo con él. Se dio cuenta de que comía como follaba: apresuradamente, con ansia, como para saciar una necesidad.

Las burbujas de la Fanta, las sardinas, la grasa en los dedos, las servilletas de papel, su indiferencia, el sol abrasador de la tarde, aquel sitio extraño... todo la hacía sentirse ajena y fuera de lugar. Había un mal presagio en el ambiente.

De pronto, el móvil del hombre sonó y se vio forzado a parar de engullir. Se chupó los dedos mientras comenzaba a hablar y se hurgó sin pudor alguno entre las muelas para sacarse un trozo de algo.

—Sí, papá —dijo al teléfono—, he venido unos días con una amiga. Ah, ¿no te lo había dicho? Pues sí... No, nada de fin de semana romántico. Es solo una amiga. Ya sabes que lo del compromiso no va conmigo. No, esta tampoco va a ser mi novia, me temo.

Mientras hablaba con su padre sobre ella, ni siquiera la miraba. Pero sí a las sardinas. Se le estaban quedando frías. Eso le incomodaba.

—Este verano podemos volver aquí unos días, si quieres —le dijo ella cuando colgó, como para olvidar la conversación que acababa de oír.

—Ah, ¿no te lo había dicho? Me voy con una amiga a las islas Azores. Me ha dicho que me va a invitar. A la vuelta, si te apetece, podemos ir tú y yo a algún lado.

—¿Una amiga? ¿Qué tipo de amiga? —preguntó ella—. ¿Una amiga como yo?

—Bueno, parecida, pero ella es más rollo amiga; solo nos acostamos de vez en cuando. En realidad, me gustas mucho más tú. Me gusta más el sexo contigo.

—Si te gusto más yo ¿para qué te acuestas con ella? —preguntó —. Además, ya llevamos casi seis meses viéndonos. Pensé que estábamos bien.

—Ya te dije que la monogamia no va conmigo. A lo mejor, alguna vez encuentro a una tía de la que me pille lo bastante para monogamizarme, *pero de momento...*

—¿Y entonces para qué estás conmigo? —preguntó ella.

—Para alejar a la muerte —contestó él con una risita estúpida—. No, ahora en serio, me gusta follar contigo y compartimos intereses culturales. Pero no voy a ser más que tu follamante. Follamigo es una palabra que me desagrada —continuó él—. Esto es lo que puedo ofrecerte. Quizá lo mejor es que te busques a alguien que te quiera. Oye, me raya hablar de estas cosas. ¿Pedimos también unos calamares? Creo que con esto nos vamos a quedar con hambre.

Ella solo había sido capaz de comerse una única sardina. Él, sin embargo, había devorado ya como ocho o nueve. Las raspas con las cabezas se alineaban perfectamente en su plato como cadáveres de la prehistoria o dibujos infantiles.

—¿Y cuántas amigas como yo tienes? —se aventuró a preguntar.

—Ahora solo a ti y a esta chica de las Azores

—¿Solo? —señaló ella—. ¿Te parece poco?

—Ya me gustaría a mí tener cuatro o cinco, pero no se me da tan bien.

Ella reparó en la tripa que asomaba por encima de la cintura de sus pantalones. Ni siquiera era guapo. Tampoco el sexo con él le resultaba placentero. Y casi le doblaba la edad. De pronto le entraron unas irrefrenables ganas de llorar. Se preguntó para qué había ido allí con él aquel fin de semana. Por algún motivo, echó de menos a su madre, a quien tampoco es que estuviera muy unida.

Las lágrimas empezaron a caer a raudales como un río por debajo de sus gafas de sol, hasta mojarle el cuello. No quería hacerlo, pero tampoco era capaz de evitarlo.

Él, ajeno a todo, seguía entregado a las sardinas. Aún quedaban dos. Cuando acabó la penúltima, sin darse siquiera cuenta del mar de lágrimas de ella, empezó a comer también de forma bastante ansiosa las cuatro hojas de lechuga y el tomate que las acompañaba.

—¿Cómo puedes engullir así? ¿No te das cuenta de que estoy llorando?

—¿Eh? No, no me di cuenta —dijo él con indiferencia, cogiendo la última. Después le acarició la cabeza como a un perro, en un torpe gesto de consolación.

De pronto él empezó a toser. Le dio un acceso de tos y se fue poniendo cada vez más colorado. A ella le pareció que le hacía algún gesto como de pedirle ayuda, pero aún no eran los movimientos desesperados de quien lucha por su vida y se está ahogando. Eran más bien leves, delicados, como de algo que empieza.

Decidió entonces que era el momento de irse al baño a limpiarse la cara llena de churretes de lágrimas. Se levantó con soltura, entró en el bar y preguntó por el baño para asegurarse de que la veían entrar.

Cuando salió de nuevo al exterior, él yacía desplomado sobre el plato de sardinas. Como en un decorado teatral que hubiera cambiado de repente, toda la gente que antes comía tranquilamente en la terraza se arremolinaba en torno a su mesa.

—Ha pasado todo en un momento, mientras usted estaba dentro —dijo en francés una de las mujeres que tenían en la mesa de al lado—. Cuando nos dimos cuenta ya no pudimos hacer nada.

Ella solo pudo fijarse en las nueve raspas de sardina primorosamente alineadas. Apenas se habían descolocado pese al impacto de su cabeza sobre el plato.

27

Mis años como geisha

A lo largo de mi vida sentimental muchas veces me he sentido como una auténtica geisha moderna, lo que no está mal si me hubieran tenido la admiración y el respeto de los que gozaban estas exquisitas entretenedoras. Yo más bien he sido geisha cutre, sin kimono, ceremonia del té, ni poesía, solo el lado feo: he entretenido a señores con el mismo entusiasmo con el que una madre entretiene a un niño hiperactivo.

He sido mitad geisha, mitad gestora cultural y de ocio, mitad coach emocional. De todas, casi prefiero la opción geisha, que da menos trabajo y te la ventilas en cuatro horas.

Fui una geisha del siglo xxi mucho tiempo, especialmente en mi época de heavy user de las apps tipo Tinder. Los tipos que encontraba ahí —que muchas veces se creían interesantes— actuaban de idéntica manera, el patrón se repetía: querían chicas «monas» y «arregladitas», por supuesto risueñas (reírse mucho es la base de casi todo, también de la estupidez). Querían, además, que esas niñas fueran, sin lugar a dudas, inteligentes, divertidas, cultas, independientes, viajadas y entretenedoras... Lo más buscado eran las «conversaciones interesantes», pero de una vía (obvio), porque ellos nunca participaban más que como receptores.

Se esperaba que les hicieras pasar «un buen rato»; también había que ser buena en la cama y mostrar entusiasmo, soltura y un

enorme apetito sexual (lo de señora en la mesa, puta en la cama de toda la vida, amigas). La experiencia era esa: cita, conversación inteligente y divertida, seguida de sexo salvaje. Querían el descaro de una presentadora de late night show, dentro de un cuerpo de veinteañera y con maneras de actriz porno.

Después de la *geisha experience*, con suerte te llamaban al Uber desde su teléfono o te decían el típico «hablamos» o «nos vemos» o «vamos hablando» (mátame, camión). Al día siguiente te escribían un: «Lo pasé genial. Repetimos pronto, bonita». Después te congelaban un par de semanas, pero no del todo. Este tipo de hombre sabe como nadie hacer las labores de mantenimiento, también llamado «breadcrumbing» (likes en tus redes, algún mensajito cariñoso por WhatsApp, alguna fotito...), con el objetivo de que no te alejes del todo y sigas ahí tan disponible como una tarta helada lista para sacarte del congelador cuando a él le apetezca entretenerse un rato.

Al cabo de diez o quince días, el tío en cuestión reaparecía con la desidia de quien enciende Netflix («¿Tomamos algo?»), y la geisha iba, y encima tenía la ilusión de que a esa persona «le importaba». El tío trataba de mantener la *geisha experience* todo lo que podía (tonto no era), pero esta geisha moderna, a la cuarta o quinta ocasión a la que se la requería, ya un poco se daba cuenta de que ese hombre debería empezar a pagar por sus servicios o, como mínimo, dejarle propina (también aceptamos propinas, señores).

La segunda versión (y esta la mantengo a día de hoy), que también es «gratis», es la de gestora cultural y de ocio de todas (o casi todas) las personas con las que me he relacionado sentimentalmente. Nadie sabe nada. Es decir, nadie sabe nada de qué hacer, a dónde ir, dónde viajar, qué exposiciones y películas ver,

qué libros leer, qué restaurantes hay que probar. Parece que algunos hombres manejan un GPS con solo dos coordenadas: aquí (en el sofá) y ahora (en el sofá con una serie).

Los planes o salen de una o no salen, porque a ellos tradicionalmente les «Da igual» o «Hacemos lo que tú quieras, a mí todo me va bien» o «Para qué voy a elegir yo nada, si tú lo haces genial». Esta labor, como comprenderéis, lleva mucho más tiempo que la de geisha y encima da mucha rabia, porque resulta que a nosotras también nos gusta que nos lleven a sitios (aparte de a la cama, que parece ser el único lugar que ellos tienen en mente, pero no por follar, sino porque la tienen cerca y a mano).

A veces se combina el papel de geisha con el de gestora de ocio, que ya es la repanocha. Podríamos añadir el de asistenta y cheerleader para hacer ya el pack 360 grados, lo que sería una *«100 % women total experience».*

Cuando me he encontrado a alguien que me ha hecho un plan sin que yo dijera nada, me han dado ganas de ir a poner una vela a cualquier santo, para agradecer la experiencia o hacerles una ofrenda floral, porque creedme que han sido contadas con los dedos de una mano. Yo he querido casarme con esos hombres.

También he sido coach emocional, pero esto sucede menos frecuentemente, solo cuando los tíos deciden mostrar sus emociones, más o menos una vez al año, y coach de salud, porque a los tíos también hay que convencerles de que vayan a los médicos, coman bien, lleven una vida sana... Todas estas labores de «mantenimiento» de los señores de nuestra vida resultan extenuantes.

Una tiene que cuidarse a sí misma, a veces a sus hijos y, además, realizar las tareas de entretenimiento y mantenimiento del señor de

turno con el objetivo de ir (de vez en cuando) al cine a ver una película que hemos elegido nosotras, cenar a un restaurante escogido y reservado por nosotras para acabar echando un polvo mediocre, que es lo único en lo que ellos participan.

Lo siento, pero haciendo un análisis costo-beneficio, a mí no me salen las cuentas. Siempre fuimos malas para los negocios, nosotras.

28

El hombre que me dejó en una isla desierta

No hay manera buena de terminar con alguien, pero algunas son verdaderamente terribles, sobre todo si tú eres la abandonada y lo hace alguien que te importa. Cuando te dejan y el individuo te da un poco igual, si acaso supone un pequeño golpe para tu ego, que se soluciona cortándote el flequillo y quedando con otro ese mismo día, si puede ser.

Hubo una vez que alguien que sí me importaba mucho me dejó en dos tiempos: me predejó y luego me dejó totalmente. La previa tuvo lugar en el que era mi restaurante favorito, un ruso que ya no existe, El Cosaco. En medio de los blinis con ahumados, la persona con la que llevaba saliendo varios meses me dijo:

—Creo que sigo enamorado de fulanita —su antigua novia—, así que esto no va más.

—Me parece que te ha sentado mal el vodka —contesté yo—. Lo mejor que puedes hacer es reflexionar tranquilamente sobre nuestra situación y en unos días hablamos. (Se me olvidó mencionar que a las tres semanas él y yo nos íbamos a Sri Lanka, un viaje que teníamos planeado hacía tiempo).

Me fui del restaurante muy airada después de haber llamado a un taxi. De pronto oí que me llamaba a gritos desde la puerta.

Pensé: «Ya está. Se ha arrepentido y me llama para que vuelva».

Se acercó corriendo a mí y me dijo:

—Te has olvidado las gafas.

A los dos días me citó en un bar de mi barrio y me trajo un secador y un camisón en una bolsa...

—Lo he pensado ya, y no quiero seguir —me soltó.

—Vamos a tranquilizarnos un poquito —le respondí—. En dos días me voy de viaje a Filipinas —era un viaje de trabajo—, dejemos pasar la semana y, a la vuelta, hablamos de nuevo. Creo que estás un poco trastornado, y ya te vas a dar cuenta de que estás enamorado de mí. A veces la gente no lo sabe y la distancia es justamente buena para estas cosas.

No parecía muy convencido, pero quedamos en eso; dijo que me escribiría durante el tiempo que yo estuviera en Filipinas para que le contara qué tal.

Llegué a Manila con un montón de desconocidos de distintos países que formaban parte del viaje de prensa y empezamos el tour por el país. Yo no veía nada más que la pantalla del móvil, pendiente de recibir algún mensaje suyo. Pero fueron pasando los días y los mensajes no llegaban. Ni para preguntarme qué tal ni para nada en absoluto.

Mi nivel de ansiedad iba en aumento hasta estar completamente ausente de todas las actividades que hacíamos. Intentaba «olvidarme» y centrarme en disfrutar del viaje, pero no podía.

A los dos días, todo el grupo nos íbamos a embarcar en una especie de catamarán para pasar las tres siguientes jornadas de isla en isla desierta, un sueño de viaje. Cuando estábamos en el muelle a punto de coger el barco, por fin me llegó el mensaje. No era un wasap para preguntar qué tal; era un documento Word de seis páginas que apenas me dio tiempo a leer porque nos íbamos y los días sucesivos estaríamos sin conexión. No tenía desperdicio. Lo borré de la rabia y ahora me arrepiento muchísimo, porque era lo

más sentido y patético que leí y leeré jamás y lo podría haber usado para alguna novela. No recuerdo muchas de las cosas que decía, pero sí como empezaba: «Sibila. No voy a ir a Sri Lanka contigo. No vamos a hacer nuestro viaje soñado». Le seguían seis folios de despropósitos. Recuerdo alguna frase suelta como que todas sus vísceras lo arrastraban a su exnovia y bla, bla, bla.

Apenas me dio tiempo a fumarme un cigarrillo con las manos temblorosas y tuve que meterme en el barco con todos aquellos extraños. Lo primero que hice fue tener un ataque de ansiedad mientras ellos se divertían, saltaban desde rocas y hacían esnórquel. Obviamente, pronto se dieron cuenta de mi estado calamitoso. Tuve que confesarles lo que me había pasado. Recuerdo que hubo un inglés que me puso unos cascos con un pódcast de meditación y me obligó a pasar dos horas en la cubierta con las piernas cruzadas en modo zen.

Estuve dos días en islas completamente desiertas, sin luz ni electricidad, durmiendo en cabañas de paja en medio de la naturaleza, y no me enteré de nada. Fue un viaje de esos de no olvidar, pero del que lo olvidé todo, porque no tenía nada para recordar.

Al cabo de unos cuantos días, ya en Madrid, me pregunté qué tipo de persona te deja cuando estás a diez mil kilómetros de casa y te jode un viaje paradisiaco y no puede esperar a que vuelvas para hacerlo. La respuesta está clara: un hijo de puta.

Con aquella carta zanjó nuestra relación. Tuve que cambiar el viaje a Sri Lanka. Estaba demasiado hecha polvo como para hacerlo yo sola. Conseguí ir un año y pico más tarde.

Moraleja: me pregunto cuántas cosas de mi preciosa vida me he perdido por estar pendiente de los tíos, de las relaciones, del puto amor.

Cuántos partidos de fútbol de mis hijos no vi, aunque los viera .

Cuántas películas que acabé no podría decir de qué iban.

Cuántas comidas arruiné por no prestar atención a lo que estaba cocinando.

Cuántos libros leí sin enterarme de nada.

Cuántas conversaciones no seguí, aunque pareciese que sí.

Cuántos idiomas hablaría ahora si hubiera destinado «ese tiempo» a aprender, qué otras carreras habría estudiado

Cuántos meses, semanas, días y horas dediqué una concentración total a tíos que no valían nada, y que luego pasaron sin pena ni gloria.

Y me pregunto también cuándo decidí dejar de hacerlo. Cuándo decidí ser yo la que marcara el ritmo de mi vida y de mi estabilidad mental y no los hombres con los que me relacionaba. Sucedió sin darme cuenta.

De vez en cuando echo de menos ese desasosiego, como quien ha dejado el tabaco hace mucho y desea volver a fumar en cuanto huele el humo de algún cigarrillo perdido. Me quiere, no me quiere. Qué cojones importa eso ya, pero qué adictivo, qué rico estaba ese dolor.

Cuando mi exmarido se marchó de casa no hubo dramas. Como fue una salida anunciada y muy espaciada en el tiempo, el día que por fin cogió las maletas y se fue a su nueva casa, lo primero que hice fue ocupar con mi ropa la parte que había dejado libre en el vestidor. Eso fue exactamente lo que hice. Algo práctico. Y ahora no me parece tan malo. No sufrir no es malo. Solo es lo que se espera de nosotras en las relaciones amorosas. Ellos no lo esperan, somos nosotras quienes lo hacemos.

Pero la madre de todas las desolaciones por amor sucedió un par de años antes del episodio de Filipinas. Yo salía con un tipo del que

estaba muy colgada. No creo que estuviera enamorada, pero sin duda sí enganchadísima. Llevábamos como un año y medio y muy metidos en la vida del otro. Habíamos hecho viajes con nuestros hijos, conocíamos a las familias, etcétera.

Me dejó una mañana de domingo en una terraza de Tirso de Molina. Yo venía de comprar en el Rastro y traía un montón de bolsas verdes de plástico a cuestas con todos los trapos de euro dentro. Al poco de llegar, se sentó y me dijo a bocajarro que quería dejarme, sin rodeos.

—Me canso de todo —aclaró—. De los trabajos, de las casas, de las relaciones, pero te quiero y te querré siempre.

Nunca sufrí más que en los días y semanas posteriores a aquel episodio. Tan mal lo pasé que escribí un diario de desolación absoluta. Leerlo ahora me provoca un enorme desasosiego. Si pudiera, mataría a mi «yo» de entonces o le prepararía un baño caliente, le llevaría una infusión con un Orfidal a la cama y le diría una frase que me encanta y que vale para todo: «Ahora trata de dormir»... y mañana espabila, chica, porque no se puede ser tan gilipollas.

A eso que escribí y luego di un poco de «forma» literaria, vomitando todo el dolor que tenía dentro, le puse un título argentino en honor a la nacionalidad del imbécil que hizo trizas mi corazón y se lo echó a los perros.

Asado de entraña y vacío

Día uno

Echo de menos la sensación de abrir los ojos por la mañana y saber que existes, aunque no duermas conmigo.

Me despierto llorando, con un hueco en el estómago. Parece que hubiera un inmenso agujero en mis entrañas en el que ahora mismo me gustaría hundir mi mano y sacar algo viscoso.

No te odio, no me compadezco, simplemente aguanto el dolor como si me dieran latigazos en la tripa después de una indigestión. No quiero evitarlo. Lloraré lo que tenga que llorar. Ahora todavía no tengo tiempo de pensar. Solo quiero llorar.

La gata me mira con extrañeza, apoya su cabeza en mi cuello y, como en todos los momentos malos, no se separa de mí.

Casi preferiría que no me quisieras, así se explicaría todo. Duele aún más, porque dices que me quieres, y más aún, porque, a pesar de todo, yo me lo creo.

Me llama la atención que todas tus cosas fueran desapareciendo de mi casa. Ya no hay casi nada. Como sabiendo lo que iba a pasar, fuiste llevándotelo todo. Solo me queda un ventilador que me prestaste y tu cepillo de dientes.

Hoy borré tu corazón y tu frase de «te amo» de la pizarra de mi cocina.

Había comprado un armario de Ikea para guardar en casa tus cosas y las de tu hijo, y me gustaría devolverlo, pero no puedo. Tú tienes el tique.

He pensado que si me acostara con alguien ahora, me daría asco. En todos estos meses, nunca me fijé en nadie que no fueras tú. Tengo hipermetropía, no veo de cerca. Quizás ese fuera el problema: siempre estabas a menos de cinco centímetros de mí. Eso me impedía ver más allá.

Hoy, cuando salí un momento del trabajo para ir a tomar un café, vi venir a un mensajero con unas flores. Deseé que fueran para mí, como las que me mandaste un par de veces a la oficina. Supe que no lo eran.

La vida se ríe de ti con pequeños guiños como este.

Me gustaría que me cayera una maceta en la cabeza, quedar inconsciente y despertar dentro de un mes, pero si eso sucediera, el dolor sería el mismo al despertar.

Se me hace eterno el día sin hablar contigo. Lo malo no es que me hayas dejado. Lo malo es no saber nada de ti.

No paro de ir al baño. Es como si tuviera que expulsar todo el daño que me has hecho. Soy como los bebés, no hago más que cagar y llorar. Pero ellos, al menos, duermen...

Suena nuestra canción «You & I», de Wilco, y me pongo a llorar. Intento leer. Alguien viene a montar los muebles que compramos juntos.

Dice C. que cuando te dejan y te echan la culpa a ti, te quieren. Cuando te dejan y se echan la culpa a sí mismos, no te quieren.

Tú te echaste la culpa a ti.

Pocas veces te he escuchado decir mi nombre. Lo habrás dicho como mucho cuatro o cinco veces en estos meses. Me llamabas «amor». Cuando un día te pregunté cómo llamabas a tu exnovia, era lo mismo: «amor».

Todas somos «amor», algunas más que otras.

Si hay algo que me gustaba de ti eras tú todo entero. Era mirarte y quererte follar. Me encantaba tu sonrisa, tus ojos de chinito, tu barba en la que hundía mi mano, tu culo, duro como cemento armado, tus manos preciosas, los rizos de tu pelo. Como todos los guapos, eras presumido y vanidoso, perfectamente consciente de tu poder. Me daban ganas de decir: «Es mío. Jodeos todas».

Echo de menos tu olor en mi cama, alargar el brazo y que estés ahí, que duermas desnudo a mi lado, tu presencia en mi casa... Y solo ha pasado un día.

Te molestaba mucho cuando te preguntaba si me querías. También te fastidiaba cuando te preguntaba si eras feliz. La respuesta era no a las dos cosas.

No me querías y no eras feliz.

Día dos

Hoy me siento mucho mejor, como un oso que despertara a la primavera después de estar todo el invierno en una cueva. Me ha ayudado bastante ver tus posts en Instagram. Es curioso comprobar cómo, en realidad, no sabemos nada de la gente a la que creíamos conocer mejor.

Me despierto y veo que has publicado una foto que te hice en Oslo, cuando fuimos de vacaciones. Estás encantado de conocerte. Yo destrozada y tú entregado a las redes sociales.

A media mañana me entran ganas de llamarte. Te echo de menos. Normal, solo han pasado dos días. Por lo menos ya no lloro. He parado de cagar y llorar. Por algo se empieza. Como los enfermos después de un shock, puede decirse que estoy estable.

Te he escrito un mail y quiero mandártelo y, sin embargo, sé que no debo hacerlo. Eres tú quien tendrías que escribir para pedir perdón por haberme dejado así. Trabajo, leo el correo, lo quiero mandar, no lo quiero mandar. Mis tripas dicen sí, mi cabeza dice no. Comienza el mono, la parte más dura. Pero hay que pasarlo.

Me imagino cosas que no van a suceder: que estarás abajo en la puerta del trabajo esperándome, que llegaré a casa y te encontraré

en mi portal. En plan película, sí. Miro continuamente tu Instagram, a ver si has puesto algo que pueda interpretar o retorcer.

Esta tarde has dado like a algunas de mis fotos y me he ilusionado tontamente con que quizás me llamarías, quizás querrías hacerme el gran honor de hablar conmigo. Tiene gracia cómo funciona el cerebro cuando estamos heridos. Nos funciona como a pobres gilipollas.

Y luego pensé, pero ¿de qué coño va?

Y también pensé: que le den.

Que te den.

Que te den.

Procuro buscar gente que me anime a hacer lo que secretamente quiero hacer: llamarte o mandarte un mail, pero, claro, todos los que me quieren dicen lo mismo: «Que le den».

Esta tarde te odio y mi intención es empezar a hacerme a la idea de que no vas a volver. Me he empeñado en negarlo. Ahora veo que esto, efectivamente, va en serio y que tú, lejos de estar mal, pareces muy feliz con tu nueva vida sin mí.

Por la mañana he tirado tu cepillo de dientes al cubo de la basura y he quitado la foto de los dos que tenía en la habitación. La he roto en mil pedazos y el trocito de tu boca se ha quedado pegado en mi jersey. Puta electricidad estática.

Que te den.

Que me den.

Que nos den a los dos

... y que nos duela.

Día tres

De nuevo me levanto mal. Esto va por picos y valles, lo mismo que los horarios de la Renfe. Hoy sabía que la iba a cagar. Como los bebés, parece que no controlo los esfínteres, sobre todo los mentales. Tengo que cortarme los dedos. Mi hija dice que tengo los pulgares «pulidos» del WhatsApp. Me los miro, y es un poco verdad. Contigo he gastado todas mis huellas digitales.

Te mando un poema de Borges pensando que te va a conmover, pero me respondes con un: «Muchas gracias. Ya lo había leído».

Me quedo perpleja. ¿Y de lo nuestro cuándo se habla? ¿Dónde está el perdonportodoloquetehehecho? ¿Dónde está el «Te quiero y te echo de menos, pero es mejor así»? Me encuentro con una pared de hormigón. Ni siquiera preguntas cómo estoy. Me dices lo típico, lo que ya se ha oído tantas veces en la historia de la mediocridad: que no estás bien contigo, y que hasta que no estés bien contigo, no lo estarás conmigo, que te tienes que encontrar a ti mismo, que estás bien porque estás tranquilo.

Igual ya existe el copy paste de todo esto en algún lugar de internet.

Después te digo lo muchísimo que me estás haciendo sufrir, lo malísimamente mal que lo estoy pasando.

Por tu culpa, por tu culpa, por tu grandísima culpa.

Me pregunto dónde están ahora todos los «te quiero/te deseo/te necesito/no puedo vivir sin ti/pienso en ti, me caso contigo».

Lindabonitapreciosahermosa. Así me llamabas.

C. dice que tienes un bloqueo emocional, que no sabes gestionar las emociones y que aunque yo estuviera ahora mismo en coma ni te inmutarías. Seguirías jugando al tenis y buscándote a ti mismo.

Me dan ganas de hacerlo, de decirle a mi hija que te mande un mensaje: «Mi madre está grave en el hospital y pregunta por ti. Va a morir». ¿Vendrías?

En su lugar, nos vamos a Málaga. Voy leyendo poesías de desamor durante el trayecto para sentirme aún más miserable.

Te quiero, te necesito, pero tengo que olvidarte, y el plan me parece tan imposible como tirarme de este tren.

Encontraré una forma de hacerte volver, como dice Escarlata O'Hara. La gente como tú se aburre pronto de buscarse a sí misma y luego siempre le acaba apeteciendo follar.

Día cuatro

Me despierto y lo único que oigo en mi cabeza es «Hola, amor», «Hola, amor», «Hola, amor»... Así me contestabas tú al teléfono. Siempre me ha gustado fijarme en cómo coge la gente los teléfonos, el tono que emplea, las ganas o desgana que tiene de recibir esa llamada. Tu manera siempre era alegre y cariñosa.

Anoche me quedé hasta tarde buscando hechizos de amor en internet. No parecen complicados, así que intentaré uno, y si no vuelves al cabo de tres días, los haré todos a la vez. He leído que si se repiten mucho es magia negra. Cuanto más negra sea, antes volverás. Si hay que matar sapos y quitarles los ojos para echarlos a la pócima, yo lo hago.

¿Dependeremos todos del amor para salir a la calle o solo me pasará a mí? A otros parece que les llega solo con las gafas de sol y el móvil.

Igual que mi gata se conforma con comer pienso si no hay más remedio, y sobrevive, pero suplica y mata por una lata de atún, nosotras también podemos vivir solo a piensos, sin amor, pero suplicamos por nuestra lata de atún y haremos lo que sea por conseguirla: arañar, maullar... Esperar.

Pienso en tus manos y en tu olor. En todos estos meses nunca hubo ni un momento en que me olieras mal. Además del rey de mis lágrimas y el príncipe de mis tinieblas, eres también el tío que mejor me ha olido.

Mi hija está durmiendo a mi lado. Me fijo en su pequeño cuerpo moreno y elástico, aún por hacer. La siento respirar a mi lado y me inunda una ola de amor. Me duermo agarrada a ella, y su contorno me parece muy pequeño acostumbrada a dormirme abrazada a ti. Sin embargo, su olor me tranquiliza.

Recuerdo que me enfadaba si por las noches tú no me abrazabas en la cama. Me sentía sola aun durmiendo contigo. Lo malo es que no se puede reprochar nada a alguien que está dormido, si no, también lo haría. Quien te quiere de verdad, también te tiene que querer dormido, inconsciente y hasta muerto. Si no, ¿de qué coño va todo esto?

Esta tarde se me ocurrió el nombre para este diario: «Asado de entraña y vacío». Es justo eso. Tú has asado mis entrañas a fuego lento y todo lo que tengo ahora es vacío. Tanto que te gusta hacer asados... La próxima vez asegúrate de usar otra carne.

Estoy tranquila en la playa. El mar me calma. No paras de comentar mis posts en Instagram. Debes de querer ser mi «amigo». Yo me acuesto con casi todos mis amigos tarde o temprano, así que ya sabes lo que te espera.

Leo también que no haces más que jugar al tenis. Debe de ser algo compulsivo. El día que me dejaste también venías de jugar al tenis.

10:00: partido de tenis.

13:00: dejar a «amor» en una terraza de Tirso de Molina.

Me mandaste un mail para quedar y, como llevábamos sin hablarnos algunos días, yo te escribí: «Si vas a dejarme, prefiero en

casa. Siempre es mejor para llorar».

Lo escribí en broma. Pensé que jamás me dejarías después de un partido de tenis.

Pero eso fue exactamente lo que pasó. Match point.

Debí desconfiar antes, cuando muy al principio de lo nuestro, me dijiste que no te gustaban los Beatles. Alguien a quien no le gustan los Beatles no es trigo limpio. Te lo hubiese perdonado si te gustaran los Rolling, pero ni eso.

En realidad, no hay que querer a nadie; hay que hacer una especie de ensayo general de querer. Todo se puede acabar de la noche a la mañana, en cualquier momento, por cualquier razón, sin previo aviso. No hay seguro. No se puede pagar una cantidad mensual para conservar el amor intacto, en buen estado, para reemplazarlo por otro exactamente idéntico en caso de abandono. Con tantos adelantos, es asombroso que no hayan inventado ese seguro y la pastilla contra la resaca. Pero el desamor es justamente como la resaca. No tiene solución. Hay que pasarlo.

Me hubiera gustado decir que fue un alivio que lo dejáramos, que ya no podía más, pero, hasta muy pocos días antes, parecíamos bastante felices. No me di cuenta de que tú no lo eras. Nunca lo dijiste. Eras un autómata del amor fingido. Sin embargo, siempre tenía un nudo en el estómago, una intuición. Cuando te lo mencionaba, decías que eran imaginaciones mías, que siempre estaba pensando mal.

Yo sé lo que es que te digan «Te quiero» y tú en tu mente oigas «Te quiero dejar».

Al final, todos los putos refranes tienen razón:

Piensa mal y acertarás.

Cada oveja con su pareja.

No está hecha la miel para la boca del asno.

El tiempo, aunque sean pocos días, actúa como un bálsamo. Lo que parecía tan terrible ya no lo parece tanto, las ganas de meterme en un microondas y desintegrarme se van yendo. Ya no sé si quiero que vuelvas, casi no. Yo soy yo, sigo siendo yo, me siento una mierda, pero una mierda importante. Ya no me importa lo que te pueda pasar. Eres un huracán y, como dice la canción, me dejaste el corazón lleno de escombros y vidrios rotos.

Pronto pasará el camión de la basura y se llevará toda esta porquería.

Día cinco

Cada vez que me despierto tengo que asumir que te has muerto. Es la borrosa frontera que separa el sueño de la realidad. Cada mañana creo que todo ha sido una pesadilla y tardo diez segundos en darme cuenta de que todo es verdad.

Hoy tengo sentimientos encontrados. Casi diría que triunfa la sensación de alivio, de alivio de ya no estar con alguien como tú, que lo único que puede hacerme es daño. Tengo muchas ganas de empezar a vivir mi vida sin ti. Estoy esperanzada, lo cual ya es un comienzo. Todo esto lo pienso de mentira, pero parece verdad.

Comparto una canción en stories. Es una ranchera: «Que la vida te dé todo lo que merezcas, que te falte el aire, que te queme el silencio y que tus días se llenen de un desierto de abandono». Luego la quito. No quiero ni por un momento que puedas pensar que estoy pensando en ti.

Estoy pensando en ti.

A partir de ahora trataré de seguir a pies juntillas lo que dice John Waters: «Si no tienen libros en casa, no te los folles». En tu casa no

había ninguno. Te lo perdoné justamente porque follabas muy bien.

Cada vez me doy más cuenta de que cuando dos se juntan hay que compartir algo más que fluidos y químicas. Hay que compartir una misma sensibilidad.

Y tú, como sensibilidad, no me interesas.

Creo que el momento más feliz de mi vida fue cuando volví de aquel viaje a Bali y tú me estabas esperando en el aeropuerto, después de estar quince días enamorándonos por WhatsApp a miles de kilómetros de distancia. Debe de ser el más feliz de mi vida, porque no hay semana que pase sin recordarlo. Me agarro a esa imagen cuando, como ahora, me da por pensar que el amor no existe. No existe, pero hay instantes que se le parecen bastante.

Te recuerdo muy bien detrás de las barras, esperándome. Me pareciste aún más guapo que cuando me despedí de ti quince días antes, en aquella reunión de trabajo. Recuerdo esos primeros besos allí, en medio de la terminal, no podíamos ni caminar, era imposible, ni pagar el aparcamiento del aeropuerto, ni meternos en el coche, ni nada.

Cuando llegamos a mi barrio, recuerdo también varias cosas: la tarde que caía en un Madrid invernal, tú llevándome la mochila, el jet lag, mi jersey de lana gris, el calorcito de la calefacción en casa, la botella de Malbec que trajiste y nosotros revolcándonos en mi cama para, por fin, ver cómo éramos.

Los más felices de mi calle, así éramos. Con todo por delante.

Día diez

Vuelvo de la playa mirando el móvil cada dos segundos, a ver si has escrito algo, si me has mandado un mail. No puedo concentrarme en

el libro que leo. Estoy como un león en una jaula de un zoo de pueblo.

Que sí, que ya sé que la vida es maravillosa, que tengo una hija, que tengo trabajo, que tengo amigos, pero eso, por alguna razón, no me resulta ningún consuelo.

Me hace falta tu amor, tu puto y asqueroso amor contaminado.

Me quitaste la droga de golpe y te olvidaste de darme la metadona.

Tampoco quiero dedicarme a mí, ni hacer todas esas chorradas que dicen: dedícate a ti, lee, ve al cine, haz cosas que te gustan, busca nuevas aficiones...

Mi afición principal era follar contigo, ¿de dónde saco yo ahora eso?

Día once

Me las apaño para mantener el tipo en el trabajo. Aguanto las lágrimas durante ocho horas, pero cuando cojo el coche para regresar a casa, comienzo a llorar a mares. Es una inundación.

Voy a mi centro de salud a buscar algún tipo de pastilla que cierre este escape de lágrimas. La doctora está de vacaciones. Hay un becario al que seguramente nadie ha destrozado aún el corazón. Nada más entrar en la consulta me pongo a llorar de nuevo.

Nadie llora cuando va a pedir los Gelocatiles al ambulatorio. Me saca unos clínex.

—Es que me he separado, deme algo...

—Hay que pasar un duelo... es lógico... —dice él.

—Deme algo —repito—. Tengo una hija y no puedo estar así.

—¿Y cómo lleva su hija la separación? —pregunta.

El médico becario cree que eres mi puto marido, y yo le sigo el juego. Soy la típica mujer de mediana edad «abandonada» con una cría. Me da vergüenza decirle que no, que me ha dejado mi novio de diez meses, que las lágrimas son por los polvos que ya no voy a tener. Pero si le digo eso puede que no me recete los Lexatines. Prefiero representar el papel de esposa y madre abandonada.

Sigo sin poder comer. Antes de dejarme me sobraban dos kilos y los tenía que adelgazar. Siempre fui muy impaciente. Ahora estoy más buena que cuando estaba contigo.

Jódete.

Día D

«Quiero dejar la relación», me dijiste en la terraza de Tirso de Molina aquella mañana de Rastro.

Siempre te referías a lo nuestro como «la relación».

Te dije que vale, que entonces me iba a dedicar a acostarme con todos los tíos que pudiera, porque así me olvidaría de ti.

No me acosté con nadie, pero, eso sí, aquella frase me la hiciste pagar durante meses. Te habría encantado que esa misma noche me hubiera cortado las venas.

Ni hubo otros tan rápido ni me corté las venas.

—Pero ¿dejarla para siempre? —te pregunté.

—Sí, para siempre

—¿Pero no dices que me quieres?

—Sí, te quiero y siempre te querré.

No sé por qué, pero, en «nuestra relación», los restaurantes mexicanos jugaron un papel determinante. En la cantinita mexicana de mi barrio te llamé «bruto» después de que dijeras que la literatura universal eran las «pajas mentales de unos señores».

Hay que ser bruto, santo Dios.

Al día siguiente ya me quisiste dejar.

Después de anunciarme que me dejabas en la terraza de Tirso nos fuimos a comer a una cantinita mexicana de Lavapiés que me gustaba mucho y a la que nunca dejé de ir.

Mientras me mandabas a la mierda, yo seguía comiendo tacos de pollo con mole. Es muy raro que deje algo en el plato en los restaurantes, aunque me estén matando. Aquella vez también me lo comí todo. Taco de pollo con mole con lágrimas. Receta mejorada.

Pagaste tú.

Solo faltaría dejar a alguien y no hacerse cargo de la cuenta.

Día doce

Estoy en el trabajo y me tengo que ir. Me empiezan a temblar las manos y noto un peso horrible en mi cabeza. No puedo respirar. Estoy tan mal que cuando llego al barrio, conduciendo a duras penas, no me atrevo a subir a casa. Está la niña y no quiero que me vea así.

Me quedo un momento en el coche pensando a dónde ir. Por fin, decido tener un ataque de ansiedad e irme a urgencias. Por lo menos el hospital está cerca de casa. Es un plan como otro cualquiera.

Cuando estoy allí tirada en la camilla y me están dando el tranquilizante y haciendo el electro, se me ocurre una brillante idea: llamarte.

Quiero que vengas, aunque sea por pena.

A eso llegamos. A eso se llega.

Siempre me ha llamado la atención la gente que dice que no hay que arrastrarse. Yo me arrastro si hace falta. Yo me humillo si me da

la gana. Por alguien que valga la pena. O como es tu caso, por quien no la vale. Cada uno se arrastra por quien puede y quiere.

Tú bien vales mi pena, pero no vales la pena.

Y me arrastro como una gusana, si...

A veces pienso que da igual ser lista que tonta. También nosotras pensamos con el coño. Y además, ¿quién dijo que yo fuese lista, aparte de yo misma? Así es lista cualquiera.

Cuando llegas al hospital puedo ver en tu cara una sonrisa de satisfacción: ¿no eras tú la que decías que te ibas a follar a todo Madrid, pedazo de perra? Pues aquí te tengo, en urgencias.

Me acompañas a casa. A los cinco minutos de llegar, me dejas tumbada en mi cama, chutada de Orfidal, y me dices la siguiente frase: «Dejemos que el tiempo haga su trabajo».

Después te largas.

Y yo pienso en el tiempo, con un pico y una pala, haciendo su trabajo, cavando una especie de hoyo.

La niña está viendo Modern Family. *Oigo de lejos la tele mientras me quedo dormida.*

No sé si ha comido.

... Y entonces el Orfidal va y hace su trabajo.

Día catorce

Mi hermana y mi madre tienen que venir de muy lejos al rescate de su hija y hermana moribunda. Mi madre no quiere venir, pero mi hermana debe de tener miedo de que haga cualquier barbaridad.

La tarde que llegan vamos al Retiro a dar una vuelta. En cuanto veo a las echadoras de cartas al lado del estanque no lo puedo evitar. Son diez euros. Hay que elegir un tema: salud, dinero o amor

Salud, no me interesa, ya tengo.

Dinero, no me interesa, ya tengo.

Va a ser que voy a preguntar por el puto amor de los cojones.

—Buenas, vengo para ver lo del amor, lo de mi amor.

Tras muchas barajadas y cortes, la bruja no lo ve claro. Me obliga a hacerlo una y otra vez. Me tiene allí mucho rato. Demasiado para los diez euros.

Me dice que tú por lo visto vas a volver, pero no ahora. Hay que esperar.

—Dale tiempo. Él volverá —sentencia la bruja.

—¿Cuándo va a volver? Dígame el día, la hora. Le daré todo lo que tengo.

Dice que no sabe, que el futuro es incierto.

Luego me tomo una caña. El efecto del alcohol es lo único que no es incierto. Al menos, hay algo que no decepciona en esta vida.

Mi madre y mi hermana, que beben horchatas, se encargan de decirme las cosas que debo oír:

—Es malo.

—Está mal de la cabeza.

—Que le den.

—Que le jodan.

—Está desequilibrado.

—¿No te das cuenta de que ya no te quiere?

—Es un duelo. Hay que pasarlo.

—Nunca me fie de él. Era un soso, muy guapo, pero muy soso.

—Te vas a poner enferma.

—Sí, es todo eso, me va a pasar todo eso, pero por lo menos no bebo horchata como vosotras. Y, además, para que lo sepáis, creo que aún le quiero más siendo así tan malo que cuando me quería.

Lo que más mola es sufrir. Nadie lo puede entender más que quien lo ha vivido.

Cuanto más te odio es cuando más ganas tengo de follarte. Quiero follarte, arañarte, escupirte, besarte, empujarte. Quiero matarte, y después hacerte revivir a polvos.

Quiero darte una patada en los huevos y después hacerte la cura.

Es como todo.

Todo es como todo, si lo piensas.

Día quince

Nos plantamos en el pantano de San Juan con la niña y las perras. Ese es el plan. Es la primera vez que vamos, y nos parece como una playa quinqui. Nos bañamos. En algún momento se me empiezan a caer los lagrimones. No es que piense en ti. Ya caen solos, se han acostumbrado. Mi madre me da mi bocata de pavo en papel Albal y un Lexatín. Dice que hay que llevarlo siempre encima.

No sé si se refiere a «tomado» o en el bolso.

Para llegar al pantano pasamos por tu pueblo.

Eres de pueblo, pero disfrazado de moderno, de ese tipo de personas que hay en los pueblos que cogen los gatitos de una gata recién parida, los meten en un saco y los tiran al río.

El caso es que nunca supe ir a tu casa. Me daba miedo. Estaba muy lejos.

Unos días antes de que me dejaras empecé a ir yo sola en el coche. Estaba orgullosa de mí, pero solo llegué a ir dos veces. Me hace gracia cómo es la vida. Tantos meses sin atreverme, y cuando por fin voy, resulta que ya no tendré que ir más.

Cuando fui a tu casa la última vez ya sabía que sería la última vez.

Es curioso cómo, a veces, presentimos los lugares a los que no volveremos jamás.

Siempre añoro las casas de la gente, incluso más que las personas que dejo en ellas.

Siempre me gustaron las casas de los otros.

Creo que hay ocasiones en las que me enamoro solo para estar en casas ajenas.

Día dieciocho

Estoy en el trabajo y a media mañana salgo a tomar algo. Me llamas. Por primera vez en todos esos días, me llamas y me preguntas qué tal estoy. Muy bien, digo. De miedo. Nunca he estado mejor. Me dices que ya hablaremos, que tú también estás mal. Al llegar a la oficina me empieza a pesar la cabeza. Todo me da vueltas. Me hormiguean las manos. Tengo que entrar en el despacho de la jefa a decir que otra vez me voy a casa.

Otro puto ataque de ansiedad.

Día veintidós

Voy a acupuntura y me siento mucho mejor. Las agujas tienen el poder de elevarme sobre la mierda en la que has convertido mi vida. Por primera vez en mucho tiempo, me siento bien. Medio bien. Ese día, justo ese, apareces por el trabajo. Te jode no verme hundida.

Bajamos a tomar una Coca-Cola. No lo puedo evitar y te salto al cuello, pero no para ahogarte, sino para besarte.

—Quedemos para follar, pero no hoy —me dijiste—. Hoy ya he quedado —me dijiste—. Follar contigo es lo único que echo de menos de ti, pero te quiero y siempre te querré —me dijiste.

Entraña y vacío. Entraña y vacío e hígado. Liviano. Entresijos y gallinejas.

Te inventas salidas que no haces para darme celos. O quizá sí sales y te acuestas con otras. Te metes en Tinder para buscar nuevos ligues, y me lo cuentas, que has quedado con una, con otra... Me lo explicas todo, y la verdad es que yo lo quiero oír. Hubiera podido soportar todo con tal de no dejar de saber de ti.

Dame algo, payo. Dame más vitamina.

Yo también me meto en Tinder. Nos matcheamos *y nos mandamos mensajes dañinos por el chat. Como nos tenemos bloqueados en el móvil, en el Facebook y en el WhatsApp, encontramos en el chat del Tinder un siniestro resquicio a través del que podemos hacernos más daño. ¿Cuántos matches tienes tú? Yo diecisiete, ¿y tú? Yo veinticuatro.*

Y yo lo soporto. Y hubiera soportado mucho más.

Un día vienes al trabajo y salimos a comer. Tienes conmigo una actitud distante y chulesca. Mientras me como una lubina achicharrada, te pregunto si te has acostado con alguien.

—Sí, me he acostado con otra.

—¿Cómo has podido? —pregunto—. No hace ni un mes que lo hemos dejado

—Se me puso dura y se la metí. Así fue como pude —contestaste.

Y yo escucho y aguanto, trago lágrimas y aguanto. Me clavo una espina de la lubina aposta en el paladar y aguanto.

Tus ojos negros me resultan tan ponzoñosos como un pantano lleno de cocodrilos y mierda, pero, aun así, no te puedo quitar la vista de encima. Ya lo dice la canción: «Can't Take My Eyes of You».

Párenlo por favor, quiero bajar de la atracción. Me da miedo. Quiero que pare.

Te entretienes machacándome por el medio que sea. Si tenemos el WhatsApp o el teléfono bloqueados, utilizas el mail. Cualquier cosa. Raro es el día en que no nos comunicamos para hacernos daño por algún medio. Infligirnos dolor a granel se convierte en una rutina tan sagrada como desayunar o cepillarse los dientes.

Empiezas a barajar la idea de quedar conmigo para acostarnos, y yo, lejos de indignarme, me muestro encantada con la idea. Cualquier cosa con tal de estar contigo. El amor propio solo son dos palabras separadas, amor y propio. No les veo el sentido juntas. Tampoco separadas.

Aunque queremos vernos, no acabamos de concretar porque siempre terminamos discutiendo. Es una lucha de fuerzas. A ver quién cede. A ver quién hace sufrir más a quién. A ver quién es el maltratador y quién el maltratado.

Pero la maltratada siempre soy yo.

—Quiero ser tu follamigo —sueltas.

—Si quieres follamos, pero tú no eres mi amigo —te contesto. «Tú eres mi amor», pienso.

Trato desesperadamente de salir de este callejón sin salida de la única manera que conozco. Intentando liarme con otro. Lo hago, pero no consigo mucho. Más bien obtengo un efecto rebote. Es curiosa la sensación de acostarse con una persona cuando se quiere a otra, cuando estás perdidamente enganchada a otra. Pobres comodines del público. Usados para olvidarnos de otros. Y ellos sin saberlo.

Al día siguiente me llamas y quedamos. Voy corriendo.

Cuando mi amo me llama, yo voy.

Nos vemos, pero me tratas con enorme desinterés y hasta con cierto desprecio. Caminas delante de mí, no me esperas, casi no me hablas. A veces consigo que me roces la mano, que me pases tu

brazo por encima del hombro. La perra se conforma con migas de pan. Ni siquiera pide huesos. Me das un beso. Entonces recuerdo los besos de antes, de cuando se suponía que me querías.

Me quiero morir, pero no ahora. Ahora estoy contigo.

Un amigo me dice que te ha visto en un bar con una tía que se parece a mí.

Bueno, por lo menos se parece a mí. Eso debe de significar que aún me quieres.

La vida sigue su curso mientras nosotros hacemos planes para follar.

Y follamos. Recuerdo bien el día. Aquel fue nuestro mejor polvo. Todo un despliegue de pasión y habilidades. Cuando se mezclan el amor, el deseo, el odio y el sufrimiento se echan los mejores polvos, los más intensos. Ese día yo estoy enferma, con fiebre, pero incluso así, saco fuerzas para arreglarme bien. Quedamos en una estación de metro y tú me pasas a buscar. Vamos a tu casa. Follamos por las escaleras de tu dúplex, follamos por todos lados y luego nos metemos en la bañera y tú me lavas en el pelo como en Memorias de África*. La casa está llena de velas encendidas.*

Son polvos dañinos, polvos mortales y desesperados. Polvos que parece que salieran de lo más profundo de la tierra, de la boca apestosa de un lobo. Los mejores.

Día ciento dos

Me doy cuenta de que si sigo así quizás me pase algo, pero algo grave. Morirme, por ejemplo. No digo que me vaya a suicidar. Pero podría morirme por ir despistada y cruzar la calle leyendo un mensaje tuyo o cualquier cosa del estilo.

Voy a una fiesta y, tras mucho tiempo, por fin encuentro a alguien que me gusta. Quedamos para vernos otro día.

Te mando un último mail. El definitivo. Te digo que ya está bien de sufrimiento. No me escribas más. No quiero saber más de ti a partir de este momento. Me rindo. Lo dejo.

No te escribo más.

Me preparo para pasar el fin de semana con el otro, el sustituto. Ya está. Por fin he sido capaz de acabar con esto. Me siento contenta y orgullosa de mí.

Estoy en casa haciendo bonito con tomate. Es tarde, casi las diez. La niña está en el salón. Llaman a la puerta. Salgo a abrir con la espumadera en la mano y el trapo y te veo ahí plantado en mi puerta. Lloras desesperado. Me pides perdón y te arrastras.

El bonito con tomate se me queda frío.

Después te meto en mi cama y te consuelo como a un niño pequeño.

—Quiero hacerme viejito contigo —me dices—. Nunca más te voy a dejar.

Día ciento ochenta

La segunda vez que me dejas estoy comprando una aspiradora en el MediaMarkt de Castellana. Es el Día del Padre.

—Dedícate a algo en tu vida que no sea yo —me dices por teléfono.

—Ya lo estoy haciendo. Estoy comprando una puta aspiradora —te contesto.

Me doy cuenta de que los momentos cruciales de nuestra vida siempre suceden haciendo cosas cotidianas, en entornos más bien domésticos. Todas nuestras grandes cosas pasan de la manera más

normal. Mucho más normal de cómo pensamos o fantaseamos. Eso le quita un poco de vistosidad a la vida.

Nos falta atrezo y nos sobra dramatismo.

Día doscientos veintisiete

Quedamos para que me devuelvas las cosas mías que aún tienes en tu casa. Me cuesta trabajo. Es lo único que me une a ti y me quieres chantajear con eso.

Día doscientos setenta

Empiezo a creer que estamos en paz. Te recoloco en el lugar que te corresponde, organizando un poco mis vísceras, encogiendo algunos órganos, aplastando otros. Por fin te quedas quieto.

Me apunto a clases de meditación, pero no medito mucho.

Ya casi nunca pienso en ti, únicamente cuando me cuesta tener un orgasmo o cuando me duele algo.

Pero quizás sea en ti en quien piense cuando esté en las últimas. Quién sabe.

V

RESACA



29

QUÉDATE CON QUIEN TE HAGA UNA SOPA

Conforme voy haciéndome mayor, cada vez valoro más a las personas (y también a las parejas) que poseen dos cosas que antes despreciaba o no me parecían nada sexis: una es la capacidad para la alegría y la otra, la bondad.

Cuando éramos jóvenes, nadie en su sano juicio quería salir con un tío que fuera alegre y buena persona. Eso era de pringadas.

Sobre la bondad, aunque me parecía admirable, no la valoraba en los hombres porque me parecía tibia e insulsa, como de «débiles» o pusilánimes. Decir que alguien era «muy buena persona» era poco prometedor o la cualidad que contrarrestaba el que fuese feo. En cuanto a la alegría, me parecía una falta de profundidad, como de simples. Solo los tontos están siempre alegres. Eso debía de pensar yo por aquel entonces.

Resulta que estuve años casada con una persona buena y bastante alegre sin darme cuenta, porque no tenía con quién compararla, pero, cuando me separé, cambié completamente de tercio y pasaron a gustarme los tíos sobrados, bordes y chulos. No sé muy bien por qué, pero así fue. Los que me daban caña. Encontrar a alguien bueno y amable no era, desde luego, mi objetivo. Quizás porque

cuando una se separa busca justamente lo opuesto a lo que ha tenido.

Más tarde me cansé del perfil de chulo follador (que me dio un resultado penoso) para pasar a buscar intelectualoides con ínfulas, que es casi lo peor después de asesino en serie que puede ser una persona humana.

Lo de la intelectualidad y el nivel cultural hace ya tiempo que me importa tres pitos. Después de descartar durante años a muchos tíos por no tener un nivel cultural que llegase al aprobado raspado, he comprobado que eso no es relevante. Que una no se pasa el día discutiendo de filosofía o literatura y que la «cultura» no es solo la nuestra, sino que hay gente que te puede enseñar otras cosas de lo más variadas, como la pesca con mosca o las constelaciones, aunque piensen que Borges es una marca de nueces. El caso es que les interese alguna cosa, que malo será, como dicen en mi tierra.

Lo verdaderamente importante no es tener un montón de «red flags», como se les llama ahora, sino que nos quieran bien, y que nos quieran a la medida, como nosotras necesitamos, no a granel. Porque hay que customizar esto del amor a cada receptor. La fórmula magistral es específica para cada persona y con los ingredientes adecuados a ella y a su personalidad e historia vital.

Lo importante es que te quieran bien, con espacios por donde circule el aire y con suavidad, como si te echaras una rebequita de punto sobre los hombros en una noche fresca de verano.

Pero no siempre opiné de esta manera. Hasta hace no tanto tiempo tendía a confundir el amor y el deseo con el drama y la intensidad. Creía que querer a alguien era perder el equilibrio y los papeles, discutir, arder, follar, necesitar desesperadamente, estar siempre en la montaña rusa, en caída libre. También que la

intensidad valía mil veces más que la calma, que la calma era un auténtico coñazo.

Pero, a base de ensayo y error, he ido aprendiendo que el amor no necesita de tanta tormenta ni fuegos artificiales y sí de más ternura, otra palabra que nos daba muchísima grima usar. Nadie quería a un hombre tierno y dulce, por Dios santo.

He ido comprobando que el amor no se demuestra sufriendo ni tampoco mendigando migajas de afecto, sino quedándose ahí detrás de la puerta (aun cuando te echan). Que, en el fondo, puede ser más erótica la mirada que te calma y te reconforta que la que te moja las bragas.

Prefiero a quien me prepara una sopa cuando estoy enferma, me escucha toser, se queda sin manta para que yo me tape... a echar el polvo del año y que me llamen después a un Uber para que me largue.

Que me pregunten si llegué bien a casa antes que un prometedor, pero incierto, «te quiero follar» en la barra de algún bar.

Una conversación que me tranquilice antes que una disertación intelectual que me vuelva la cabeza loca.

Un amor que me cuide la fiebre y me deje, sin que yo la pida, la mejor parte del pastel, la última copa de vino; alguien que me diga que me quiere mucho, en vez de «te quiero» a secas, y no se canse nunca de escuchar mis tonterías.

Eso, hablando en general.

Hay algunos días al año, no sé cuáles, no sé por qué, que me gustaría lo otro... lo que antes quería y ahora digo que ya no.

30

El amor es lo que sucede mientras buscamos el amor

Invertimos una cantidad obscena de tiempo y energía buscando el gran amor que nos cambie la vida. El amor supremo, el definitivo, el que lo pondrá todo en orden, el que, por fin, nos dará la razón.

Pero, mientras tanto, el amor sucede en otra parte, en esos microamores que nos parecen mediocres, descartamos con desdén, y que vamos acumulando mientras esperamos algo mejor.

Los grandes amores casi nunca se presentan como tales y el gran amor no aparece como una catedral iluminada al final de la calle. Más bien se asemeja a algo que, al principio, no impresiona demasiado. En ocasiones ocurre cuando coges uno de esos amores que no prometían nada y decides mirarlo sin desprecio y hacerle el upgrade a gran amor a través de un enorme ejercicio de voluntad.

Nos pasamos la vida buscando cosas que sabemos perfectamente que no vamos a encontrar. Y, aun así, insistimos. Nos gusta creer que ese amor de película llegará, que no solo se presentará, sino que nos salvará y nos transformará. Vestimos de grandiosas cosas que no lo son en absoluto. Y luego nos damos cuenta de que tampoco era para tanto.

No sé si alguien, en algún momento, deja de esperar lo extraordinario. Tal vez cuando se es muy viejo, pero incluso entonces se espera la gran explosión final, la de la muerte, ese túnel

famoso del que todo el mundo habla y del que nadie vuelve con reseñas.

La vida se nos va gastando, y mientras andamos entretenidos creyendo que llegará lo excepcional, se nos pasa lo esencial. El poema «Ítaca», de Kavafis, lo explica bastante mejor y con menos palabras.

No existe el gran amor. Existe la gran mirada. Para que alguien sea tu gran amor, también hay que querer que lo sea. Es como tirarse a un mar salvaje sin saber nadar confiando en que alguien que tampoco sabe nadar te va a salvar.

Nunca aspiré a tener un amor para toda la vida. Me aburriría. Prefiero querer a mucha gente —aunque sea en distintos grados— y que mucha me quiera a mí. Querer a una sola y única persona es poco. Hay mucho tiempo en una vida y mucho a dar y a repartir. Mis momentos placenteros o de felicidad o plenitud no tienen por qué suceder ni haber sucedido con personas que conozco desde hace mucho tiempo. No necesito el peso del pasado o de la historia común o la costumbre. Podría habituarme a alguien en cuarenta y ocho horas, quererle durante ese tiempo y luego seguir mi camino. El gran amor también puede ser efímero.

Donde ahora escribo esto, en Brasil, los desconocidos se enamoran en apenas los diez minutos que dura el Forró que están bailando. Se miran a los ojos, juntan sus caras, aprietan sus cuerpos y los sincronizan al milímetro. Durante ese tiempo se entregan el uno al otro. No hay «nadie más». Cuando acaba la canción, se despiden y van en busca de otra nueva pareja con la que bailar. Pero hay veces que ocurre algo especial y se quedan un poco más... bailan dos canciones y es en ese instante donde sucede «la magia».

Durante mi vida, yo me encontré a un amor así, de golpe, como si fuera una catedral. Pero fue porque yo le quise ver de esa manera,

lo necesitaba. Hace ya tiempo que dejé de buscar el amor definitivo. Sé que está en todas las personas que me han querido, me quieren y todas las que me faltan por querer. Con esos ingredientes hago yo el «amor de mi vida».

Efectivamente, no hay amor de mi vida. Es más bien amor durante una vida...

Dicen que una persona besa a una media de veinticinco personas a lo largo de su vida, y yo, la verdad, creo que deberíamos aspirar a más.

31

En defensa de las venganzas

Siempre he estado súper a favor de las venganzas en el amor. ¿Por qué razón alguien que te ha jodido y ha hecho daño —a veces intencionadamente— se va a ir de «rositas»? Me refiero a venganzas sutiles; tampoco hace falta convertirse en el conde de Montecristo, cometer delitos de sangre o contratar a unos rumanos de esos que dan palizas, aunque en algunos casos qué bien nos hubiera sentado hacer algo así. A mí, amenazar, por ejemplo, me encanta, porque no hay que hacer nada, solo hablar, pero qué miedo dan algunas.

Hay venganzas muy negras, dignas de una novela de Patricia Highsmith. Por ejemplo, la madre de una amiga mía, una vez le cocinó a su marido almejas a la marinera, pero sin el bicho dentro, solo las conchas. Y se sentó a comer con él. Me parece que el pobre señor no se atrevió a decir nada y se quedó allí, sorbiendo la salsa con las conchas. Creo que comprendió que algo había hecho mal.

Hace muchos años, cuando trabajaba en una famosa revista de moda, apareció una caca en medio del baño de las chicas. No en los váteres, sino en todo el medio del baño. Eso, obviamente, escondía también algún tipo de venganza secreta.

Una cosa muy entretenida, cuando alguna lo pasa mal, es sentarse con las amigas mientras te bajas varias botellas de vino e ideáis maneras de joder, machacar, ridiculizar o hundir la reputación del capullo de mierda que te ha hecho daño. Cuando te vas a casa,

parece que lo has hecho y todo. Es una especie de *mindfulness* maligno.

En Galicia, y más aún en Latinoamérica, son frecuentes los «amarres de amor», que no se usan solo para atraer al ser amado, sino también para perjudicar al o la que te ha hecho daño.

Cada uno ha de vengarse según sus aptitudes y posibilidades, que a veces son ambiciosas y otras muy pequeñitas, pero las minivenganzas también están bien, uno se queda muy a gusto, como si hubiera hecho justicia —la suya, claro—, pero hay algo liberador en sacar el dolor *pa fuera* y lanzarlo como un frisbi.

La venganza, para que sea efectiva, ha de ser inesperada, es decir, hay que dejar pasar un tiempo y ejecutarla cuando esa persona ya no se lo espera (incluso cuando se haya olvidado de que tú existes). Esas son las mejores.

Yo hago pocas maldades, aunque pienso muchas, pero las dejo ahí, en el terreno de las fantasías. Cuando quiero joder a alguien lo saco en un libro, y ahí me despacho a gusto.

Normalmente, solo aparecen o me sirven de inspiración personas con las que me lo he pasado muy bien o aquellas que me lo han hecho pasar mal. El resto, que son la mayoría, no salen, porque lo mediocre o lo del montón pues no es susceptible de convertirse en un personaje de novela, porque no interesaría nada.

Pero vengarse tiene un aspecto negativo: ya el mismo acto implica que te importa demasiado esa persona. Si lo haces es porque, sin lugar a dudas, estás rabiosa, despechada, etcétera. Bien cierto es que la venganza mayor es el silencio total, la desaparición. «No hay mejor desprecio que no hacer aprecio». Pero a menudo simular que las cosas te dan igual cuando te mueres de la rabia es sencillamente imposible. El éxito en la vida parece depender de reprimir justo lo que quieres hacer o hacer lo contrario.

Una pequeña venganza que todas hemos hecho, incluida lady Di con su famoso «vestido de la venganza», es arreglarnos más de la cuenta y aparecer espectaculares cuando quedamos con un ex que nos ha jodido o dejado por otra. Esas pequeñas triquiñuelas producen hasta ternura y la verdad es que no hacen dañan a nadie.

Cuando me han echado de algún trabajo, siempre he tenido ganas de vengarme. De mandarle postales periódicas a alguna hija de puta envidiosa con mensajes aterradores, o enviar a la recepción quince pizzas familiares extra de piña, cosas pequeñas, pero que provocarían una suerte de satisfacción personal.

Por norma general, quien se relaciona con un escritor acaba como personaje en alguna de sus novelas. La gente debería salir pitando cuando trata íntimamente con uno de nosotros, porque, en cuestión de un año o dos, pueden verse en un periódico o satirizados hasta el ridículo... o, al revés, convertidos en héroes de algún tipo.

A los que te han tratado mal da un gusto enorme ponerles a caldo en la ficción y atribuirles cualidades exageradas que ellos no tienen para que cuando se lean se vean aún más agraviados.

Cuando me abandonó el argentino (que ya he mencionado aquí), me di cuenta de que se había llevado todas las cosas de mi casa, excepto una: se había dejado una copia de sus llaves. Fantaseé mucho durante aquellos días con posibles venganzas que podría llevar a cabo, en caso de tener los ovarios y las ganas de hacerlo. Lo que sucede es que las venganzas en las películas y libros resultan grandiosas, pero en la realidad nuestros intentos suelen ser más bien cutres. En la mayoría de las ocasiones sale más a cuenta olvidar que vengarse.

Pero la mía salía bien, precisamente porque era una venganza ficticia, y a esa historia le puse por título

Plato frío

Cuando llega a casa del trabajo es casi medianoche. Ha sido un día duro, así que ha cenado algo rápido en la oficina. Está muerto de cansancio así que, sin encender las luces de la casa —solo la de la escalera que sube a la parte de arriba del dúplex—, pasa por el baño con la intención de hacer pis y meterse directamente en la cama. Ni siquiera tiene energías para lavarse los dientes.

Entonces lo ve en el espejo del lavabo. Ella ha dejado un corazón pintado con lápiz de labios, como hacía antes de vez en cuando. Pero es que «antes» le hacía gracia. Ahora ya no. «Ya sabía yo que el polvo de anoche iba a traer cola. ¡Cómo lo sabía! ¿Por qué no dejaré la polla quieta?», se recrimina mentalmente.

Mañana lo borrará. Ahora está muy cansado. Y hablará con ella. Lo mejor sería un wasap para dejarle las cosas bien claras. Pensó en lo que le diría: «Se acabó, y si nos acostamos ayer es porque a los dos nos apetecía, pero esto acaba aquí. Ya terminó hace meses y lo de ayer fue un error. Por favor, te pido que me respetes y no me contactes más». Algo así le diría.

Le incomodó acabar un día tan agotador con esos pensamientos «molestos». Ya no quería ocuparse más de ella; le fastidiaba saber que había sufrido por él, que aún lo hacía.

Le costó quedarse dormido. No las vio.

Amor se vistió, nerviosa, en la habitación que había echado tanto de menos durante los últimos meses. Era una sensación rara encontrarse allí de nuevo después de tanto tiempo. No sabía ni las veces que se había acordado de aquellas cuatro paredes: el techo abuhardillado, la luz entrando por la ventana de Velux, las plantas, la cama —mucho mejor que la suya—, los espejos, el banco de

abdominales, las fundas nórdicas y las almohadas siempre mullidas... Pero las circunstancias habían cambiado. Ahora ya no se sentía en su territorio y protegida como solía, sino más bien como una invitada non grata. *Alguien que busca las bragas debajo de la cama y se tiene que ir por la puerta de atrás, sin hacer ruido.*

Pensó en abrir todos los cajones y buscar los rastros de otras mujeres, las que seguro habían estado allí después de ella: probablemente encontraría algún camisón, algún tanga olvidado. No lo hizo. No le daba tiempo.

Él se había marchado un par de horas antes para irse a trabajar. Amor insistió en quedarse un poco más durmiendo:

—Tengo una resaca espantosa y unas ganas horribles de vomitar —le había dicho.

Él accedió a regañadientes.

—Con tal de que no estés cuando vuelva —le pidió con sequedad.

«Yo no voy a estar, pero ellas sí, hijo de la gran puta», pensó ella.

La noche anterior se habían acostado. Claro que sí. Quien tuvo, retuvo. Donde hubo brasas quedan rescoldos. Nadie rechaza un buen polvo. Ni siquiera él. Mucho menos él. Aquel era precisamente su punto débil.

Después de muchos meses sin verle ni hablar con él, por fin se atrevió a llamarle para pedirle sus cosas.

—Pásate a buscarlas por casa esta noche, si quieres —dijo él—. Yo no tengo tiempo de llevártelas. Y nada de reproches —la previno—. No estoy dispuesto a que me vuelvas a insultar.

—No te preocupes —mintió ella— Hace ya tiempo que me olvidé de lo nuestro. Ya no hay nada que reprochar, ni siquiera tu forma de dejarme. Me hiciste un favor. Además, estoy con otro.

Se arrepintió de decir esta última frase que, además de ser mentira, era típica de mujer despechada y absolutamente obvia.

Llegó a la casa de él sobre las nueve, despreocupada y sonriente, vistiendo un despreocupado vestido negro ajustado y los despreocupados tacones que a él le gustaban.

Una hora y media después estaban en la cama, tal y como ella había previsto.

No le costó mucho quedarse a dormir. Él vivía en un pueblo a veinte kilómetros de Madrid y se habían bebido una botella de vino y dos gin-tonics. Su crueldad no llegaba a tanto como para mandarla borracha a la carretera. No lo hacía por ella. Lo hacía por él. Si ella se mataba, sería culpa suya. Y eso sí que no.

Aquella mañana, en la plaza del pueblo y entre todos los demás, un Mini aparcado que no es de allí. La poca gente que pasa lo mira con curiosidad, por llamativo y porque los vecinos se conocen de memoria todos y cada uno de los coches. Dentro están los dos transportines tapados con unos trapos con los animales haciendo ruido. Por suerte, no hace calor; de otra forma hubiera sido imposible dejarlas ahí toda la noche. Cuando Amor llega a por ellas, advierte con repulsión el hedor dentro del coche. Algunas se han cagado y meado. Pesan como condenadas. Menos mal que entre el coche y la casa solo hay unos pocos metros.

Apenas había tenido una mañana para prepararlo todo. Fingió estar enferma y llamó a la oficina para decir que no iría a trabajar y que al día siguiente quizás tampoco, dependería de cómo se encontrase. Entonces empezó la «carrera» a contrarreloj para hacerlo. Primero decidir el qué. Qué hacer. No iba a tener otra oportunidad. Durante aquellos meses había pensado en muchas cosas, pero todas se le quedaban «cortas», y sobre todo, no veía

cómo ponerlas en práctica. Todo lo que se le ocurría era demasiado complicado.

Por suerte, se había quedado con las llaves de su casa. Era raro que él no se hubiera dado cuenta, que no se las hubiese pedido. Lo primero que pensó fue en desvalijarle, pero le hubiese resultado demasiado caro y luego habría tenido consecuencias.

Entonces, la idea final le vino a la mente como una ráfaga maligna, pero la desechó por parecerle imposible. ¿De dónde las sacaría? ¿Se atrevería a manejarlas? Como casi siempre, encontró la respuesta al alcance de su mano, en internet.

«Vaya marrón —piensa Alejandro al despertarse y ver a Amor dormida a su lado. Se acuerda fugazmente de las copas y el polvo de la noche anterior—. Me cago en la puta».

Intenta despertarla zarandeándola sin muchas contemplaciones, pero ella parece estar como un tronco. Cuando por fin consigue hacerle abrir los ojos, le dice que le duele horriblemente la cabeza, que va a vomitar, que la deje estar «un par de horitas más durmiendo» y que luego se irá. No tiene que ir a trabajar porque se ha pedido el día.

«No me hace ni puta gracia dejar a esta loca aquí dentro —piensa él, pero accede, más que nada porque tiene prisa—. Con suerte, hoy me la quito de encima ya definitivamente». De todas formas, por si acaso, se lleva su MacPro de cuatro mil euros. «Esta es capaz de darle con un martillo».

Coge el coche rumbo a Madrid y por el camino se pone a los Pet Shop Boys a todo volumen. Como siempre que lo desea, piensa en otra cosa. El trabajo y las ocupaciones hacen que se olvide de ella durante todo el día hasta la noche, cuando llega a casa y ve el corazón dibujado con lápiz de labios en el baño.

Contrariamente a lo que Amor piensa, las ratas son relativamente fáciles de adquirir. Las hay vivas de todos los tamaños y también congeladas. Se utilizan de alimento para reptiles y serpientes, para los circos. Nunca lo hubiera imaginado. Lo de comprarlas congeladas y envasadas al vacío es aún más sibilino y perverso y sobre todo más asqueroso, pero las vivas siempre darían más juego.

Después de contactar con varias empresas, se decide por una, y encarga el pedido por teléfono:

—Lo único que me las tengo que llevar al mediodía. Trabajo para un pequeño zoo ambulante de verano y las necesito para nuestras serpientes —explica—. Apártenme media docena, o mejor ocho, pero del tamaño más grande. ¿Cómo me aconseja trasladarlas? ¿Un par de transportines de gato estarán bien? Querría también dieciocho al vacío, de las congeladas —añade—. Si me las puede poner en una bolsa térmica, sería lo mejor.

Tiene que ir hasta Ajalvir a por ellas. Le resulta difícil dar con el sitio. Se pierde. Llora de impotencia. Quiere volver y olvidarlo todo. Pero llega, claro que llega, «por mis ovarios», piensa.

Entrega los dos transportines para que el empleado se las meta dentro.

—¿No quiere verlas? —pregunta él.

—No —contesta ella—. Mejor no, me dan un poco de grima. ¿Son grandes?

—Son enormes, de las más grandes que hemos tenido —aclara el hombre.

Ella siente un estremecimiento.

—¿Qué comen? —pregunta.

—Más bien se las van a comer a ellas, ¿no? —replica el otro con una sonrisa siniestra—. Si no quiere que le den la lata en las

próximas horas deles esto. —Y le tiende un pequeño paquete de piensos. —Finalmente, el hombre le da las dos jaulas y también una caja-nevera con las congeladas, y le advierte—: Aguantarán bien unas cuatro horas; después tienen que ir a la nevera.

Las pone en el asiento de atrás. El viaje hasta su casa le resulta complicado. Hacen un ruido horrible. Está nerviosa. Le dan ganas de cancelarlo todo, hasta de estrellar su coche contra la mediana, pero ni siquiera así podrá librarse de ellas. Esto ya no hay quien lo pare. De perdidos al río.

Las deja en el coche, dentro del garaje de su casa. Le da miedo echarles los piensos; tendría que abrir los transportines y podrían escapar, así que no lo hace.

Las congeladas sí se las tiene que llevar a casa. No quiere verlas, así que vacía toda su nevera, quita un par de estantes, baja la temperatura unos cinco grados y mete la caja térmica dentro tal y como está.

Se toma un Diazepam, descansa un rato, se da un baño, se depila bien y se pone lo que sabe que a él más puede gustarle. Echa unas bragas y unas chanclas al bolso. A las ocho coge la caja de la nevera y sale hacia su casa. Las otras siguen gritando dentro del coche. Deben de estar hambrientas. No debería de conducir bajo los efectos del tranquilizante, pero es imposible adormilarse con el jaleo que arman los bichos. Cuando llega al pueblo de él, aparca en la plaza, como casi siempre solía hacer. Las deja dentro. Se desea buena suerte.

Afortunadamente, en el camino de la plaza a la casa, Amor no se cruza con nadie. Llega al dúplex con los dos pesados transportines, y aún tiene que volver de nuevo al coche a por la bolsa térmica donde

están las congeladas, que tras toda la noche en el coche, probablemente ya se habrán descongelado.

Deja las jaulas sobre el suelo de la cocina y vuelve a por las otras. Una vez en la casa, vacía totalmente la nevera. «Este sigue comiendo la misma mierda de siempre —piensa al abrirla—. Pues ya tiene cena. Se va a cagar».

Pone todo lo que hay dentro del frigo en dos bolsas de basura y las saca al pequeño patio de la cocina. Abre la caja térmica y, armándose de valor, las va colocando por todos los estantes de la nevera hasta que prácticamente lo ocupan todo. Vienen envasadas al vacío y de tres en tres. No quiere pensar lo que son, así que se imagina que son pollos. Por suerte, la bolsa es bastante opaca.

Mientras tanto, las otras se mueven inquietas en las jaulas, desesperadas por salir. Amor quiere acabar rápido e irse a su casa cuanto antes. Si lo piensa mucho, no lo va a hacer.

Sube al cuarto de baño y dibuja un corazón, como tantas veces había hecho. Le tiembla el pulso: «Cabrón, hijo de perra», piensa. Las lágrimas de rabia y angustia le resbalan por la cara. Va después al dormitorio para asegurarse de que todo está perfecto: cama hecha, cojines colocados.

Deja sus llaves encima de la mesa del salón y un folio doblado en cuatro al lado. Una nota para él. Coge luego los dos transportines y abre la puerta de la calle. Con un pie dentro de la casa y otro en el descansillo, abre el primero: «Una, dos y tres, ya».

Las cuatro ratas salen disparadas. Son enormes. Echan a correr cada una hacia un lado. Rápidamente, abre el otro transportín de donde salen las otras cuatro, igual de inmensas, con colas finas y largas.

Agarra las jaulas y cierra la puerta. El corazón se le sale por la boca. Una vez en la calle, vomita en una papelera. Nadie la ve.

Alejandro duerme esa noche un sueño inquieto, la visita de Amor la noche anterior le ha puesto nervioso. No debía de haberle dicho que viniera. Pero, en el fondo, le apetecía echar un polvo, y los dos follaban bien. La cama aún huele a ella.

Se despierta a las tres de la mañana. Piensa que es una bajada de azúcar debido a la diabetes que padece desde hace años. Pero no. Siente algo sobre su nuca, un peso. Como está en duermevela no identifica qué es. Pero al segundo la ve. Prácticamente encima de su cara. Con su grito ahuyenta a las otras dos que están en la habitación y que corren veloces a ocultarse debajo del aparador. Ve sus largas colas escondiéndose debajo del mueble.

Algunas horas más tarde, cuando ha llamado a los de la empresa de plagas y ya se ha realizado «el trabajo de desratización», Alejandro repara en las llaves y el folio doblado encima de la mesa. «La hija de perra aún ha tenido el valor de dejar una nota», piensa. La nota dice: «Veo que sigues comiendo mierda». No entiende nada.

Con ese tremendo panorama no ha podido ir al trabajo. Son las doce del mediodía y, distraído por toda la pesadilla de las ratas, Alejandro se da cuenta de que no ha probado bocado desde las siete de la tarde del día anterior.

Va hacia la cocina y abre la nevera.

32

UNA HABITACIÓN PROPIA

Decía Virginia Woolf que toda mujer ha de aspirar a tener una habitación propia, un espacio que pueda cerrar con llave donde no ser molestada, aislarse, trabajar o hacer lo que le venga en gana. El espacio propio era y es sinónimo de libertad e independencia y resulta que, poco a poco y sin darnos cuenta, lo hemos ido perdiendo, si alguna vez lo tuvimos.

La habitación propia fue siempre una utopía. En nuestras casas, ya desde nuestra infancia, lo normal es haber compartido cuarto con hermanos y hermanas; después llegan las residencias, los pisos compartidos, y cuando, por fin, nos independizamos y podemos aspirar a la «habitación propia», resulta que no es solo para nosotras, sino también de aquellos con los que compartimos la vida. Pero una cosa es compartir la vida y otra, habitación y cama.

Una habitación propia es necesaria, eso si uno no puede permitirse directamente una casa propia y tener a la pareja en la de al lado, un *living apart together* en toda regla. Mi amiga Eva hace eso, y parece que encontró la fórmula perfecta. Vive en el mismo edificio que su marido, pero ella en el piso de abajo, todo ordenado y arregladito, y él en el de arriba, que suele estar manga por hombro. Normalmente, sube a dormir con él, pero no siempre. Son superfelices y llevan como quince años juntos.

Si alguna vez vuelvo a vivir con alguien, tendré cuidado en tener no ya una cama para mí, sino una habitación entera, como muy sabiamente se hizo durante gran parte de la historia, y como parece que se está volviendo a poner de moda ahora en lo que se ha dado en llamar «sleeping divorce», gente que se quiere mucho, pero que también necesita dormir bien y descansar o, simplemente, porque le gusta tener su propio espacio. Pero esta necesidad de espacio propio no es fácil de entender, porque a las mujeres, tradicionalmente, se nos ha educado para convivir dócilmente, para adaptarnos; se nos ha hecho creer que poner límites (una puerta, una cama, una habitación) es egoísmo, frialdad o peor aún, falta de amor.

Yo, puestos a pedir, querría un cuarto como el que tiene Joan Fontaine en *Rebecca*, la película; dando al mar, con enormes ventanales, cama con dosel, un enorme tocador, una biblioteca, chimenea y un ama de llaves mala y siniestra que me ayudara a vestirme y me trajera el desayuno a la cama.

Cuando mi pareja me requiriera sexualmente y yo tuviera ganas, le abriría la puerta. Otras veces sucedería a la inversa y tocaría yo a la suya. Lo veo bastante más divertido y emocionante. Nos preocuparíamos de llevar camisones bonitos y batas de seda como antiguamente, y cuando acabáramos de retozar, cada mochuelo a su olivo y a dormir divinamente para levantarnos de buen humor y no querer matarnos a la mañana siguiente. Eso no quita que, cuando quisiéramos, pudiéramos, eventualmente, pasar alguna noche juntos.

Como mejor se duerme es solo o sola, y esto no tiene nada que ver con el amor. Lo único bueno de dormir con alguien es que te da calorcito en invierno y algunos polvos mañaneros muy ricos, que no se producen si uno duerme solo. También las charlas con la luz apagada hasta que uno se queda dormido son muy agradables, pero

nada de esto compensa el dormir mal... Y tampoco somos iguales en nuestras costumbres de dormitorio. Uno quiere que entre luz y otro no; uno quiere estar tapado y otro no; a uno le gusta dormir con sus animales y al otro no; uno quiere leer y al otro le molesta la lámpara; uno se acuesta o levanta antes que otro y le despierta... Entonces, ¿por qué lo hemos normalizado tanto?

Además, cuando estamos dormidos estamos inconscientes, y, de alguna manera, solos.

Hubo un momento en el siglo xx en que, después de que las parejas que podían permitírselo llevaran siglos durmiendo en habitaciones separadas, a alguien se le ocurrió la brillante idea de que dormir juntos y en la misma cama era una prueba de amor. También ayudó el que las casas fueran cada vez más pequeñas (y ahora más) y ya no se pudiera mantener «el lujo» de las habitaciones independientes. A partir de ahí, apareció la cama de matrimonio como símbolo del amor y la cercanía emocional. Así perdimos nuestra habitación propia y empezamos a dormir con las personas a las que queríamos, pero también con sus tics nerviosos en las piernas, sus ronquidos, sus pedos, sus dientes chirriantes, por no hablar de otras cosas aún peores, como esa gente que se levanta al baño varias veces en la noche o los que no paran de beber agua.

El dormir con alguien de buenas a primeras siempre me ha costado horrores, mucho más que el momento del sexo. El sexo es sexo y lo otro es compartir una intimidad que quizás no apetezca así de repente. Siempre da un poco de susto abrir el ojo y ver una cara nueva en tu almohada o un culo yendo a tu cuarto de baño. Y el hecho de que alguien pueda observarme a sus anchas, mientras yo estoy abandonada al sueño, siempre me ha parecido perturbador. Por la noche, todos somos un mundo, desde luego, y uno que no

controlamos porque nadie está muy seguro de las cosas que hace dormido.

Durante casi todo mi matrimonio, dormir con mi exmarido fue un auténtico suplicio por sus ronquidos. Normalmente, yo me acostaba antes para estar ya en el primer sueño cuando él empezaba su sonata nocturna, pero casi siempre me despertaba varias veces durante la noche. Hacía de todo, hasta taparle la nariz, para que reaccionara o más bien se ahogase. Luego le daba codazos y le empujaba hasta que por fin conseguía echarle de la cama y el pobre acababa durmiendo en la habitación de invitados.

Tras todos esos años de ronquidos, después he sentido auténtica admiración por la gente con la que he dormido que no emitía ningún sonido. Me parecían ángeles. Pero han sido los menos.

Por todo eso, me he ido convenciendo de que, si viviera con alguien, necesitaría «una habitación propia», un reino, un territorio, un lugar donde encerrarme, dormir a pierna suelta y soñar. Prefiero dar un beso de buenas noches y largarme a mi cuarto y otro de buenos días delante de un café, en vez de patadas en la tibia para que se callen.

Una habitación propia no es una excentricidad moderna. Es también una cuestión de poder y de límites. Dormir solas puede ser un gesto pequeño, doméstico, aparentemente insignificante, pero también profundamente subversivo y hasta sexi... Quizás hasta follaríamos más y recuperaríamos algo que la gente que está en pareja pierde irremediablemente: independencia y misterio.

33

De qué hablamos cuando hablamos de amor

Hay un libro de Raymond Carver que se llama así; siempre me ha gustado el título (y el libro), porque, si soy sincera, yo tampoco tengo muy claro de qué va exactamente lo del amor. Lo he buscado, tenido, defendido y negado. En esta etapa de mi vida, no sé muy bien qué esperar de él. Prefiero pensar que es un «sobre sorpresa» que compras y puede contener «cualquier cosa».

Cada vez estoy más convencida de que el amor es una ilusión útil, un juego al que jugamos para no estar solos, que alguien nos elija, para follar sin tener que currárnoslo cada vez, a veces para tener hijos, tener a alguien que te coja de la mano cuando pasa algo, para compartir gastos, viajes y domingos por la tarde. Todo eso que llamamos amor es, en realidad, una serie de cosas que hacemos con alguien con quien nos gusta (o nos conviene) estar.

No tengo ni idea de lo que es el amor. Y no lo digo con orgullo, más bien con el cansancio de haber vivido bastantes cosas y seguir sin entender nada sobre esa alquimia rara que en algunas ocasiones se produce y en otras —la mayoría— no.

No es sólido ni duradero, aunque insistamos en ello. Es frágil y volátil, como una casa de paja que se viene abajo a la mínima ráfaga. En la vida, cuando todo se acaba, no te enteras porque ya estás muerto, pero en el amor, vaya sí te enteras cuando se acaba. Esa es la gran putada. Por eso siempre me ha parecido muy práctica

la idea católica de «hasta que la muerte nos separe»: así se matan dos pájaros de un tiro.

Tampoco creo que el amor sea sinceridad absoluta. Yo no necesito saber todo lo que piensas o haces, si eso va a dañarme. Hay personas que confunden la honestidad con decirlo todo sin medir consecuencias, y luego se quedan tan anchas. A mí me interesa más la bondad y el cuidado por el otro que los sincericidios.

No es hacer planes de futuro, aunque yo misma haya caído y caiga con frecuencia en eso. Basta con que te compren unas palomitas en el cine para empezar a proyectar una vida entera en común y verte casada, en un chalet con tres niños y dos perros.

El amor tampoco es igualitario. Uno siempre quiere más que el otro. Uno pierde más que el otro..., y no pasa nada. Yo siempre he preferido querer a que me quieran. Para querer a medias, no me molesto. Para querer a medias, follo.

El amor es a menudo un trabajo que da bastante pereza para los beneficios que reporta. No es un plan de pensiones ni algo garantizado, sino una inversión de alto riesgo. Una acción volátil, un Camino de Santiago que nunca llega a Santiago. Quizá, por ese motivo, sería más sensato apostar por muchos microamores sucesivos que, puestos uno detrás de otro, den la sensación de algo continuo.

El amor a veces se confunde con otros sucedáneos. Nos equivocamos, mentimos, nos aburrimos, se nos pasa. «Creía que te quería, pero ya no», «Me confundí», «Era otra cosa»... Lo hemos hecho y nos lo han hecho. Casi siempre sin querer. Y también queriendo.

Es tramposo, como una alucinación. Te hace creer justo lo que necesitas. Si no te dicen lo que quieres oír, ya te lo inventas tú. Te haces las preguntas, te das las respuestas y sacas las conclusiones.

Te da la sensación de que controlas algo y no controlas absolutamente nada. A decir verdad, no tienes ni idea del juego ni de las reglas.

El amor se rompe tarde o temprano y, cuando pasa esto, casi nunca se recompone. No hay vendas ni torniquetes para la herida. La sangre sale por otro lado, pero, aun así, hay quien insiste en hacer tortillas cuando ya no quedan huevos.

Además, el amor nunca viene bien. Cuando llega, no es el momento. Y cuando es el momento, no es la persona. Y cuando es la persona, no es el lugar.

Dicen que no hay que buscarlo y que aparece cuando menos te lo esperas. Yo opino que surge cuando te dejas, cuando te lo crees un poco. Y cuando sucede, no sabes muy bien por qué ha pasado esta vez y no las anteriores.

Y sí, el amor a veces es una mierda, pero también es lo único que seguimos intentando, aunque sepamos cómo suele acabar. Se asemeja mucho a la vida: no es justa, ni coherente, ni estable, pero «es lo que hay». Como muy bien dice Woody Allen, «necesitamos los huevos». Amores hay muchos pero la vuelta al carrusel en realidad la damos solos. Los otros van y vienen. Por eso, el amor tampoco es para tanto.

Personalmente me gusta aplicar también al amor un dicho que tenemos en Galicia: *estar a velas vir...*

... e deixarlas pasar.

34

¿FIDELIQUÉ?

Cada vez que oigo la expresión «poner los cuernos» me produce cierto repelús y rechazo. Me lleva directamente a los años ochenta, a las copas de Fundador y a la caspa, y creo que no debería ya formar parte de nuestro vocabulario. Igual que hemos «aprendido» a no llamar «maricones» o «bolleras» a las personas con distintas orientaciones a las heterosexuales, «feminazis» a las feministas, o «solteronas» a las que prefieren no tener pareja, tampoco deberíamos llamar «cornudos» a las supuestas «víctimas» de las infidelidades; para empezar, porque ellos no son nada. Como mucho lo serán sus parejas.

Podríamos abrir de una vez por todas el melón de los cuernos. De igual forma que se puede hablar de montones de opciones sexuales y vitales, no sé por qué con esto hay (aún) tanta hipocresía social, ni por qué seguimos «pretendiendo» que todo el mundo es fiel, cuando, de hecho, en las parejas a largo plazo, poca gente lo debe de ser.

Antes de nada, habría que aclarar que el concepto de fidelidad no es el mismo para todo el mundo. Ser fiel a alguien no tiene, para mucha gente, nada que ver con acostarse exclusivamente y de por vida con ese alguien. Prefiero pensar que la fidelidad es otra cosa. Un compromiso implícito de querer estar con alguien y elegir solo a esa persona como pareja y como vínculo. Eso no significa que

alguna vez, eventualmente, se desee estar con otros (siempre que no haya implicación emocional de por medio). ¿En qué cabeza cabe que una persona humana, por muy bien que esté con otra, no va a desear jamás a ninguna otra? De momento, no nos castran como a los gatos, por lo que seguimos teniendo atracción y deseo por múltiples personas, lo queramos o no.

Nuestros cuerpos quizás lo puedan controlar, pero nuestras cabezas son potros desbocados que no entran al redil y con las que podemos «ser infieles» a nuestras parejas cincuenta veces al día.

Cabría preguntarse en qué manda el otro o qué es propiedad del otro en la pareja, y la respuesta, para mí, está clara: en nada. Es una cesión temporal, como un renting que se disfruta mientras se tiene.

Me llama la atención la importancia suprema que se le da al momento sexual (a eso que a veces dura quince minutos y no tiene consecuencias), por encima de otros comportamientos que implican mucha más carga emocional. Es decir, cualquier integrante de una pareja no perdonaría que ella o él echaran un polvo en un viaje de trabajo o una noche de juerga (porque es sexo), pero quizá sí perdonarían que ella o él llevara chateando meses y meses con un compañero o compañera de trabajo y muy probablemente fantaseando con él o ella durante gran parte del día. Cabe preguntarse dónde hay más infidelidad. Para mí, de lejos, en el segundo de los supuestos.

Pero, claro, lo «importante», lo escandaloso, lo que no se perdona es el intercambio sexual. Las pollas y las vaginas son territorio sagrado y exclusivo de nuestras parejas. Ahí es donde se traicionan confianzas y no cuando una lleva semanas chateando con alguien que te ha «entrado» por Instagram.

Pues bien, en mi opinión, la confianza no es territorio de pollas y coños; va de otra cosa, y es algo bastante más profundo que echar un polvo con alguien a quien es probable que no vayas a ver nunca más en la vida.

Sé cómo está el patio de los supuestamente fieles, porque a muchos de ellos me los he encontrado a veces en las apps, buscando aventuras. Es posible que todos o casi todos los matrimonios largos sobrevivan a base de estos desahogos que pueden servir más de pegamento que de elemento de separación. Muchos de estos comportamientos de «echar canas al aire» o tener amantes de vez en cuando están incluso consensuados dentro de las parejas, y no es algo que se «oculte» entre ellos, pero, ay de quien se atreva a decirlo en público, que caerá en una hoguera mayor que las de Torquemada.

Igual que se están considerando distintas opciones sexuales, no sé por qué no se habla también de distintas formas de fidelidad o de entenderla.

Hubo un momento de mi vida en el que yo me pillé mucho por una persona que estaba casada. Todo comenzó como una aventura sin consecuencias, pero resultó que las tuvo (y serias). Vivimos una historia muy apasionada, de un enganche físico brutal. Después de liarnos, él se dio cuenta de que su matrimonio no funcionaba tan bien como creía hasta ese momento. ¿Hasta qué punto fui yo culpable por meterme en medio? Y sobre todo, ¿qué es meterse en medio?

Su mujer se enteró de lo nuestro no sé cómo, y recuerdo que me escribió un mensaje de Facebook cuando yo estaba con él pasando un fin de semana fuera de Madrid. Creo que le respondí algo así como: «Habla con tu marido. Yo no te conozco y no tengo nada que hablar contigo». Lo que me pasma es que lo hiciera antes incluso de

pedirle explicaciones a él, como si yo hubiera sido la culpable de todo aquello y él «pasara por allí». Él lo negó todo. Precisamente su *modus operandi* fue el de muchos hombres. «Si has sido infiel y te pillan: niégalo todo». Y así llevamos funcionando siglos, tomando a las mujeres por gilipollas. Lo increíble es que ellos aún crean que nosotras nos lo tragamos.

Pero incluso ahora, como se hacía antes, muchas mujeres prefieren mirar para otro lado y mantener su *statu quo* familiar y social antes que abrir melones que hagan saltar por los aires lo que llevan años construyendo. Todas las posturas son comprensibles y respetables. Yo entiendo más esta de «mirar para otro lado» y dejarlo pasar antes que romper con tu pareja de hace veinte años porque echó una cana al aire un fin de semana durante un congreso médico en Sevilla, por ejemplo.

Por cierto, que tengo alguna amiga a la que le gusta tener amantes casados porque solo se disfrutan para lo bueno y después se van con sus movidas a su casa, a sus sofás y con sus mujeres... Y en las apps lo que sí es cierto es que los «casados» buscan a otras «casadas» para que así nadie demande nada y no reventar sus respectivos matrimonios. Todo está escondido, pero muy organizado.

En mi familia existe una infidelidad misteriosa. Mi abuelo siempre sostuvo que su hija menor, mi tía, no era suya, sino de otro señor con el que supuestamente mi abuela se acostaba. Parecía estar completamente seguro. Cuando mis primos acudían a verle, una vez me dijo: «De quién serán nietos estos pobres niños».

Otro tema espinoso: lo de contarlo o no. Nadie que lo cuente lo hace por el otro. Es una lavada de conciencia de libro. Y aquí está la clave del asunto: si no eres capaz de apechugar con las consecuencias de algo así, no lo hagas. El compartir el «desliz» con la persona con la que tienes el vínculo no causa más que dolor. Por

otro lado, si el episodio no ha tenido importancia, carece de relevancia para que salga a la luz. Confesarlo es hacerlo «importante» y, por consiguiente, que pase de ser un episodio esporádico e intrascendente a un problema enorme.

Otra cosa sería si uno se enamorara de otra persona. Ahí no contarlo sí es una traición.

Si no lo sé, no existe. No es traición; es evitar daños innecesarios, es no hacer exhibicionismo de un sentimiento de culpa para recibir la absolución.

El sexo y la culpa siempre han estado ligados. Me pregunto por qué follar nunca es gratis para nuestras conciencias y sí lo es engañar, pensar mal, faltar al respeto, envidiar, ser mezquino, las traiciones de verdad.

Al hilo de todo esto, recuerdo la película de Robert Redford y Demi Moore, *Una proposición indecente*, en la que Redford (que encima era guapísimo y millonario) les ofrecía a Demi y a su marido un millón de dólares por acostarse con ella... Y los pobres se devanaban los sesos pensándolo. Yo le hubiera dado más bien a Redford el millón por acostarse conmigo. Y también creo que a mí, cualquiera de los hombres con los que he estado, me hubieran «cedido» gustosos por mil euros.

Hace no demasiado yo también escribí sobre esto en un relato que, en estos tiempos que corren, podría ser absolutamente real.

Para entrar a vivir

Cuando vieron el anuncio en Idealista no se lo podían creer. Probablemente, se trataba de una trampa.

Ático con terraza en edificio emblemático de la plaza de Olavide. Dos dormitorios. Para entrar a vivir. Preferible parejas jóvenes.

Imprescindible solvencia económica. Mil euros al mes. Directamente con la propiedad.

Ahora que iban a ser padres, llevaban varios meses buscando un piso amplio por el centro, pero todo escapaba a sus posibilidades: o era carísimo o estaba destrozado. Ya estaban casi resignados a que el bebé pasase sus primeros meses en el minúsculo apartamento del barrio de Prosperidad donde vivían. Pero, de repente, aparecía esa preciosidad que apenas costaba cincuenta euros más al mes que su «zulo», como le llamaban.

Tras examinar las fotos de Idealista cuidadosamente, volvieron a pensar que «había gato encerrado». No era normal que un ático tan bonito con terraza en aquella zona de Chamberí se alquilara por un precio tan bajo.

Les costó casi toda la mañana que alguien les contestara al teléfono. Finalmente, respondió la que, al parecer, era la propietaria.

—Como podéis suponer, tengo una cola enorme para ver el piso. Lo estaré enseñando de nueve de la mañana a nueve de la noche este viernes. Después, haré el proceso de selección. He vivido en él hasta ahora, lo puse con muchísimo cariño, y quiero conseguir unos inquilinos de máxima confianza, de ahí el precio. Prefiero estar tranquila que sacar cien euros arriba o abajo —les explicó—. Sí os pediría que, si sois pareja, vengáis los dos, porque quiero conocer a todos los posibles inquilinos de primera mano. Lo que sí os garantizo es que veréis el piso, ocupéis el puesto que sea en la fila. Solo tomaré la decisión después de habérselo enseñado a todos los candidatos y estudiar su nivel de solvencia.

Mónica —que así se llamaba la propietaria— les dio cita para aquel viernes a las cinco de la tarde. Les pidió que llevaran los documentos

que acreditaran su situación financiera, así como las dos últimas nóminas.

Con tanta gente para ver el ático parecía improbable que la casera les fuese a elegir a ellos, pero ¿quién sabía? A menudo, los propietarios escogían por la primera impresión o la presunción de fiabilidad que les causaran los candidatos, e incluso por afinidades culturales o laborales...

Ella, Sara, no es que fuera muy sociable, más bien arisca y seria. Dejaría que Pablo llevase la «voz cantante». El suyo era un carácter más gracioso y dicharachero.

Cuando llegaron a la plaza de Olavide aquella soleada tarde de mediados de mayo, Sara pensó que aquel sitio era el lugar en el que siempre había deseado vivir. Su sitio soñado. Se agarró a su barriga de cinco meses como esperando que aquel bebé que llevaba dentro les diese buena suerte. Ese sí era el lugar idóneo para criar a un niño. Se visualizó con su futura hija en las zonas de juegos infantiles de la plaza, charlando animadamente con otras madres y tomando cafés de especialidad en aquellos bares tan modernos.

—Qué gusto de barrio —le dijo a Pablo—. Aquí hay gente como más de nuestro rollo, ¿no?

—No sé muy bien qué es «nuestro rollo» —contestó él—. Yo lo único que veo aquí es a pijos en sudadera y chanclas, pero pijos igualmente. Es como el barrio de Salamanca. Lo que pasa es que estos se avergüenzan de su pasta y los otros no.

—No lo flipes. Este es otro tipo de gente. Aquí hay cafés y panaderías que molan, floristería y hasta un bar-librería. Hay un ambiente mucho más cool, más relajado, ¿no lo ves?

—Desde que trabajas en la agencia te ha salido una vena un poco clasista, ¿no? Tengo miedo de que, si vivimos aquí, te conviertas tú también en una pija en sudadera.

—Tú también trabajas en la misma agencia —le contestó, haciendo un puchero—, y desde antes que yo. Y tienes bastante pinta de pijo, por cierto. ¿Te has visto hoy? Podías haber dado una imagen más respetable y seria si quieres que nos den el piso.

—¿Qué me pasa? ¿Voy tan mal?

—Mal no, pero podías haberte puesto unos vaqueros más de vestir, menos apretados.

—A las becarias les encantan —le contestó él—. Es broma, imbécil. Mira. No creo que nos lo den. Da igual la pinta que tengamos o lo que digamos. Siempre habrá otra pareja que mole más.

—No lo sabemos —contestó Sara—, todo depende de la propietaria, de cómo sea ella. Igual tiene muy claro el tipo de inquilinos que busca.

En el portal de la casa, que daba directamente a la plaza, había más parejas jóvenes con su mismo aspecto o parecido, que debían de estar esperando para ver el piso.

Pablo y Sara pidieron la vez, y unos minutos más tarde se encontraban llamando al timbre de la casa. Se trataba de una puerta antigua y aparatosa, de casa del siglo pasado. La escalera, ondulante y de madera brillante y pulida, también parecía tener más años que ellos dos juntos; el pasamanos, suave y desgastado... Aquella era una casa con pedigrí, una casa para invitar a amigos. La casa. Eso pensó Sara antes de entrar siquiera.

Mónica abrió la puerta con brusquedad y les recibió al tiempo que despedía a los candidatos anteriores. Era guapa y con un cuerpo esbelto, de alrededor de cincuenta y cinco o incluso algo más. Llevaba vaqueros y una camisa blanca impecable.

—Pasad. Os la enseño rápido, porque aún me queda mucha gente esta tarde —dijo disculpándose mientras les conducía del pequeño recibidor al salón. Tenía dos grandes ventanales que daban a la terraza con cortinas blancas que se balanceaban con la suave brisa de la primavera.

—¡Es preciosa! ¡Me encanta! —exclamó Sara, emocionada—. Además, está ideal amueblada, con muy buen gusto. ¿Los muebles se quedan?

—Sí, siempre que el inquilino lo quiera así —respondió Mónica—. Es todo de primera calidad y, como veis, está puesta bastante mona. ¿Os parece que veamos la terraza? —dijo guiándoles al exterior de la casa.

La terraza era cuadrada y del tamaño justo, y daba directamente a la plaza. Tenía un par de sillones y una mesa baja, numerosas plantas muy bien cuidadas y una mesa de teka con cuatro sillas...

—También hay barbacoa —explicó Mónica, señalando el aparato—, pero no se debe abusar mucho, por los vecinos.

—¡Es perfecta para nosotros! —dijo Pablo, hablando por primera vez—. Como ves, pronto seremos tres. Me parece perfecta para criar a un bebé... Y más con esta terraza. Es increíble.

Tras la terraza, Mónica les enseñó las dos habitaciones, la cocina y los baños. Todo era igualmente de revista.

—Imagino que todos los que hayan venido querrán quedarse la casa, pero te pido por favor que nos des preferencia —dijo Pablo—. Te la cuidaremos muy bien y los dos tenemos nómina y buenos trabajos. Curramos en una agencia de publi, en una de las grandes, yo de director de arte y Sara de copy.

—Entiendo —respondió Mónica con resolución—. La verdad es que me habéis caído muy bien. Me dais muy buen rollo, pero, claro, comprended que tengo muchos candidatos. Será complicado elegir.

Hoy tomaré sin falta la decisión y mañana os llamo con lo que sea. ¿Okey?

—Dios mío, tenemos que conseguirla —dijo Sara, cuando ya bajaban en el ascensor—. Me muero como no nos la den a nosotros, me muero. ¿Crees que la hemos convencido?

—Yo diría que le hemos gustado bastante —replicó Pablo—. Y ella parecía maja.

—A mí no me ha molado —contestó ella—. No sabría decirte la razón.

—¿A lo mejor porque estaba buena? —preguntó—. Eres terrible.

—¿Estaba buena? La verdad es que tampoco me pareció nada del otro mundo, pero ya veo que tú sí te has fijado en ella. No me extraña que mires a otras con la pinta de ballena que tengo. La pillé mirándote el culo disimuladamente en un par de ocasiones, pero creí que eran imaginaciones mías.

—No seas gilipollas, Sara, por Dios. Estoy de coña.

Se sentaron a tomar algo en la plaza mientras Sara miraba embelesada a bebés y niños pequeños que empezaban a caminar.

—No nos la van a dar —dijo con desánimo—. Sería un sueño. Estas cosas no suceden así como así. ¿Tú te crees que es tan fácil pasar de un apartamento como el nuestro a un pisazo así?

—¿Por qué no esperas en vez de poner el carro antes de los bueyes? Mira que eres pesimista. A mí me da que sí, fíjate.

—Pero ¿por qué?

—No lo sé. Me ha dado un pálpito, una buena sensación.

Al día siguiente, viernes, recibieron la llamada de Mónica a primera hora de la tarde. Ese día salían antes de trabajar y estaban comiendo en la terraza de un restaurante de menú al que solían ir de vez en cuando.

—Es ella —dijo Sara con gestos y señales, visiblemente nerviosa —. ¿Entonces, quieres vernos otra vez? Sí, sí por supuesto. Por nosotros no hay problema. Vamos a estar aquí todo el finde. Dinos cuándo te va bien que nos pasemos. ¿Mañana? Perfecto. Pues mañana sobre las cinco estamos ahí. No puedo creerlo —dijo Sara al colgar—. Parece que tenemos posibilidades de conseguirlo. Ha dicho que necesita vernos de nuevo, que hay una condición para alquilarnos el piso y que tiene que hablarlo con nosotros en persona, que es algo «delicado».

—¿Ha empleado esa palabra? ¿Delicado? —se sorprendió él.

—Sí, es lo que ha dicho. No tengo ni idea de por dónde nos va a salir. Igual quiere seis meses de fianza o que hagamos un seguro de alquiler. Qué sé yo. Algo tenía que pedirnos para alquilarnos tremendo piso por mil euros, pero, chico, a no ser que sea algo completamente descabellado, creo que deberíamos acceder. Ya no por nosotros, por esta —dijo señalando la barriga—. He visto que hay hasta una guardería literalmente detrás de la plaza, que ponen genial en Google. Yo la casa no la dejo escapar. Lo tengo claro.

—Joder, Sara —respondió Pablo—. ¿No se te está yendo un poco la pinza con la casa? O sea, es importante, pero no tan importante. Si no es esta, ya será otra.

—¿Estás loco? ¿En qué momento piensas que vamos a volver a encontrar algo así y en ese barrio? Pero si la gente se da de leches por vivir en Chamberí, Pablo, y más en esta plaza.

—No sé. No me gusta que me pongan «condiciones», Sara.

—No creo que lo que nos vaya a pedir sea para tanto... Ya verás. Será cualquier chorrada.

Cuando aquella tarde de sábado llegaron a Olavide y timbraron en el piso, Mónica les dijo por el telefonillo que mejor bajaba y tomaban

un café en la plaza, que la esperaran en el Arco Iris, una de las terrazas.

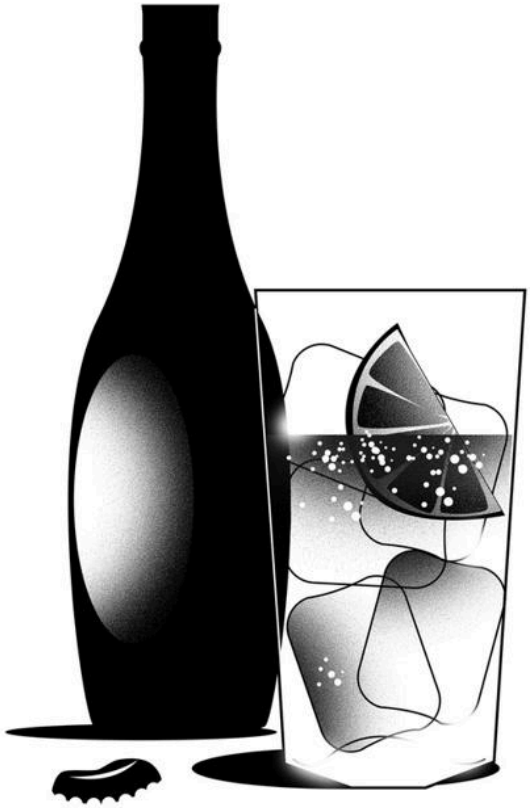
Llegó diez minutos más tarde, cuando ellos ya tenían los cafés encima de la mesa. Encendió un cigarrillo, teniendo cuidado de no echarle el humo a Sara, y les expuso claramente la condición para firmar con ellos un contrato de alquiler por cinco años.

Pablo la miró con incredulidad. Sara le agarró del brazo, como pidiéndole tranquilidad. Los tres continuaron charlando aún un rato más. De vez en cuando, Sara levantaba la vista para mirar la terraza del ático o la fuente de la plaza, rodeada de enormes rosas amarillas.

Quería asegurarse de que todo aquello valía el precio que iban a tener que pagar.

VI

AGUA CON GAS



35

CARTA DE AUTOAYUDA A MI NIETA DEL FUTURO

Querida Alondra:

Ante la duda, hazlo. Hazlo ahora. Puede que no tengas más oportunidades, todo en la vida depende del azar; él es quien conduce, no tú. Tú solo pones las manos en el volante como una niña pequeña a la que su padre enseña de broma a conducir. Hazlo antes de que te arrepientas y ve a por todas o, al menos, cree que vas a por todas, que viene a ser lo mismo.

Lo importante es el arranque, aunque se te cale el motor; siempre puedes tirar del freno de mano. La lentitud e indecisión solo sirven para los que tienen mucho tiempo por delante o no tienen ninguno, o sea, para los niños y los viejos. Asume riesgos. Pon un poco de adrenalina en tu vida. Corre peligros. Que te lata el corazón, aunque sea por estar asustada, por la cagada que vas a cometer, pero qué bueno notar el latido, la sangre golpeando en las venas, ese vértigo. El pensar que, gracias a esa libertad y capacidad de elección, puedes vivir experiencias maravillosas o te puedes hasta morir si las cosas se ponen feas. Esta vida nuestra es una especie de ruleta rusa con la mayor parte de las balas de fogueo, pero otras son de verdad. Tampoco te la tomes a la ligera. La vida es algo tan serio que no queda otra que tomársela a broma.

No dejes de disfrutar de las cosas ni de hacerlas por pensar que te las van a quitar, que se van acabar y que sufrirás. Te las van a quitar,

se van a acabar, sufrirás.

Hazlo, aunque no trascienda y solo vayas a hacerlo una vez, o media, aunque esa vez sea fallida, aunque no se repita, aunque no saques nada en claro ni te «rente». No pienses en mañana, porque mañana ya te preocuparás por mañana ya te preocuparás por mañana ya te preocuparás...

En el amor disfruta del trozo del pastel y saborea los ingredientes por separado, percibe todos los matices. Y recuerda: para beberse un vaso de leche no hay que comprarse la vaca entera. Eso fue una manía en mi época.

Cuando algún gilipollas te pregunte si eres fiel, mándale a casa una novela de Jane Austen y después mándalo a casa (a él). Si te gusta mucho, dile que practicas la «no monogamia ética» (era algo que ponían muchos imbéciles en el Tinder cuando se usaba aquello).

No pienses tanto, que pensar mucho es malo (eso me lo dijo un novio). No pienses, ejecuta (eso me lo dijo un jefe). No hagas ni puto caso a los que te digan que no pienses. Es una trampa.

Busca siempre el placer y las cosas y personas que te hagan ese regalo. Acuérdate del sabor de un helado y de quien te lo compra.

Persigue también el movimiento siempre que puedas, ese balanceo que te llevará a conocer el mundo y a salir de tus contornos.

Cuando tengas hijos, no los trates ni como adultos ni como amigos. Solo vinieron a ser tus hijos; es una categoría aparte. Hay humanos, animales, bichos..., y luego están tus hijos.

Tú eres tu compañera, tu compañía y tu sombra.

Todo se ve mejor desde la distancia, aún mejor desde arriba, si es posible desde un avión

Siéntete incapaz, torpe, patosa... Hay tanta gente lista y que se cree triunfadora en el mundo, déjales a ellos, que se lo gocen.

Presume de ser perdedora con los que se creen unos ganadores.

Intenta siempre ir por ahí con predisposición a la alegría (una vez una echadora de cartas le dijo a tu abuela: «¿Con esa cara de culo que tienes cómo quieres que te vaya bien?». Pues eso).

No desees que llegue el viernes, agosto, esa cita, la fiesta... Haz de los lunes tu día favorito, escoge la lluvia, que las vísperas sean mejores que las fiestas, que el beso sepa mejor que el polvo.

Si quieres beber, comer, gozar, sufrir... hazlo con todas las consecuencias, y si prefieres pensar en la resaca, dolor, empacho que tendrás mañana y en lo mal que vas a estar, y en lo de que vas a desaprovechar el día siguiente, entonces no lo hagas. Tú misma, pero luego no lloriquees.

A medias y sin ganas haz pocas cosas, solo las inevitables: no te vayas en mitad de un concierto ni te salgas del cine, no pases del postre, no tengas en cuenta la hora del último metro, no te lamentes de la cuenta después de darte un festín... Si hay que ir andando, se va. Todo cuesta trabajo y sacrificios. La vida no es una tarta de fresa.

Ten un estado de espíritu que no fluctúe demasiado a lo largo de tu vida, en vez de un estado de ánimo o un estado de WhatsApp.

Sé sensible, pero no sensiblera.

Haz autostop en la vida. Confía siempre en la bondad de los desconocidos, y, si sale mal, pues te tocó a ti. Qué se le va a hacer.

Cuando estés en una primera cita y te surja la oportunidad del sexo y titubees, hazlo. No lo dejes para «otro día». Sabe Dios, por muy segura que estés, si otro día esa ocasión se te presentará nuevamente. Coge lo que la vida te va dando en el momento, que si te lo da es para que lo cojas, no para que lo tires a la basura. No des las cosas por hechas, porque no están hechas, y no están hechas, porque precisamente no las hacemos.

Di lo que piensas, pero siempre con cuidado, si el receptor se merece ese cuidado. Si no, a lo bestia. Que se joda. Hay que ser buenos con los buenos y malos con los malos, que ya está bien.

Si quieres dejar a alguien, no te des «un tiempo» para ver si esa persona te convence o no. Hazlo cuanto antes, si ya lo sabes de sobra.

Cuando estés en la cama con alguien, abre bien los ojos y mira a la cara a la persona con la que te estás acostando, y, si no te convence, (por Dios, por Dios), no cierres los ojos y pienses que no estás ahí. Ponte las bragas (si todavía se usan), di que lo sientes y vete.

Aprende las palabras y expresiones del sexo y del amor en distintos idiomas (porque te las enseñen en la cama, no porque las busques en un diccionario).

Mírate al espejo y dite lo patética y desastrosa que eres (pero que solo lo escuches tú). Con los demás no muestres ni un milímetro de debilidad.

Maneja bien la envidia. Cuando te pregunten qué tal el novio, las vacaciones, el fin de semana, la vida, como dicen en Colombia, no «des papaya»: di que «pff», que vas tirando, que estás «tranquilita», aunque explotes de felicidad. Guarda tu vida a buen recaudo, como los billetes en un viaje al extranjero.

Si los demás no lo hacen, pues hazlo tú... Llámale tú, fóllale tú, invítale tú.

No aspires a la paz mental y a la tranquilidad, que de eso ya tendrás durante tiempo infinito, o sea por toda la eternidad. Si quieres, ve a yoga un rato, pero de ahí a lo otro...

Con la familia mantén una especie de «cordón sanitario» o de «suelo recién *fregao*. No pasar».

No coloques en la agenda las citas con las amigas, como si fueran citas con la peluquería o el quiromasajista. Para ellas estate 24/7, sin agendas.

No seas rácana contigo, como mucho con los demás.

Déjate querer, si te quieren en condiciones.

Como dice Despentes: «Que no te interese ponérsela dura a tipos que no te hagan soñar».

Déjate llevar.

Y, sobre todo, déjate de tonterías.

36

Inventario del amor

(Material delicado. Frágil. Tratar con cuidado)

A día de hoy se realiza el inventario de los siguientes objetos, la mayoría en buen estado de conservación:

- Dos hijos hechos con amor y a fuego lento.
- Un exmarido caro, de buena raza, varios novios, muchos ligues que luego se convirtieron en buenos amigos.
- Una gata en común, que duró veintitrés años y que ahora está en una cajita.
- Las Navidades felices, las reuniones familiares en paz.
- Una familia postiza que siempre me quiso más que la mía propia.
- Los recuerdos de viajes que compartí con amores, con amantes.
- Casas en sitios que nunca pude imaginarme.
- Un idioma y un país nuevo.
- Libros y discos comprados a medias.
- La cama, que sigue ahí, como un tótem, desde el principio de los tiempos.
- Un libro de familia.
- Dos coches.
- El miedo a perderlo todo de repente.

- Aquellas tardes de sábado en Ikea, jugando a las casitas.
- Una sentencia de divorcio.
- Tres cartas de amor.
- Varios sobrenombres (ninguno es «cariño», gracias a Dios).
- Tres contratos de alquiler.
- Un vestido de novia que aún me sirve y del que me resisto a deshacerme.
- La sensación de haber vivido «otra vida».
- La sensación de haberlo tenido todo y ser consciente en el momento.
- La sensación de haberlo perdido todo y ser consciente mucho más tarde.
- La sensación de haber vivido muchas cosas, de haberme comido hasta las migas, de haber lamido todos los platos.
- Preguntarse qué es todo y si ese todo es/era suficiente.
- La diversión y el placer sin fin.
- Algunos regalos que aún no he perdido.
- El daño hecho sin querer.
- Veinte noches sin dormir.
- Dos litros de lágrimas.
- Listas de Spotify hechas con dedicación que jamás se escucharon.
- Verme en el espejo con otros ojos (los del amor, los del deseo).
- Verme en el espejo con otros ojos (los de la indiferencia, los del desamor).
- Broncas a mí misma borracha frente al espejo.
- Cientos de conversaciones inútiles con desconocidos y también con conocidos.
- Visitas al psicólogo, a la acupuntura, a echarme las cartas de tarot.

- Sábanas cambiadas para nada.
- Bragas compradas para nada.
- Tiempo y alegría dados a manos llenas para nada... como si sobrara.
- Quinientos restaurantes.
- Trescientas botellas de vino y treinta de champán (para celebrar o para olvidar).
- Esa sensación fulgurante de las primeras citas que te importan.
- El terremoto de diez en la escala de Richter que se desencadena solo por el hecho de que alguien te toque la mano.
- Algunas aventuras sexuales de las que luego te acuerdas (o por la intensidad, o por el lugar, o por el momento).
- La sensación de vacío y abandono de algunos *despueses*.
- La sensación de ir bailando *El lago de los cisnes* de algunos principios.
- El masoquismo, el ir adonde quema.
- Calzoncillos olvidados que de repente aparecen en los cajones.
- Amantes olvidados que realmente has olvidado.
- Las despedidas con lágrimas.
- Los recibimientos con flores.
- Mentiras. Pocas y seleccionadas.
- El trago incómodo de dejar.
- La desolación de que te dejen.
- La alegría que depositaron en mí ciertas personas y que luego tuvieron el detalle de dejarme.
- Un paquete grande de culpa ya purgada.
- El creer que todo duraría para siempre, esa ilusión.
- Las costumbres, los sitios fijos, los rituales, las fechas especiales.
- Incertidumbres, ansiedades, dolores y resacas.

- Cientos de fotos de momentos felices que se perderán «en la nube».
- Hombros en los que llorar cuando he perdido personas, trabajos, cosas...
- Mis distintos yoes con las distintas personas. Mis múltiples personalidades.
- Las discusiones, los gritos, las cosas que rompimos, los portazos.
- Los días sin hablar.
- Una libreta de satén granate para escribir sobre mis viajes que me hizo comenzar un hábito que dura hasta hoy.
- Decenas de besos prometedores, prohibidos, mal dados, apasionados, con lengua, sin lengua, a picotazos, malos, buenos y del montón.
- La ilusión perdida y recuperada cada vez, como una flor en el desierto.
- Tres lugares de amor: Lisboa, Venecia, Sicilia.
- Varios bares, como Casa Labra, como el Parnaso, que ya no existe.
- Quitarle al otro la mitad de lo suyo, ese placer de las cosas a medias (los helados, las palomitas, la tristeza).
- Las primeras películas (a veces malísimas) vistas con alguien en el cine.
- El poema «El vampiro», de Baudelaire.
- El primer regalo de amor: un espejito con un gato de estaño.
- Tres o cuatro libros dedicados.
- La canción «Desafinado» de João Gilberto.
- Las casas de los otros, ese recuerdo.
- Cierta sensación de nostalgia.

- Las manos cogidas cuando despegan los aviones para evitar que se caigan.

37

Pequeño abecedario del amor, el sexo y los trastornos

A

Apego: lo que sentimos las mujeres a partir del segundo día que quedamos con alguien.

Ansiedad: lo que sentimos las mujeres a partir del día cien que quedamos con alguien.

B

Beso: eso con lengua que, si te lo dan bien, ya está todo hecho (no confundir con eso sin lengua).

Bondage: que te aten está bien si luego saben lo que hacer contigo y no te dejan como un pollo bridado. Para atar por atar, mejor nos quedamos sueltas.

Buena persona: es como el merengue o los bigotes, algo demodé, pero que ahora se vuelve a llevar.

C

CABRONAZO: espécimen que eleva a los más altos niveles de excitación a las mujeres (a las gilipollas, y también a las listas). Un valor seguro.

CAÑA: lo que nos gusta que nos den a algunas en cucharadas soperas.

CLÍTORIS: esa cosa que algunos tratan como si fuera el botón de un telefonillo y otros como el plato de mezclas de un DJ.

CULO (DAR POR): algo que a ellos les encanta, en sentido figurado y literal, y casi siempre por ese orden.

CULPA: eso con lo que tenemos que cargar cuando decidimos ser infieles a nuestras parejas y elegimos no contarlo y quedarnos sin absolución.

D

DEPENDENCIA: necesidad de una cosa sin la que podrías vivir perfectamente, si lo piensas.

DESEO: quererte tirar a alguien. La clave de todo.

E

EMPOTRADOR: uno que no te va a poner una alcayata en casa ni te va a acompañar al centro de salud.

ENAMORARSE: andar como un vegetal por la vida para que luego pasen dos cosas: o que te den por culo, o darlo tú, o para tener hijos, o todo junto.

EROTISMO: algo para lo que hacen falta tiempo y ganas y que ahora suena a película de los setenta.

EYACULACIÓN: es como los fuegos artificiales. Una fiesta sin eso parece que no está completa.

F

FANTASÍA: territorio donde se mezcla lo que se quiere con lo que se teme.

FIDELIDAD: algo que antes se llevaba mucho. Hay que preguntar a las abuelas sobre esto (quien las tenga).

FOLLAMIGO: uno que no tiene la más mínima intención de ser tu amigo, pero sí de follarte y follarse a otras al mismo tiempo. Un jeta de los de toda la vida.

FOLLAR: algo imprescindible para la vida humana, que provoca placer y te hace sentir un poco como un animal, si lo piensas mucho. No confundir con «hacer el amor», que es menos guarro y te lo hace quien te quiere, como su propio nombre indica. Quien te quiere te puede follar y hacer el amor, quien no te quiere solo te puede follar y luego ya, si eso, joder.

G

GASLIGHTING: que te hagan «luz de gas», o sea, hacerte creer que estás loca, que eres una intensa, que se te está yendo la olla, etcétera.

GATILLAZO: cuando se les queda como una longaniza fresca, pero ellos hacen como si no pasase nada, hasta que dices esa frase despiadada: «Es que no la noto».

GEMIR: como hacer la comida, algo que pocos hombres hacen, pero les encanta que nosotras hagamos. Hay que ser muy

escandalosas, pero mucho. Y ellos son muy silenciosos, pero mucho.

H

HERIDA: lo que causan algunos en nuestros pobres corazones. En órganos blandos duele más.

HETEROFATALISMO: saber que los hombres (una vez más) te van a decepcionar, pero continuar poniendo la mano en el fuego para volver a quemarte (ya sabes, lo de quitarse de Tinder para reincidir tres días después o desear ser lesbiana cada fin de semana).

HOMBRE: animal deconstruido que anda buscándose a sí mismo.

I

INTERESANTE: persona a la que le interesan cosas. Tampoco es tan complicado.

INTIMIDAD: lo que queda cuando se apaga el deseo.

J

JUGUETES (ERÓTICOS): cosas que cuando se usan a solas funcionan bastante bien, pero no tan bien cuando se usan en pareja (alguien sobra: o el señor o el aparato).

JUEGOS: cosas que dicen los expertos que hay que hacer antes del sexo. Normalmente, no da tiempo o, como sucede en el Monopoly, uno termina aburriéndose.

K

KAMASUTRA: eso que no hace ni Dios (solo el hindú que se inventó la serie).

KAMIKAZE: somos nosotras cuando nos relacionamos con según qué personas.

L

LIBIDO: lo que se nos pierde por ahí después de los cincuenta y luego vuelves a encontrar, como unos pendientes a los que les has perdido la pista hace tiempo (y te pones muy contenta, porque no esperabas ya que aparecieran de nuevo).

LIBRARTE DE ALGUIEN: lo que hay que hacer cuando ni te hacen feliz, ni te follan bien, ni te ríes.

LLAMAR: eso que ya no se hace desde que ha aparecido en nuestra vida el puñetero WhatsApp.

LLORAR: eso que se hace pelando cebollas y cuando te rompen el corazón.

LUJURIA: es como una serpiente de cinco cabezas. Nunca tiene bastante.

M

MALROLLO: lo que te da al despertarte con alguien que no te ha tocado en toda la noche.

MAMADA: es una especie de salvoconducto (abre muchas puertas, sobre todo al principio).

MASTURBACIÓN: nunca acaba una de hacerlo bien (por eso recurrimos a terceros).

N

NO: esa palabra que a algunas nos cuesta tanto decir.

Ñ

ÑOÑERÍAS: todas esas cursiladas que nos encanta que nos hagan: notitas, corazoncitos en los espejos, florecillas...

O

ODIAR: lo que solemos hacer con la gente a la que hemos querido. A veces, cuanto más odias, más quieres follarte a alguien. Es algo curioso.

ORGASMO: esa cosa que no se puede describir y que dura poquísimo para la fama que tiene. Hay que exigir al menos tres para que un polvo merezca la pena. Uno es una miseria. Es como si te dan un plato de jamón ibérico y solo te dejaran comer una loncha y después te quitaran el plato.

P

PASIÓN: cuando confluyen los planetas y todo hace bum.

PÉRDIDA: el peaje que hay que pagar por haber querido a alguien.

PERVERSIÓN: maldades varias que se nos ocurren y que antes se les han ocurrido a unos cuantos pervertidos.

POLLA: palo o palito de carne que crece (a veces) y sirve para follar y sobre el que gira todo el universo masculino. Conviene verla cuanto antes. Es como el carácter, luego no se puede cambiar.

PRENOVIO: alguien que dentro de un mes será tu novio.

Q

QUEJA: ingrediente principal de cualquier pareja que se precie... (si hasta rima y todo).

QUERER: el temazo de nuestra vida.

QUÍMICA: eso que sucede solo en probetas y tubos de ensayo y en rarísimas ocasiones fuera de ellos.

R

RÁCANO: casi peor que tenerla pequeña es ser un rácano con la pasta y que eso se note en las primeras citas. Esos que te cogen los 9,50 del cine, por ejemplo.

RECUERDOS: algo poco práctico que no sirve más que para hundirnos en la miseria y que nos den ataques de nostalgia.

RESACA: estado en el que solo te apetece follar, comer cuartos de libra con queso y Doritos y beber champán o cerveza.

ROMÁNTICO: manera que tienen los babosos de calificarse a sí mismos.

RONCAR: algo que nunca debe hacer la persona de la que te enamores, a no ser que seas sorda o duermas en otra habitación.

RUPTURA: fin o reinicio, según se mire.

S

SEXI: especie en peligro de extinción ya que debe combinar el irresistible atractivo sexual con el irresistible encanto intelectual.

SILENCIO: es no decir nada o decirlo todo. Algo necesario cuando estás bien con alguien y es francamente incómodo cuando estás mal.

SOLEDAD: algo que puedes llegar a sentir aun estando muy «bien acompañada».

SUMISIÓN: un juego, si quieres.

T

TETA: parte del cuerpo femenino que ellos definitivamente no han aprendido a manejar y que muchos pasan por alto. Solo las quieren para mirarlas.

TÓXICO: el amor más adictivo y rico siempre hace daño. Lástima que algunos no lleven en la cara la advertencia como los paquetes de tabaco.

TRAUMA: dolencia mental que implica que, con cierta frecuencia, nos colguemos de quien no debemos.

TRÍO: fantasía sexual por excelencia en donde hay que hacer antes unos esquemas o breve coreografía para ver quién hace qué y que nadie se quede colgado. Dos se lo pasan siempre mejor y uno algo peor.

V

VACÍO: lo que queda después de la intensidad, cuando todo ya se vuelve «normal».

VÍBORA: lo que somos, en algunas ocasiones, unas con otras.

VICIO: solo de oír la palabra ya dan ganas de follar y hacer muchas guarradas, y después, comer muchas guarradas.

VIDA: lo que pasa en dos días.

VINO: sustancia que hay que beber cuando no tienes claro si alguien te gusta poco o regular. Con media botella puede pasar a gustarte regular o mucho.

W

WHAT?: en inglés. ¿Que te haga qué?

WITHDRAWAL: síndrome de abstinencia emocional, es decir, el mono que hay que pasar cuando se deja una relación.

X

XANAX: medicina para los ataques de ansiedad que nos provocan los tíos.

Y

YAYO: lo que parecen algunos tíos que vienen en un pack con el sofá, la peli y la birra.

YUYU: lo que te da al ver a alguien desnudo cuando ya no puedes hacer nada.

Z

ZORRA: animal del bosque; antes también usado para referirse a las mujeres que se atrevían a decir o a mostrar que les gustaba el sexo.

Ponme otro vino, que aún te veo feo
Sibila Freijo

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
Imagen de la cubierta: © Jorge Arévalo

© Sibila Freijo, 2026

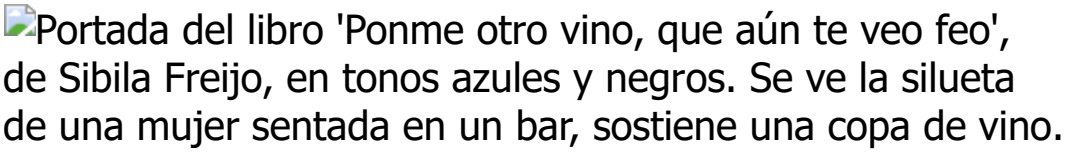
© Editorial Planeta, S.A., 2026
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los
lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico:
sugerencias@espasa.es

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2026

ISBN: 978-84-670-8121-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Carmate Ediciones


Portada del libro 'Ponme otro vino, que aún te veo feo', de Sibila Freijo, en tonos azules y negros. Se ve la silueta de una mujer sentada en un bar, sostiene una copa de vino.